

CUENTOS DE AMOR DE LOCURA Y MUERTE

BY: HORACIO QUIROGA

CATEGORY: LANGUAGE -- SPANISH

1917

#INDICE#

Una estacion de amor
Los ojos sombríos
El solitario
La muerte de Isolda
El infierno artificial
La gallina degollada
Los buques suicidantes
El almohadon de pluma
El perro rabioso
A la deriva
La insolacion
El alambre de pua
Los Mensu
Yaguai
Los pescadores de vigas
La miel silvestre
Nuestro primer cigarro
La meningitis y su sombra

#UNA ESTACION DE AMOR#

#Primavera#

Era el martes de carnaval. Nebel acababa de entrar en el corso, ya al oscurecer, y mientras deshacía un paquete de serpentinas, miró al carruaje de delante. Extranado de una cara que no había visto la tarde anterior, preguntó a sus compañeros:

--¿Quién es? No parece fea.

--¡Un demonio! Es lindísima. Creo que sobrina, o cosa así, del doctor Arrizabalaga. Llegó ayer, me parece...

Nebel fijó entonces atentamente los ojos en la hermosa criatura. Era una chica muy joven aun, acaso no más de catorce años, pero completamente nubil. Tenía, bajo el cabello muy oscuro, un rostro de suprema blancura, de ese blanco mate y raso que es patrimonio exclusivo de los cutis muy finos. Ojos azules, largos, perdiéndose hacia las sienes en el cerco de sus negras pestañas. Acaso un poco separados, lo que da, bajo una frente tersa, aire de mucha nobleza o de gran terquedad. Pero sus ojos, así, llenaban aquel semblante en flor con la luz de su belleza. Y al sentirlos Nebel detenidos un momento en los suyos, quedó deslumbrado.

--¡Que encanto!--murmuro, quedando inmóvil con una rodilla sobre el almohadón del suntuoso. Un momento después las serpentinas volaban hacia la victoria. Ambos carruajes estaban ya enlazados por el puente colgante de cintas, y la que lo ocasionaba sonreía de vez en cuando al galante muchacho.

Más aquello llegaba ya a la falta de respeto a personas, cochero y aun carruaje: sobre el hombro, la cabeza, látigo, guardabarros, las serpentinas llovían sin cesar. Tanto fue, que las dos personas sentadas atrás se volvieron y, bien que sonriendo, examinaron atentamente al derrochador.

--¿Quiénes son?--preguntó Nebel en voz baja.

--El doctor Arrizabalaga; cierto que no lo conoces. La otra es la madre de tu chica... Es cunada del doctor.

Como en pos del examen, Arrizabalaga y la señora se sonrieran francamente ante aquella exuberancia de juventud, Nebel se creyó en el deber de saludarlos, a lo que respondió el terceto con jovial condescendencia.

Este fue el principio de un idilio que duró tres meses, y al que Nebel

aporto cuanto de adoracion cabia en su apasionada adolescencia. Mientras continuo el corso, y en Concordia se prolonga hasta horas increíbles, Nebel tendio incesantemente su brazo hacia adelante, tan bien, que el puno de su camisa, desprendido, bailaba sobre la mano.

Al dia siguiente se reprodujo la escena; y como esta vez el corso se reanudaba de noche con batalla de flores, Nebel agoto en un cuarto de hora cuatro inmensas canastas. Arrizabalaga y la senora se reian, volviendose a menudo, y la joven no apartaba casi sus ojos de Nebel. Este echo una mirada de desesperacion a sus canastas vacias; mas sobre el almohadon del surrey quedaban aun uno, un pobre ramo de siemprevivas y jazmines del pais. Nebel salto con el por sobre la rueda del surrey, dislocose casi un tobillo, y corriendo a la victoria, jadeante, empapado en sudor y el entusiasmo a flor de ojos, tendio el ramo a la joven. Ella busco atolondradamente otro, pero no lo tenia. Sus acompanantes se rian.

--iPero loca!--le dijo la madre, senalandole el pecho--iahi tienes uno!

El carruaje arrancaba al trote. Nebel, que habia descendido del estribo, afligido, corrio y alcanzo el ramo que la joven le tendia, con el cuerpo casi fuera del coche.

Nebel habia llegado tres dias atras de Buenos Aires, donde concluia su bachillerato. Habia permanecido alla siete anos, de modo que su conocimiento de la sociedad actual de Concordia era minimo. Debia quedar aun quince dias en su ciudad natal, disfrutados en pleno sosiego de alma, si no de cuerpo; y he ahi que desde el segundo dia perdia toda su serenidad. Pero en cambio ique encanto!

--iQue encanto!--se repetia pensando en aquel rayo de luz, flor y carne femenina que habia llegado a el desde el carruaje. Se reconocia real y profundamente deslumbrado--y enamorado, desde luego.

iY si ella lo quisiera!... ?Lo querria? Nebel, para dilucidarlo, confiaba mucho mas que en el ramo de su pecho, en la precipitacion aturdida con que la joven habia buscado algo para darle. Evocaba claramente el brillo de sus ojos cuando lo vio llegar corriendo, la inquieta expectativa con que lo espero, y--en otro orden, la morbidez del joven pecho, al tenderle el ramo.

iY ahora, concluido! Ella se iba al dia siguiente a Montevideo. ?Que le importaba lo demas, Concordia, sus amigos de antes, su mismo padre? Por lo menos iria con ella hasta Buenos Aires.

Hicieron, efectivamente, el viaje juntos, y durante el, Nebel llego al mas alto grado de pasion que puede alcanzar un romantico muchacho de

18 años, que se siente querido. La madre acogió el casi infantil idilio con afable complacencia, y se reía a menudo al verlos, hablando poco, sonriendo sin cesar, y mirándose infinitamente.

La despedida fue breve, pues Nebel no quiso perder el último vestigio de cordura que le quedaba, cortando su carrera tras ella.

Volverían a Concordia en el invierno, acaso una temporada. ¿Iría él? "¡Oh, no volver yo!" Y mientras Nebel se alejaba, tardo, por el muelle, volviéndose a cada momento, ella, de pecho sobre la borda, la cabeza un poco baja, lo seguía con los ojos, mientras en la planchada los marineros levantaban los suyos risueños a aquel idilio--y al vestido, corto aun, de la tiernísima novia.

#Verano#

El 13 de junio Nebel volvió a Concordia, y aunque supo desde el primer momento que Lidia estaba allí, pasó una semana sin inquietarse poco ni mucho por ella. Cuatro meses son plazo sobrado para un relampago de pasión, y apenas si en el agua dormida de su alma, el último resplandor alcanzaba a rizar su amor propio. Sentía, sí, curiosidad de verla. Pero un nimio incidente, punzando su vanidad, lo arrastró de nuevo. El primer domingo, Nebel, como todo buen chico de pueblo, esperó en la esquina la salida de misa. Al fin, las últimas acaso, erguidas y mirando adelante, Lidia y su madre avanzaron por entre la fila de muchachos.

Nebel, al verla de nuevo, sintió que sus ojos se dilataban para sorber en toda su plenitud la figura bruscamente adorada. Esperó con ansia casi dolorosa el instante en que los ojos de ella, en un súbito resplandor de dichosa sorpresa, lo reconocerían entre el grupo.

Pero pasó, con su mirada fría fija adelante.

--Parece que no se acuerda más de ti--le dijo un amigo, que a su lado había seguido el incidente.

--¡No mucho!--se sonrió él.--Y es lastima, porque la chica me gustaba en realidad.

Pero cuando estuvo solo se lloró a sí mismo su desgracia. ¡Y ahora que había vuelto a verla! ¡Como, como la había querido siempre, el que creía no acordarse más! ¡Y acabado! ¡Pum, pum, pum!--repetía sin darse cuenta, con la costumbre del chico.--¡Pum! ¡todo concluido!

De golpe: ¿Y si no me hubiera visto?... ¡Claro! ¡pero claro! Su rostro se animó de nuevo, acogiendo con plena convicción a una probabilidad como esa, profundamente razonable.

A las tres golpeaba en casa del doctor Arrizabalaga. Su idea era elemental: consultaría con cualquier misero pretexto al abogado, y entretanto acaso la viera. Una súbita carrera por el patio respondió al timbre, y Lidia, para detener el impulso, tuvo que cogerse violentamente a la puerta vidriera. Vio a Nebel, lanzó una exclamación, y ocultando con sus brazos la liviandad doméstica de su ropa, huyó más velozmente aún.

Un instante después la madre abría el consultorio, y acogía a su antiguo conocido con más viva complacencia que cuatro meses atrás. Nebel no cabía en sí de gozo, y como la señora no parecía inquietarse por las preocupaciones jurídicas de Nebel, este prefirió también un millón de veces tal presencia a la del abogado.

Con todo, se hallaba sobre ascuas de una felicidad demasiado ardiente y, como tenía 18 años, deseaba irse de una vez para gozar a solas, y sin cortedad, su inmensa dicha.

--¡Tan pronto, ya!--le dijo la señora.--Espero que tendremos el gusto de verlo otra vez... ¿No es verdad?

--¡Oh, sí, señora!

--En casa todos tendríamos mucho placer... ¡supongo que todos! ¿Quiere que consultemos?--se sonrió con maternal burla.

--¡Oh, con toda el alma!--repuso Nebel.

--¡Lidia! ¡Ven un momento! Hay aquí una persona a quien conoces.

Nebel había sido visto ya por ella; pero no importaba.

Lidia llegó cuando él estaba de pie. Avanzó a su encuentro, los ojos centelleantes de dicha, y le tendió un gran ramo de violetas, con adorable torpeza.

--Si a usted no le molesta--prosiguió la madre--podría venir todos los lunes... ¿qué le parece?

--¡Que es muy poco, señora!--repuso el muchacho--Los viernes también... ¿me permite?

La señora se echó a reír.

--¡Que apurado! Yo no se... veamos que dice Lidia. ¿Que dices, Lidia?

La criatura, que no apartaba sus ojos rientes de Nebel, le dijo ¡_si_! en pleno rostro, puesto que a él debía su respuesta.

--Muy bien: entonces hasta el lunes, Nebel.

Nebel objeto:

--¿No me permitiría venir esta noche? Hoy es un día extraordinario...

--¡Bueno! ¡Esta noche también! Acompañalo, Lidia.

Pero Nebel, en loca necesidad de movimiento, se despidió allí mismo, y huyó con su ramo cuyo cabo había deshecho casi, y con el alma proyectada al último cielo de la felicidad.

II

Durante dos meses, todos los momentos en que se veían, todas las horas que los separaban, Nebel y Lidia se adoraron. Para él, romántico hasta sentir el estado de dolorosa melancolía que provoca una simple garúa que agrisa el patio, la criatura aquella, con su cara angelical, sus ojos azules y su temprana plenitud, debía encarnar la suma posible de ideal. Para ella, Nebel era varonil, buen mozo e inteligente. No había en su mutuo amor más nube para el porvenir que la minoría de edad de Nebel. El muchacho, dejando de lado estudios, carreras y superfluidades por el estilo, quería casarse. Como probado, no había sino dos cosas: que a él le era absolutamente imposible vivir sin su Lidia, y que llevaría por delante cuanto se opusiera a ello. Presentía--o más bien dicho, sentía--que iba a escollar rudamente.

Su padre, en efecto, a quien había disgustado profundamente el año que perdía Nebel tras un amorio de carnaval, debía apuntar las íes con terrible vigor. A fines de Agosto, habló un día definitivamente a su hijo:

--Me han dicho que sigues tus visitas a lo de Arrizabalaga. ¿Es cierto? Porque tú no te dignas decirme una palabra.

Nebel vio toda la tormenta en esa forma de dignidad, y la voz le tembló un poco.

--Si no te dije nada, papa, es porque sé que no te gusta que hable de eso.

--¡Bah! como gustarme, puedes, en efecto, ahorrarte el trabajo...
Pero quisiera saber en que estado estas. ¿Vas a esa casa como novio?

--Sí.

--¿Y te reciben formalmente?

--C-creo que sí.

El padre lo miro fijamente y tamborileo sobre la mesa.

--¡Esta bueno! ¡Muy bien!... Oyeme, porque tengo el deber de mostrarte el camino. ¿Sabes tu bien lo que haces? ¿Has pensado en lo que puede pasar?

--¿Pasar?... ¿que?

--Que te cases con esa muchacha. Pero fijate: ya tienes edad para reflexionar, al menos. ¿Sabes quien es? ¿De donde viene? ¿Conoces a alguien que sepa que vida lleva en Montevideo?

--¡Papa!

--¡Sí, que hacen alla! ¡Bah! no pongas esa cara... No me refiero a tu... novia. Esa es una criatura, y como tal no sabe lo que hace. ¿Pero sabes de que viven?

--¡No! Ni me importa, porque aunque seas mi padre...

--¡Bah, bah, bah! Deja eso para despues. No te hablo como padre sino como cualquier hombre honrado pudiera hablarte. Y puesto que te indigna tanto lo que te pregunto, averigua a quien quiera contarte, que clase de relaciones tiene la madre de tu novia con su cunado, pregunta!

--¡Sí! Ya se que ha sido...

--Ah, ¿sabes que ha sido la querida de Arrizabalaga? ¿Y que el u otro sostienen la casa en Montevideo? ¡Y te quedas tan fresco!

--¡...!

--¡Sí, ya se, tu novia no tiene nada que ver con esto, ya se! No hay impulso mas bello que el tuyo... Pero anda con cuidado, porque puedes llegar tarde!... ¡No, no, calmate! No tengo ninguna idea de ofender a tu novia, y creo, como te he dicho, que no esta contaminada aun por la podredumbre que la rodea. Pero si la madre te la quiere vender en matrimonio, o mas bien a la fortuna que vas a heredar cuando yo muera,

dile que el viejo Nebel no esta dispuesto a esos traficos, y que antes se lo llevara el diablo que consentir en eso. Nada mas te queria decir.

El muchacho queria mucho a su padre a pesar del caracter duro de este; salio lleno de rabia por no haber podido desahogar su ira, tanto mas violenta cuanto que el mismo la sabia injusta. Hacia tiempo ya que no ignoraba esto: la madre de Lidia habia sido querida de Arrizabalaga en vida de su marido, y aun cuatro o cinco anos despues. Se veian aun de tarde en tarde, pero el viejo libertino, arrebujaado ahora en sus artritias de enfermizo solteron, distaba mucho de ser respecto de su cunada lo que se pretendia; y si mantenía el tren de madre e hija, lo hacia por una especie de compasion de ex amante, rayana en vil egoismo, y sobre todo para autorizar los chismes actuales que hinchaban su vanidad.

Nebel evocaba a la madre; y con un estremecimiento de muchacho loco por las mujeres casadas, recordaba cierta noche en que hojeando juntos y reclinados una Illustration, habia creído sentir sobre sus nervios subitamente tensos, un hondo halito de deseo que surgia del cuerpo pleno que rozaba con el. Al levantar los ojos, Nebel habia visto la mirada de ella, en languida imprecision de mareo, posarse pesadamente sobre la suya.

?Se habia equivocado? Era terriblemente histérica, pero con rara manifestacion desbordante; los nervios desordenados repiqueteaban hacia adentro, y de aqui la subita tenacidad en un disparate, el brusco abandono de una conviccion; y en los prodromos de las crisis, la obstinacion creciente, convulsiva, edificandose a grandes bloques de absurdos. Abusaba de la morfina, por angustiosa necesidad y por elegancia. Tenia treinta y siete años; era alta, con labios muy gruesos y encendidos, que humedecia sin cesar. Sin ser grandes, los ojos lo parecian por un poco hundidos y tener pestañas muy largas; pero eran admirables de sombra y fuego. Se pintaba. Vestia, como la hija, con perfecto buen gusto, y era esta, sin duda, su mayor seducccion. Debía de haber tenido, como mujer, profundo encanto; ahora la histeria habia trabajado mucho su cuerpo--siendo, desde luego, enferma del vientre. Cuando el latigazo de la morfina pasaba, sus ojos se empanaban, y de la comisura de los labios, del parpado globoso, pendia una fina redequilla de arrugas. Pero a pesar de ello, la misma histeria que le deshacia los nervios era el alimento, un poco magico, que sostenia su tonicidad.

Quería entranablemente a Lidia; y con la moral de las histericas burguesas, hubiera envilecido a su hija para hacerla feliz--esto es, para proporcionarle aquello que habria hecho su propia felicidad.

Asi, la inquietud del padre de Nebel a este respecto tocaba a su hijo

en lo mas hondo de sus cuerdas de amante. ¿Como habia escapado Lidia? Porque la limpidez de su cutis, la franqueza de su pasion de chica que surgia con adorable libertad de sus ojos brillantes, eran, ya no prueba de pureza, sino de escalon de noble gozo por el que Nebel ascendia triunfal a arrancar de una manotada a la planta podrida la flor que pedia por el.

Esta conviccion era tan intensa, que Nebel jamas la habia besado. Una tarde, despues de almorzar, en que pasaba por lo de Arrizabalaga, habia sentido loco deseo de verla. Su dicha fue completa, pues la hallo sola, en baton, y los rizos sobre las mejillas. Como Nebel la retuvo contra la pared, ella, riendo y cortada, se recosto en el muro. Y el muchacho, a su frente, tocandola casi, sintio en sus manos inertes la alta felicidad de un amor inmaculado, que tan facil le habria sido manchar.

¡Pero luego, una vez su mujer! Nebel precipitaba cuanto le era posible su casamiento. Su habilitacion de edad, obtenida en esos dias, le permitia por su legitima materna afrontar los gastos. Quedaba el consentimiento del padre, y la madre apremiaba este detalle.

La situacion de ella, sobrado equivocada en Concordia, exigia una sancion social que debia comenzar, desde luego, por la del futuro suegro de su hija. Y sobre todo, la sostenia el deseo de humillar, de forzar a la moral burguesa, a doblar las rodillas ante la misma inconveniencia que desprecio.

Ya varias veces habia tocado el punto con su futuro yerno, con alusiones a "mi suegro"... "mi nueva familia"... "la cunada de mi hija". Nebel se callaba, y los ojos de la madre brillaban entonces con mas fuego.

Hasta que un dia la llama se levanto. Nebel habia fijado el 18 de octubre para su casamiento. Faltaba mas de un mes aun, pero la madre hizo entender claramente al muchacho que queria la presencia de su padre esa noche.

--Sera dificil--dijo Nebel despues de un mortificante silencio--. Le cuesta mucho salir de noche... No sale nunca.

--¡Ah!--exclamo solo la madre, mordiendose rapidamente el labio. Otra pausa siguio, pero esta ya de presagio.

--Porque usted no hace un casamiento clandestino ¿verdad?

--¡Oh!--se sonrio dificilmente Nebel--. Mi padre tampoco lo cree.

--¿Y entonces?

Nuevo silencio cada vez mas tempestuoso.

--?Es por mi que su senor padre no quiere asistir?

--iNo, no senora!--exclamo al fin Nebel, impaciente--. Esta en su modo de ser... Hablare de nuevo con el, si quiere.

--?Yo, querer?--se sonrio la madre dilatando las narices--. Haga lo que le parezca... ?Quiere irse, Nebel, ahora? No estoy bien.

Nebel salio, profundamente disgustado. ?Que iba a decir a su padre? Este sostenia siempre su rotunda oposicion a tal matrimonio, y ya el hijo habia emprendido las gestiones para prescindir de ella.

--Puedes hacer eso, mucho mas, y todo lo que te de la gana. iPero mi consentimiento para que esa entretenida sea tu suegra, ijamas!

Despues de tres dias Nebel decidio aclarar de una vez ese estado de cosas, y aprovecho para ello un momento en que Lidia no estaba.

--Hable con mi padre--comenzo Nebel--y me ha dicho que le sera completamente imposible asistir.

La madre se puso un poco palida, mientras sus ojos, en un subito fulgor, se estiraban hacia las sienes.

--iAh! ?Y por que?

--No se--repuso con voz sorda Nebel.

--Es decir... ?que su senor padre teme mancharse si pone los pies aqui?

--No se--repitio el con inconsciente obstinacion.

--iEs que es una ofensa gratuita la que nos hace ese senor! ?Que se ha figurado?--anadio con voz ya alterada y los labios temblantes.--?Quien es el para darse ese tono?

Nebel sintio entonces el fustazo de reaccion en la cepa profunda de su familia.

--iQue es, no se!--repuso con la voz precipitada a su vez--pero no solo se niega a asistir, sino que tampoco da su consentimiento.

--?Que? ?que se niega? ?Y por que? ?Quien es el? iEl mas autorizado para esto!

Nebel se levanto:

--Senora...

Pero ella se habia levantado tambien.

--¡Si, el! ¡Usted es una criatura! ¡Preguntele de donde ha sacado su fortuna, robada a sus clientes! ¡Y con esos aires! ¡Su familia irreprochable, sin mancha, se llena la boca con eso! ¡Su familia!... ¡Dígame que le diga cuantas paredes tenia que saltar para ir a dormir con su mujer, antes de casarse! ¡Si, y me viene con su familia!... ¡Muy bien, váyase; estoy hasta aquí de hipocresías! ¡Que lo pase bien!

III

Nebel vivió cuatro días vagando en la más honda desesperación. ¿Que podía esperar después de lo sucedido? Al quinto, y al anochecer, recibió una esquela:

"Octavio: Lidia está bastante enferma, y solo su presencia podría calmarla.

Maria S. de Arrizabalaga."

Era una treta, no tenía duda. Pero si su Lidia en verdad...

Fue esa noche y la madre lo recibió con una discreción que asombro a Nebel, sin afabilidad excesiva, ni aire tampoco de pecadora que pide disculpa.

--Si quiere verla...

Nebel entró con la madre, y vio a su amor adorado en la cama, el rostro con esa frescura sin polvos que dan únicamente los 14 años, y el cuerpo recogido bajo las ropas que disimulaban notablemente su plena juventud.

Se sentó a su lado, y en balde la madre esperó a que se dijeran algo: no hacían sino mirarse y reír.

De pronto Nebel sintió que estaban solos, y la imagen de la madre surgió nítida: "se va para que en el transporte de mi amor reconquistado, pierda la cabeza y el matrimonio sea así forzoso". Pero en ese cuarto de hora de goce final que le ofrecían adelantado y

gratis a costa de un pagare de casamiento, el muchacho, de 18 anos, sintio--como otra vez contra la pared--el placer sin la mas leve mancha, de un amor puro en toda su aureola de poetico idilio.

Solo Nebel pudo decir cuan grande fue su dicha recuperada en pos del naufragio. El tambien olvidaba lo que fuera en la madre explosion de calumnia, ansia rabiosa de insultar a los que no lo merecen. Pero tenia la mas fria decision de apartar a la madre de su vida una vez casados. El recuerdo de su tierna novia, pura y riente en la cama de que se habia destendido una punta para el, encendia la promesa de una voluptuosidad integra, a la que no habia robado ni el mas pequeno diamante.

A la noche siguiente, al llegar a lo de Arrizabalaga, Nebel hallo el zagan oscuro. Despues de largo rato, la sirvienta entreabrio la vidriera:

--No estan las senoras.

--?Han salido?--pregunto extranado.

--No, se van a Montevideo... Han ido al Salto a dormir abordo.

--iAh!--murmuro Nebel aterrado. Tenia una esperanza aun.

--?El doctor? ?Puedo hablar con el?

--No esta, se ha ido al club despues de comer...

Una vez solo en la calle oscura, Nebel levanto y dejo caer los brazos con mortal desaliento: iSe acabo todo! Su felicidad, su dicha reconquistada un dia antes, perdida de nuevo y para siempre! Presentia que esta vez no habia redencion posible. Los nervios de la madre habian saltado a la loca, como teclas, y el no podia hacer ya nada mas.

Comenzaba a lloviznar. Camino hasta la esquina, y desde alli, inmovil bajo el farol, contemplo con estúpida fijeza la casa rosada. Dio una vuelta a la manzana, y torno a detenerse bajo el farol. iNunca, nunca!

Hasta las once y media hizo lo mismo. Al fin se fue a su casa y cargo el revolver. Pero un recuerdo lo detuvo: meses atras habia prometido a un dibujante aleman que antes de suicidarse--Nebel era adolescente--iria a verlo. Unialo con el viejo militar de Guillermo una viva amistad, cimentada sobre largas charlas filosoficas.

A la manana siguiente, muy temprano, Nebel llamaba al pobre cuarto de aquel. La expresion de su rostro era sobrado explicita.

--?Es ahora?--le pregunto el paternal amigo, estrechandole con fuerza la mano.

--iPst! iDe todos modos!...--repuso el muchacho, mirando a otro lado.

El dibujante, con gran calma, le conto entonces su propio drama de amor.

--Vaya a su casa--concluyo--y si a las once no ha cambiado de idea, vuelva a almorzar conmigo, si es que tenemos que. Despues hara lo que quiera. ?Me lo jura?

--Se lo juro--contesto Nebel, devolviendole su estrecho apreton con grandes ganas de llorar.

En su casa lo esperaba una tarjeta de Lidia:

"Idolatrado Octavio: Mi desesperacion no puede ser mas grande, pero mama ha visto que si me casaba con usted me estaban reservados grandes dolores, he comprendido como ella que lo mejor era separarnos y le jura no olvidarlo nunca

tu Lidia."

--iAh, tenia que ser asi!--clamo el muchacho, viendo al mismo tiempo con espanto su rostro demudado en el espejo.--iLa madre era quien habia inspirado la carta, ella y su maldita locura! Lidia no habia podido menos que escribir, y la pobre chica, trastornada, lloraba todo su amor en la redaccion. iAh! iSi pudiera verla algun dia, decirle de que modo la he querido, cuanto la quiero ahora, adorada del alma!

Temblando fue hasta el velador y cogio el revolver, pero recuerdo su nueva promesa, y durante un rato permanecio inmovil, limpiando obstinadamente con la una una mancha del tambor.

#Otono#

Una tarde, en Buenos Aires, acababa Nebel de subir al tramway, cuando el coche se detuvo un momento mas del conveniente, y aquel, que leia, volvio al fin la cabeza. Una mujer con lento y dificil paso avanzaba.

Tras una rapida ojeada a la incomoda persona, reanudo la lectura. La dama se sento a su lado, y al hacerlo miro atentamente a Nebel. Este, aunque sentia de vez en cuando la mirada extranjera posada sobre el, prosiguió su lectura; pero al fin se canso y levanto el rostro extranado.

--Ya me parecia que era usted--exclamo la dama--aunque dudaba aun... No me recuerda, ¿no es cierto?

--Si--repuso Nebel abriendo los ojos--la senora de Arrizabalaga...

Ella vio la sorpresa de Nebel, y sonrio con aire de vieja cortesana que trata aun de parecer bien a un muchacho.

De ella, cuando Nebel la conocio once anos atras, solo quedaban los ojos, aunque mas hundidos, y apagados ya. El cutis amarillo, con tonos verdosos en las sombras, se resquebrajaba en polvorientos surcos. Los pomulos saltaban ahora, y los labios, siempre gruesos, pretendian ocultar una dentadura del todo cariada. Bajo el cuerpo demacrado se veia viva a la morfina corriendo por entre los nervios agotados y las arterias acuosas, hasta haber convertido en aquel esqueleto, a la elegante mujer que un dia hojeó la *Illustration* a su lado.

--Si, estoy muy envejecida... y enferma; he tenido ya ataques a los rinones... y usted--anadio mirandolo con ternura--siempre igual! Verdad es que no tiene treinta anos aun... Lidia tambien esta igual.

Nebel levanto los ojos:

--¿Soltera?

--Si... ¡Cuanto se alegrara cuando le cuente! ¿Por que no le da ese gusto a la pobre? ¿No quiere ir a vernos?

--Con mucho gusto--murmuro Nebel.

--Si, vaya pronto; ya sabe lo que hemos sido para... En fin, Boedo, 1483; departamento 14... Nuestra posicion es tan mezquina...

--¡Oh!--protesto el, levantandose para irse. Prometio ir muy pronto.

Doce dias despues Nebel debia volver al ingenio, y antes quiso cumplir su promesa. Fue alla--un miserable departamento de arrabal.--La senora de Arrizabalaga lo recibio, mientras Lidia se arreglaba un poco.

--¡Conque once anos!--observo de nuevo la madre.--¡Como pasa el tiempo! ¡Y usted que podria tener una infinidad de hijos con Lidia!

--Seguramente--sonrio Nebel, mirando a su rededor.

--iOh! ino estamos muy bien! Y sobre todo como debe estar puesta su casa... Siempre oigo hablar de sus canaverales... ?Es ese su unico establecimiento?

--Si,... en Entre Rios tambien...

--iQue feliz! Si pudiera uno... Siempre deseando ir a pasar unos meses en el campo, y siempre con el deseo!

Se callo, echando una fugaz mirada a Nebel. Este con el corazon apretado, revivia nitidas las impresiones enterradas once anos en su alma.

--Y todo esto por falta de relaciones... iEs tan dificil tener un amigo en esas condiciones!

El corazon de Nebel se contraia cada vez mas, y Lidia entro.

Estaba tambien muy cambiada, porque el encanto de un candor y una frescura de los catorce anos, no se vuelve a hallar mas en la mujer de veintiseis. Pero bella siempre. Su olfato masculino sintio en la mansa tranquilidad de su mirada, en su cuello morbido, y en todo lo indefinible que denuncia al hombre el amor ya gozado, que debia guardar velado para siempre, el recuerdo de la Lidia que conocio.

Hablaron de cosas muy triviales, con perfecta discrecion de personas maduras. Cuando ella salio de nuevo un momento, la madre reanudo:

--Si, esta un poco debil... Y cuando pienso que en el campo se repondria en seguida... Vea, Octavio: ?me permite ser franca con usted? Ya sabe que lo he querido como a un hijo... ?No podriamos pasar una temporada en su establecimiento? iCuanto bien le haria a Lidia!

--Soy casado--repuso Nebel.

La senora tuvo un gesto de viva contrariedad, y por un instante su decepcion fue sincera; pero en seguida cruzo sus manos comicas:

--iCasado, usted! iOh, que desgracia, que desgracia! iPerdoneme, ya sabe!... No se lo que digo... ?Y su senora vive con usted en el ingenio?

--Si, generalmente... Ahora esta en Europa.

--iQue desgracia! Es decir... iOctavio!--anadio abriendo los brazos con lagrimas en los ojos:--a usted le puedo contar, usted ha sido casi mi

hijo... ¡Estamos poco menos que en la miseria! ¿Por que no quiere que vaya con Lidia? Voy a tener con usted una confesion de madre--concluyo con una pastosa sonrisa y bajando la voz:--usted conoce bien el corazon de Lidia, ¿no es cierto?

Espero respuesta, pero Nebel permanecio callado.

--¡Si, usted la conoce! ¿Y cree que Lidia es mujer capaz de olvidar cuando ha querido?

Ahora habia reforzado su insinuacion con una leve guinada. Nebel valoro entonces de golpe el abismo en que pudo haber caido antes. Era siempre la misma madre, pero ya envilecida por su propia alma vieja, la morfina y la pobreza. Y Lidia... Al verla otra vez habia sentido un brusco golpe de deseo por la mujer actual de garganta llena y ya estremecida. Ante el tratado comercial que le ofrecian, se echo en brazos de aquella rara conquista que le deparaba el destino.

--¿No sabes, Lidia?--prorrumpio alborozada, al volver su hija--Octavio nos invita a pasar una temporada en su establecimiento. ¿Que te parece?

Lidia tuvo una fugitiva contraccion de las cejas y recupero su serenidad.

--Muy bien, mama...

--¡Ah! ¿no sabes lo que dice? Esta casado. ¡Tan joven aun! Somos casi de su familia...

Lidia volvio entonces los ojos a Nebel, y lo miro un momento con dolorosa gravedad.

--¿Hace tiempo?--murmuro.

--Cuatro anos--repuso el en voz baja. A pesar de todo, le faltó animo para mirarla.

#Invierno#

No hicieron el viaje juntos, por ultimo escrupulo de casado en una linea donde era muy conocido; pero al salir de la estacion subieron en el brec de la casa. Cuando Nebel quedaba solo en el ingenio, no guardaba a su servicio domestico mas que a una vieja india, pues--a

mas de su propia frugalidad--su mujer se llevaba consigo toda la servidumbre. De este modo presento sus acompañantes a la fiel nativa como una tia anciana y su hija, que venian a recobrar la salud perdida.

Nada mas creible, por otro lado, pues la senora decaia vertiginosamente. Habia llegado deshecha, el pie incierto y pesadisimo, y en su facies angustiosa la morfina, que habia sacrificado cuatro horas seguidas a ruego de Nebel, pedia a gritos una corrida por dentro de aquel cadaver viviente.

Nebel, que cortara sus estudios a la muerte de su padre, sabia lo suficiente para prever una rapida catastrofe; el rinon, intimamente atacado, tenia a veces paros peligrosos que la morfina no hacia sino precipitar.

Ya en el coche, no pudiendo resistir mas, habia mirado a Nebel con transida angustia:

--Si me permite, Octavio... ino puedo mas! Lidia, ponte delante.

La hija, tranquilamente, oculto un poco a su madre, y Nebel oyo el crugido de la ropa violentamente recogida para pinchar el muslo.

Subitamente los ojos se encendieron, y una plenitud de vida cubrio como una mascara aquella cara agonica.

--Ahora estoy bien... ¡que dicha! Me siento bien.

--Deberia dejar eso--dijo rudamente Nebel, mirandola de costado.--Al llegar, estara peor.

--¡Oh, no! Antes morir aqui mismo.

Nebel paso todo el dia disgustado, y decidido a vivir cuanto le fuera posible sin ver en Lidia y su madre mas que dos pobres enfermas. Pero al caer la tarde, y como las fieras que empiezan a esa hora a afilar las unas, el celo de varon comenzo a relajarle la cintura en lasos escalofrios.

Comieron temprano, pues la madre, quebrantada, deseaba acostarse de una vez. No hubo tampoco medio de que tomara exclusivamente leche.

--¡Huy! ¡que repugnancia! No la puedo pasar. ¿Y quiere que sacrifique los ultimos anos de mi vida, ahora que podria morir contenta?

Lidia no pestaneo. Habia hablado con Nebel pocas palabras, y solo al fin del cafe la mirada de este se clavo en la de ella; pero Lidia bajo

la suya en seguida.

Cuatro horas despues Nebel abria sin ruido la puerta del cuarto de Lidia.

--¡Quien es!--sono de pronto la voz azorada.

--Soy yo--murmuro Nebel en voz apenas sensible.

Un movimiento de ropas, como el de una persona que se sienta bruscamente en la cama, siguió a sus palabras, y el silencio reino de nuevo. Pero cuando la mano de Nebel tocó en la oscuridad un brazo tibio, el cuerpo tembló entonces en una honda sacudida.

* * * * *

Luego, inerte al lado de aquella mujer que ya había conocido el amor antes que él llegara, subió de lo más recondito del alma de Nebel, el santo orgullo de su adolescencia de no haber tocado jamás, de no haber robado ni un beso siquiera, a la criatura que lo miraba con radiante candor. Pienso en las palabras de Dostojewsky, que hasta ese momento no había comprendido: "Nada hay más bello y que fortalezca más en la vida, que un puro recuerdo". Nebel lo había guardado, ese recuerdo sin mancha, pureza inmaculada de sus dieciocho años, y que ahora estaba allí, enfangado hasta el caliz sobre una cama de sirvienta...

Sintió entonces sobre su cuello dos lágrimas pesadas, silenciosas. Ella a su vez recordaría... Y las lágrimas de Lidia continuaban una tras otra, regando como una tumba el abominable fin de su único sueño de felicidad.

II

Durante diez días la vida prosiguió en común, aunque Nebel estaba casi todo el día afuera. Por tacito acuerdo, Lidia y él se encontraban muy pocas veces solos, y aunque de noche volvían a verse, pasaban aún entonces largo tiempo callados.

Lidia tenía ella misma bastante que hacer cuidando a su madre, postrada al fin. Como no había posibilidad de reconstruir lo ya podrido, y aun a trueque del peligro inmediato que ocasionara, Nebel pensó en suprimir la morfina. Pero se abstuvo una mañana que entró bruscamente en el comedor, al sorprender a Lidia que se bajaba precipitadamente las faldas. Tenía en la mano la jeringuilla, y fijó en Nebel su mirada espantada.

--¿Hace mucho tiempo que usas eso?--le pregunto él al fin.

--Si--murmuro Lidia, doblando en una convulsion la aguja.

Nebel la miro aun y se encogio de hombros.

Si embargo, como la madre repetia sus inyecciones con una frecuencia terrible para ahogar los dolores de su rinon que la morfina concluia de matar, Nebel se decidio a intentar la salvacion de aquella desgraciada, sustrayendole la droga.

--iOctavio! ime va a matar!--clamo ella con ronca suplica.--iMi hijo Octavio! ino podria vivir un dia!

--iEs que no vivira dos horas si le dejo eso!--corto Nebel.

--iNo importa, mi Octavio! iDame, dame la morfina!

Nebel dejo que los brazos se tendieran inutilmente a el, y salio con Lidia.

--?Tu sabes la gravedad del estado de tu madre?

--Si... Los medicos me habian dicho...

El la miro fijamente.

--Es que esta mucho peor de lo que imaginas.

Lidia se puso livida, y mirando afuera entreceño los ojos y se mordio los labios en un casi sollozo.

--?No hay medico aqui?--murmuro.

--Aqui no, ni en diez leguas a la redonda; pero buscaremos.

Esa tarde llego el correo cuando estaban solos en el comedor, y Nebel abrio una carta.

--?Noticias?--pregunto Lidia levantando inquieta los ojos a el.

--Si--repuso Nebel, prosiguiendo la lectura.

--?Del medico?--volvio Lidia al rato, mas ansiosa aun.

--No, de mi mujer--repuso el con la voz dura, sin levantar los ojos.

A las diez de la noche Lidia llego corriendo a la pieza de Nebel.

--¡Octavio! ¡mama se muere!...

Corrieron al cuarto de la enferma. Una intensa palidez cadaverizaba ya el rostro. Tenia los labios desmesuradamente hinchados y azules, y por entre ellos se escapaba un remedo de palabra, gutural y a boca llena:

--Pla... pla... pla...

Nebel vio en seguida sobre el velador el frasco de morfina, casi vacío.

--¡Es claro, se muere! ¿Quién le ha dado esto?--pregunto.

--¡No se, Octavio! Hace un rato senti ruido... Seguramente lo fue a buscar a tu cuarto cuando no estabas... ¡Mama, pobre mama!--cayo sollozando sobre el miserable brazo que pendia hasta el piso.

Nebel la pulso; el corazon no daba mas, y la temperatura caia. Al rato los labios callaron su pla... pla, y en la piel aparecieron grandes manchas violeta.

A la una de la mañana murio. Esa tarde, tras el entierro, Nebel espero que Lidia concluyera de vestirse, mientras los peones cargaban las valijas en el carruaje.

--Toma esto--le dijo cuando se aproximó a él, tendiéndole un cheque de diez mil pesos.

Lidia se estremeció violentamente, y sus ojos enrojecidos se fijaron de lleno en los de Nebel. Pero este sostuvo la mirada.

--¡Toma, pues!--repitió sorprendido.

Lidia lo tomó y se bajó a recoger su valijita. Nebel se inclinó sobre ella.

--Perdoname--le dijo.--No me juzgues peor de lo que soy.

En la estación esperaron un rato y sin hablar, junto a la escalerilla del vagón, pues el tren no salía aún. Cuando la campana sonó, Lidia le tendió la mano y se dispuso a subir. Nebel la oprimió, y quedó un largo rato sin soltarla, mirándola. Luego, avanzando, recogió a Lidia de la cintura y la besó hondamente en la boca.

El tren partió. Inmóvil, Nebel siguió con la vista la ventanilla que se perdía.

Pero Lidia no se asomó.

#LOS OJOS SOMBRIOS#

Despues de las primeras semanas de romper con Elena, una noche no pude evitar asistir a un baile. Hallabame hacia largo rato sentado y aburrido en exceso, cuando Julio Zapiola, viendome alli, vino a saludarme. Es un hombre joven, dotado de rara elegancia y virilidad de caracter. Lo habia estimado muchos anos atras, y entonces volvia de Europa, despues de larga ausencia.

Asi nuestra charla, que en otra ocasion no hubiera pasado de ocho o diez frases, se prolongo esta vez en larga y desahogada sinceridad. Supe que se habia casado; su mujer estaba alli mismo esa noche. Por mi parte, lo informe de mi noviazgo con Elena--y su reciente ruptura. Posiblemente me queje de la amarga situacion, pues recuerdo haberle dicho que creia de todo punto imposible cualquier arreglo.

--No crea en esas sacudidas--me dijo Zapiola con aire tranquilo y serio.--Casi nunca se sabe al principio lo que pasara o se hara despues. Yo tengo en mi matrimonio una novela infinitamente mas complicada que la suya; lo cual no obsta para que yo sea hoy el marido mas feliz de la tierra. Oigala, porque a usted podra serle de gran provecho. Hace cinco anos me vi con gran frecuencia con Vezzera, un amigo del colegio a quien habia querido mucho antes, y sobre todo el a mi. Cuanto prometia el muchacho se realizo plenamente en el hombre; era como antes inconstante, apasionado, con depresiones y exaltamientos femeniles. Todas sus ansias y suspicacias eran enfermizas, y usted no ignora de que modo se sufre y se hace sufrir con este modo de ser.

Un dia me dijo que estaba enamorado, y que posiblemente se casaria muy pronto. Aunque me hablo con loco entusiasmo de la belleza de su novia, esta apreciacion suya de la hermosura en cuestion no tenia para mi ningun valor. Vezzera insistio, irritandose con mi orgullo.

--No se que tiene que ver el orgullo con esto--le observe.

--¡Si es eso! Yo soy enfermizo, excitable, expuesto a continuos mirajes y debo equivocarme siempre. ¡Tu, no! ¡Lo que dices es la ponderacion justa de lo que has visto!

--Te juro...

--¡Bah; dejame en paz!--concluyo cada vez mas irritado con mi tranquilidad, que era para el otra manifestacion de orgullo.

Cada vez que volvi a verlo en los dias sucesivos, lo halle mas exaltado con su amor. Estaba mas delgado, y sus ojos cargados de ojeras brillaban de fiebre.

--¿Quiere hacer una cosa? Vamos esta noche a su casa. Ya le he hablado de ti. Vas a ver si es o no como te he dicho.

Fuimos. No se si usted ha sufrido una impresion semejante; pero cuando ella me extendio la mano y nos miramos, senti que por ese contacto tibio, la esplendida belleza de aquellos ojos sombrios y de aquel cuerpo mudo, se infiltraba en una caliente onda en todo mi ser.

Cuando salimos, Vezzera me dijo:

--¿Y?... ¿es como te he dicho?

--Si--le respondi.

--¿La gente impresionable puede entonces comunicar una impresion conforme a la realidad?

--Esta vez, si--no pude menos de reirme.

Vezzera me miro de reojo y se callo por largo rato.

--¡Parece--me dijo de pronto--que no hicieras sino concederme por suma gracia su belleza!

--¿Pero estas loco?--le respondi.

Vezzera se encogio de hombros como si yo hubiera esquivado su respuesta. Seguio sin hablarme, visiblemente disgustado, hasta que al fin volvio otra vez a mi sus ojos de fiebre.

--De veras, de veras me juras que te parece linda?

--¡Pero claro, idiota! Me parece lindisima; ¿quieres mas?

Se calmo entonces, y con la reaccion inevitable de sus nervios

femeninos, paso conmigo una hora de loco entusiasmo, abrazandose al recuerdo de su novia.

Fui varias veces mas con Vezzera. Una noche, a una nueva invitacion, respondi que no me hallaba bien y que lo dejaríamos para otro momento. Diez dias mas tarde respondi lo mismo, y de igual modo en la siguiente semana. Esta vez Vezzera me miro fijamente a los ojos:

--?Por que no quieres ir?

--No es que no quiera ir, sino que me hallo hoy con poco humor para esas cosas.

--iNo es eso! ¡Es que no quieres ir mas!

--?Yo?

--Si; y te exijo como a un amigo, o como a ti, que me digas justamente esto: ?Por que no quieres ir mas?

--iNo tengo ganas!... ?Te gusta?

Vezzera me miro como miran los tuberculosos condenados al reposo, a un hombre fuerte que no se jacta de ello. Y en realidad, creo que ya se precipitaba su tisis.

Se observo en seguida las manos sudorosas, que le temblaban.

--Hace dias que las noto mas flacas... ?Sabes por que no quieres ir mas? ?Quieres que te lo diga?

Tenia las ventanas de la nariz contraidas, y su respiracion acelerada le cerraba los labios.

--iVamos! No seas... calmate, que es lo mejor.

--iEs que te lo voy a decir!

--?Pero no ves que estas delirando, que estas muerto de fiebre?--le interrumpi. Por dicha, un violento acceso de tos lo detuvo. Lo empuje carinosamente.

--Acuestate un momento... estas mal.

Vezzera se recosto en mi cama y cruzo sus dos manos sobre la frente.

Paso un largo rato en silencio. De pronto me llego su voz, lenta:

--?Sabes lo que te iba a decir?... Que no querias que Maria se enamorara de ti... Por eso no ibas.

--iQue estúpido!--me sonrei.

--Si, estúpido! ¡Todo, todo lo que quieras!

Quedamos mudos otra vez. Al fin me acerque a el.

--Esta noche vamos--le dije.--?Quieres?

--Si, quiero.

Cuatro horas mas tarde llegabamos alla. Maria me saludo como si hubiera dejado de verme el dia anterior, sin parecer en lo mas minimo preocupada de mi larga ausencia.

--Preguntale siquiera--se rio Vezzerà con visible afectacion--por que ha pasado tanto tiempo sin venir.

Maria arrugo imperceptiblemente el ceno, y se volvio a mi con risuena sorpresa:

--iPero supongo que no tendria deseo de visitarnos!

Aunque el tono de la exclamcion no pedia respuesta, Maria quedo un instante en suspenso, como si la esperara. Vi que Vezzerà me devoraba con los ojos.

--Aunque deba avergonzarme eternamente--repuse--confieso que hay algo de verdad...

--?No es verdad?--se rio ella.

Pero ya en el movimiento de los pies y en la dilatacion de las narices de Vezzerà, conoci su tension de nervios.

--Dile que te diga--se dirigio a Maria--por que realmente no queria venir.

Era tan perverso y cobarde el ataque, que lo mire con verdadera rabia. Vezzerà afecto no darse cuenta, y sostuvo la tirante expectativa con el convulsivo golpeteo del pie, mientras Maria tornaba a contraer las cejas.

--?Hay otra cosa?--se sonrio con esfuerzo.

--Si, Zapiola te va a decir...

--¡Vezzera!--exclame.

--... Es decir, no el motivo suyo, sino el que yo le atribuía para no venir mas aquí... ¿sabes por que?

--Porque el cree que usted se va a enamorar de mi--me adelante, dirigiendome a Maria.

Ya antes de decir esto, vi bien claro la ridiculez en que iba a caer; pero tuve que hacerlo. Maria solto la risa, notandose asi mucho mas el cansancio de sus ojos.

--¿Si? ¿Pensabas eso, Antenor?

--No, supondras... era una broma--se rio el tambien.

La madre entro de nuevo en la sala, y la conversacion cambio de rumbo.

--Eres un canalla--me apresure a decirle en los ojos a Vezzera, cuando salimos.

--Si--me respondio mirandome claramente.--Lo hice a proposito.

--¿Querias ridiculizarme?

--Si... queria.

--¿Y no te da vergueenza? ¿Pero que diablos te pasa? ¿Que tienes contra mi?

No me contesto, encogiendose de hombros.

--¡Anda al demonio!--murmure. Pero un momento despues, al separarme, senti su mirada cruel y desconfiada fija en la mia.

--¿Me juras por lo que mas quieras, por lo que quieras mas, que no sabes lo que pienso?

--No--le respondi secamente.

--¡No mientes, no estas mintiendo?

--No miento.

Y mentia profundamente.

--Bueno, me alegro... Dejemos esto. Hasta manana. ¿Cuando quieres que

volvamos alla?

--iNunca! Se acabo.

Vi que verdadera angustia le dilatava los ojos.

--?No quieres ir mas?--me dijo con voz ronca y extrana.

--No, nunca mas.

--Como quieras, mejor... No estas enojado, ?verdad?

--iOh, no seas criatura!--me rei.

Y estaba verdaderamente irritado contra Vezzera, contra mi...

Al dia siguiente Vezzera entro al anochecer en mi cuarto. Llovía desde la mañana, con fuerte temporal, y la humedad y el frío me agobiaban. Desde el primer momento note que Vezzera ardia en fiebre.

--Vengo a pedirte una cosa--comenzo.

--iDejate de cosas!--interrumpi.--?Por que has salido con esta noche?
?No ves que estas jugando tu vida con esto?

--La vida no me importa... dentro de unos meses esto se acaba...
mejor. Lo que quiero es que vayas otra vez alla.

--iNo! ya te dije.

--iNo, vamos! iNo quiero que no quieras ir! iMe mata esto! ?Por que no
quieres ir?

--Ya te he dicho: ino-qui-e-ro! Ni una palabra mas sobre esto, ?oyes?

La angustia de la noche anterior torno a desmesurarle los ojos.

--Entonces--articulo con voz profundamente tomada--es lo que pienso,
lo que tu sabes que yo pensaba cuando mentiste anoche. De modo...
Bueno, dejemos, no es nada. Hasta mañana.

Lo detuve del hombro y se dejo caer en seguida en la silla, con la
cabeza sobre sus brazos en la mesa.

--Quedate--le dije.--Vas a dormir aqui conmigo. No estes solo.

Durante un rato nos quedamos en profundo silencio. Al fin articulo sin
entonacion alguna:

--Es que me dan unas ganas locas de matarme...

--¡Por eso! ¡Quedate aquí!... No estes solo.

Pero no pude contenerlo, y pase toda la noche inquieto.

Usted sabe que terrible fuerza de atraccion tiene el suicidio, cuando la idea fija se ha enredado en una madeja de nervios enfermos. Habria sido menester que a toda costa Vezzera no estuviera solo en su cuarto. Y aun asi, persistia siempre el motivo.

Paso lo que temia. A las siete de la manana me trajeron una carta de Vezzera, muerto ya desde cuatro horas atras. Me decia en ella que era demasiado claro que yo estaba enamorado de su novia, y ella de mi. Que en cuanto a Maria, tenia la mas completa certidumbre y que yo no habia hecho sino confirmarle mi amor con mi negativa a ir mas alla. Que estuviera yo lejos de creer que se mataba de dolor, absolutamente no. Pero el no era hombre capaz de sacrificar a nadie a su egoista felicidad, y por eso nos dejaba libre a mi y a ella. Ademias, sus pulmones no daban mas... era cuestion de tiempo. Que hiciera feliz a Maria, como el hubiera deseado..., etc.

Y dos o tres frases mas. Inutil que le cuente en detalle mi turbacion de esos dias. Pero lo que resaltaba claro para mi en su carta--para mi que lo conocia--era la desesperacion de celos que lo llevo al suicidio. Ese era el unico motivo; lo demas: sacrificio y conciencia tranquila, no tenia ningun valor.

En medio de todo quedaba vivisima, radiante de brusca felicidad, la imagen de Maria. Yo se el esfuerzo que debi hacer, cuando era de Vezzera, para dejar de ir a verla. Y habia creido adivinar tambien que algo semejante pasaba en ella. Y ahora, ¡libres! si, solos los dos, pero con un cadaver entre nosotros.

Despues de quince dias fui a su casa. Hablamos vagamente, evitando la menor alusion. Apenas me respondia; y aunque se esforzaba en ello, no podia sostener mi mirada un solo momento.

--Entonces,--le dije al fin levantandome--creo que lo mas discreto es que no vuelva mas a verla.

--Creo lo mismo--me respondio.

Pero no me movi.

--¿Nunca mas?--anadi.

--No, nunca... como usted quiera--rompio en un sollozo, mientras dos lagrimas vencidas rodaban por sus mejillas.

Al acercarme se llevo las manos a la cara, y apenas sintio mi contacto se estremecio violentamente y rompio en sollozos. Me incline detras de ella y le abrace la cabeza.

--Si, mi alma querida...?quieres? Podremos ser muy felices. Eso no importa nada...?quieres?

--iNo, no!--me respondio--no podriamos... no, imposible!

--iDespues, si, mi amor!... ?Si, despues?

--iNo, no, no!--redoblo aun sus sollozos.

Entonces sali desesperado, y pensando con rabiosa amargura que aquel imbecil, al matarse, nos habia muerto tambien a nosotros dos.

Aqui termina mi novela. Ahora, ?quiere verla?

--iMaria!--se dirigio a una joven que pasaba del brazo.--Es hora ya; son las tres.

--?Ya? ?las tres?--se volvio ella.--No hubiera creido. Bueno, vamos. Un momentito.

Zapiola me dijo entonces:

--Ya ve, amigo mio, como se puede ser feliz despues de lo que le he contado. Y su caso... Espere un segundo.

Y mientras me presentaba a su mujer:

--Le contaba a X como estuvimos nosotros a punto de no ser felices.

La joven sonrio a su marido, y reconoci aquellos ojos sombrios de que el me habia hablado, y que como todos los de ese caracter, al reir destellan felicidad.

--Si,--repuso sencillamente--sufrimos un poco...

--iYa ve!--se rio Zapiola despidiendose.--Yo en lugar suyo volveria al salon.

Me quede solo. El pensamiento de Elena volvio otra vez; pero en medio de mi disgusto me acordaba a cada instante de la impresion que recibio Zapiola al ver por primera vez los ojos de Maria.

Y yo no hacia sino recordarlos.

#EL SOLITARIO#

Kassim era un hombre enfermizo, joyero de profesion, bien que no tuviera tienda establecida. Trabajaba para las grandes casas, siendo su especialidad el montaje de las piedras preciosas. Pocas manos como las suyas para los engarces delicados. Con mas arranque y habilidad comercial, hubiera sido rico. Pero a los treinta y cinco anos proseguia en su pieza, aderezada en taller bajo la ventana.

Kassim, de cuerpo mezquino, rostro exanguee sombreado por rala barba negra, tenia una mujer hermosa y fuertemente apasionada. La joven, de origen callejero, habia aspirado con su hermosura a un mas alto enlace. Espero hasta los veinte anos, provocando a los hombres y a sus vecinas con su cuerpo. Temerosa al fin, acepto nerviosamente a Kassim.

No mas suenos de lujo, sin embargo. Su marido, habil--artista aun,--carecia completamente de caracter para hacer una fortuna. Por lo cual, mientras el joyero trabajaba doblado sobre sus pinzas, ella, de codos, sostenia sobre su marido una lenta y pesada mirada, para arrancarse luego bruscamente y seguir con la vista tras los vidrios al transeunte de posicion que podia haber sido su marido.

Cuanto ganaba Kassim, no obstante, era para ella. Los domingos trabajaba tambien a fin de poderle ofrecer un suplemento. Cuando Maria deseaba una joya--iy con cuanta pasion deseaba ella!--trabajaba de noche. Despues habia tos y puntadas al costado; pero Maria tenia sus chispas de brillante.

Poco a poco el trato diario con las gemas llego a hacerle amar las tareas del artifice, y seguia con ardor las intimas delicadezas del engarce. Pero cuando la joya estaba concluida--debia partir, no era para ella,--caia mas hondamente en la decepcion de su matrimonio. Se probaba la alhaja, deteniendose ante el espejo. Al fin la dejaba por ahi, y se iba a su cuarto. Kassim se levantaba al oir sus sollozos, y

la hallaba en la cama, sin querer escucharlo.

--Hago, sin embargo, cuanto puedo por ti,--decia el al fin, tristemente.

Los sollozos subian con esto, y el joyero se reinstalaba lentamente en su banco.

Estas cosas se repitieron, tanto que Kassim no se levantaba ya a consolarla. ¡Consolarla! ¿de que? Lo cual no obstaba para que Kassim prolongara mas sus veladas a fin de un mayor suplemento.

Era un hombre indeciso, irresoluto y callado. Las miradas de su mujer se detenian ahora con mas pesada fijeza sobre aquella muda tranquilidad.

--¡Y eres un hombre, tu!--murmuraba.

Kassim, sobre sus engarces, no cesaba de mover los dedos.

--No eres feliz conmigo, Maria--expresaba al rato.

--¡Feliz! ¡Y tienes el valor de decirlo! ¿Quien puede ser feliz contigo? ¡Ni la ultima de las mujeres!... ¡Pobre diablo!--concluia con risa nerviosa, yendose.

Kassim trabajaba esa noche hasta las tres de la manana, y su mujer tenia luego nuevas chispas que ella consideraba un instante con los labios apretados.

--Si... ¡no es una diadema sorprendente!... ¿cuando la hiciste?

--Desde el martes--mirabala el con descolorida ternura--dormias de noche...

--¡Oh, podias haberte acostado!... ¡inmensos, los brillantes!

Porque su pasion eran las voluminosas piedras que Kassim montaba. Seguia el trabajo con loca hambre de que concluyera de una vez, y apenas aderezada la alhaja, corria con ella al espejo. Luego, un ataque de sollozos.

--¡Todos, cualquier marido, el ultimo, haria un sacrificio para halagar a su mujer! Y tu... y tu... ni un miserable vestido que ponerme, tengo!

Cuando se franquea cierto limite de respeto al varon, la mujer puede llegar a decir a su marido cosas increíbles.

La mujer de Kassim franqueo ese limite con una pasion igual por lo menos a la que sentia por los brillantes. Una tarde, al guardar sus joyas, Kassim noto la falta de un prendedor--cinco mil pesos en dos solitarios.--Busco en sus cajones de nuevo.

--?No has visto el prendedor, Maria? Lo deje aqui.

--Si, lo he visto.

--?Donde esta?--se volvio extranado.

--iAqui!

Su mujer, los ojos encendidos y la boca burlona, se erguia con el prendedor puesto.

--Te queda muy bien--dijo Kassim al rato.--Guardemoslo.

Maria se rio.

--Oh, no! es mio.

--Broma?...

--Si, es broma! ies broma, si! iComo te duele pensar que podria ser mio... Manana te lo doy. Hoy voy al teatro con el.

Kassim se demudo.

--Haces mal... podrian verte. Perderian toda confianza en mi.

--iOh!--cerro ella con rabioso fastidio, golpeando violentamente la puerta.

Vuelta del teatro, coloco la joya sobre el velador. Kassim se levanto y la guardo en su taller bajo llave. Al volver, su mujer estaba sentada en la cama.

--iEs decir, que temes que te la robe! iQue soy una ladrona!

--No mires asi... Has sido imprudente, nada mas.

--iAh! iY a ti te lo confian! iA ti, a ti! iY cuando tu mujer te pide un poco de halago, y quiere... me llamas ladrona a mi! ilnfame!

Se durmio al fin. Pero Kassim no durmio.

Entregaron luego a Kassim para montar, un solitario, el brillante mas admirable que hubiera pasado por sus manos.

--Mira, Maria, que piedra. No he visto otra igual.

Su mujer no dijo nada; pero Kassim la sintio respirar hondamente sobre el solitario.

--Una agua admirable...--prosiguió el--costara nueve o diez mil pesos.

--Un anillo!--murmuro Maria al fin.

--No, es de hombre... Un alfiler.

A compas del montaje del solitario, Kassim recibio sobre su espalda trabajadora cuanto ardia de rencor y cocotaje frustrado en su mujer. Diez veces por dia interrumpia a su marido para ir con el brillante ante el espejo. Despues se lo probaba con diferentes vestidos.

--Si quieres hacerlo despues...--se atrevio Kassim.--Es un trabajo urgente.

Espero respuesta en vano; su mujer abria el balcon.

--Maria, te pueden ver!

--Toma! ¡ahi esta tu piedra!

El solitario, violentamente arrancado, rodo por el piso.

Kassim, livido, lo recogio examinandolo, y alzo luego desde el suelo la mirada a su mujer.

--Y bueno, ¿por que me miras asi? ¿Se hizo algo tu piedra?

--No--repuso Kassim. Y reanudo en seguida su tarea, aunque las manos le temblaban hasta dar lastima.

Pero tuvo que levantarse al fin a ver a su mujer en el dormitorio, en plena crisis de nervios. El pelo se habia soltado y los ojos le salian de las orbitas.

--¡Dame el brillante!--clamo.--¡Dámelo! ¡Nos escaparemos! ¡Para mi! ¡Dámelo!

--Maria...--tartamudeo Kassim, tratando de desasirse.

--¡Ah!--rugio su mujer enloquecida.--¡Tu eres el ladron, miserable!

¡Me has robado mi vida, ladrón, ladrón! Y creías que no me iba a desquitar... cornudo! ¡Aja! Mirame... no se te había ocurrido nunca, ¿eh? ¡Ah!--y se llevo las dos manos a la garganta ahogada. Pero cuando Kassim se iba, salto de la cama y cayo, alcanzando a cogerlo de un botín.

--¡No importa! ¡El brillante, damelo! ¡No quiero mas que eso! ¡Es mio, Kassim miserable!

Kassim la ayudo a levantarse, livido.

--Estas enferma, Maria. Despues hablaremos... acuestate.

--¡Mi brillante!

--Bueno, veremos si es posible... acuestate.

--Damelo!

La bola monto de nuevo a la garganta.

Kassim volvio a trabajar en su solitario. Como sus manos tenian una seguridad matematica, faltaban pocas horas ya.

Maria se levanto para comer, y Kassim tuvo la solicitud de siempre con ella. Al final de la cena su mujer lo miro de frente.

--Es mentira, Kassim--le dijo.

--¡Oh!--repuso Kassim sonriendo--no es nada.

--¡Te juro que es mentira!--insistio ella.

Kassim sonrio de nuevo, tocandole con torpe carino la mano.

--¡Loca! Te digo que no me acuerdo de nada.

Y se levanto a proseguir su tarea. Su mujer, con la cara entre las manos, lo siguio con la vista.

--Y no me dice mas que eso...--murmuro. Y con una honda nausea por aquello pegajoso, fofo e inerte que era su marido, se fue a su cuarto.

No durmio bien. Desperto, tarde ya, y vio luz en el taller; su marido continuaba trabajando. Una hora despues, este oyo un alarido.

--¡Damelo!

--Si, es para ti; falta poco, Maria--repuso presuroso, levantandose. Pero su mujer, tras ese grito de pesadilla, dormia de nuevo. A las dos de la manana Kassim pudo dar por terminada su tarea; el brillante resplandecia, firme y varonil en su engarce. Con paso silencioso fue al dormitorio y encendio la veladora. Maria dormia de espaldas, en la blancura helada de su camison y de la sabana.

Fue al taller y volvio de nuevo. Contemplo un rato el seno casi descubierto, y con una descolorida sonrisa aparto un poco mas el camison desprendido.

Su mujer no lo sintio.

No habia mucha luz. El rostro de Kassim adquirio de pronto una dura inmovilidad, y suspendiendo un instante la joya a flor del seno desnudo, hundio, firme y perpendicular como un clavo, el alfiler entero en el corazon de su mujer.

Hubo una brusca apertura de ojos, seguida de una lenta caida de parpados. Los dedos se arqueron, y nada mas.

La joya, sacudida por la convulsion del ganglio herido, temblo un instante desequilibrada. Kassim espero un momento; y cuando el solitario quedo por fin perfectamente inmovil, pudo entonces retirarse, cerrando tras de si la puerta sin hacer ruido.

#LA MUERTE DE ISOLDA#

Concluia el primer acto de _Tristan e Isolda_. Cansado de la agitacion de ese dia, me quede en mi butaca, muy contento con la falta de vecinos. Volvi la cabeza a la sala, y detuve en seguida los ojos en un palco balcon.

Evidentemente, un matrimonio. El, un marido cualquiera, y tal vez por su mercantil vulgaridad y la diferencia de ano con su mujer, menos que cualquiera. Ella, joven, palida, con una de esas profundas bellezas que mas que en el rostro, aun bien hermoso, estan en la perfecta

solidaridad de mirada, boca, cuello, modo de entrecerrar los ojos. Era, sobre todo, una belleza para hombres, sin ser en lo mas minimo provocativa; y esto es precisamente lo que no entenderan nunca las mujeres.

La mire largo rato a ojos descubiertos porque la veia muy bien, y porque cuando el hombre esta asi en tension de aspirar fijamente un cuerpo hermoso, no recurre al arbitrio femenino de los anteojos.

Comenzo el segundo acto. Volvi aun la cabeza al palco, y nuestras miradas se cruzaron. Yo, que habia apreciado ya el encanto de aquella mirada vagando por uno y otro lado de la sala, vivi en un segundo, al sentirla directamente apoyada en mi, el mas adorable sueno de amor que haya tenido nunca.

Fue aquello muy rapido: los ojos huyeron, pero dos o tres veces, en mi largo minuto de insistencia, tornaron fugazmente a mi.

Fue asimismo, con la subita dicha de haberme sonado un instante su marido, el mas rapido desencanto de un idilio. Sus ojos volvieron otra vez, pero en ese instante senti que mi vecino de la izquierda miraba hacia alla, y despues de un momento de inmovilidad de ambas partes, se saludaron.

Asi, pues, yo no tenia el mas remoto derecho a considerarme un hombre feliz, y observe a mi companero. Era un hombre de mas de treinta y cinco anos, barba rubia y ojos azules de mirada clara y un poco dura, que expresaba inequivoca voluntad.

--Se conocen--me dije--y no poco.

En efecto, despues de la mitad del acto mi vecino, que no habia vuelto a apartar los ojos de la escena, los fijo en el palco. Ella, la cabeza un poco echada atras, y en la penumbra, lo miraba tambien. Me parecia mas palida aun. Se miraron fijamente, insistentemente, aislados del mundo en aquella recta paralela de alma a alma que los mantenia inmoviles.

Durante el tercero, mi vecino no volvio un instante la cabeza. Pero antes de concluir aquel salio por el pasillo opuesto. Mire al palco, y ella tambien se habia retirado.

--Final de idilio--me dije melancolicamente.

El no volvio mas y el palco quedo vacio.

* * * * *

--Si, se repiten--sacudio amargamente la cabeza.--Todas las situaciones dramaticas pueden repetirse, aun las mas inverosimiles, y se repiten. Es menester vivir, y usted es muy muchacho... Y las de su _Tristan_ tambien, lo que no obsta para que haya alli el mas sostenido alarido de pasion que haya gritado alma humana... Yo quiero tanto como usted a esa obra, y acaso mas... No me refiero, querra creer, al drama de _Tristan_, con las treinta y dos situaciones del dogma, fuera de las cuales todas son repeticiones. No; la escena que vuelve como una pesadilla, los personajes que sufren la alucinacion de una dicha muerta, es otra cosa... Usted asistio al preludio de una de esas repeticiones... Si, ya se que se acuerda... No nos conociamos con usted entonces... Y precisamente a usted debia de hablarle de esto! Pero juzga mal lo que vio y creyo un acto mio feliz... ¡Feliz!... Oigame. ¡El buque parte dentro de un momento, y esta vez no vuelvo mas... Le cuento esto a usted, como si se lo pudiera escribir, por dos razones: Primero, porque usted tiene un parecido pasmoso con lo que era yo entonces--en lo bueno unicamente, por suerte.--Y segundo, porque usted, mi joven amigo, es perfectamente incapaz de pretenderla, despues de lo que va a oir. Oigame:

La conoci hace diez anos, y durante los seis meses que fui su novio, hice cuanto me fue posible para que fuera mia. La queria mucho, y ella, inmensamente a mi. Por esto cedio un dia, y desde ese instante, privado de tension, mi amor se enfrio.

Nuestro ambiente social era distinto, y mientras ella se embriagaba con la dicha de mi nombre--se me consideraba buen mozo entonces--yo vivia en una esfera de mundo donde me era inevitable flirtear con muchachas de apellido, fortuna, y a veces muy lindas.

Una de ellas llevo conmigo el flirteo bajo parasoles de garden party a un extremo tal, que me exaspere y la pretendi seriamente. Pero si mi persona era interesante para esos juegos, mi fortuna no alcanzaba a prometerle el tren necesario, y me lo dio a entender claramente.

Tenia razon, perfecta razon. En consecuencia flirtee con una amiga suya, mucho mas fea, pero infinitamente menos habil para estas torturas del tete-a-tete a diez centimetros, cuya gracia exclusiva consiste en enloquecer a su flirt, manteniendose uno dueño de si. Y esta vez no fui yo quien se exaspero.

Seguro, pues, del triunfo, pense entonces en el modo de romper con Ines. Continuaba viendola, y aunque no podia ella enganarse sobre el amortiguamiento de mi pasion, su amor era demasiado grande para no iluminarle los ojos de dicha cada vez que me veia entrar.

La madre nos dejaba solos; y aunque hubiera sabido lo que pasaba, habria cerrado los ojos para no perder la mas vaga posibilidad de

subir con su hija a una esfera mucho mas alta.

Una noche fui alla dispuesto a romper, con visible malhumor, por lo mismo. Ines corrio a abrazarme, pero se detuvo, bruscamente palida.

--Que tienes--me dijo.

--Nada--le respondi con sonrisa forzada, acariciandole la frente. Dejo hacer, sin prestar atencion a mi mano y mirandome insistentemente. Al fin aparto los ojos contraidos y entramos.

La madre vino, pero sintiendo cielo de tormenta, estuvo solo un momento y desaparecio.

Romper, es palabra corta y facil; pero comenzarlo...

Nos habiamos sentado y no hablabamos. Ines se inclino, me aparto la mano de la cara y me clavo los ojos, dolorosos de angustioso examen.

--iEs evidente!...--murmuro.

--Que--le pregunte friamente.

La tranquilidad de mi mirada le hizo mas dano que mi voz, y su rostro se demudo:

--iQue ya no me quieres!--articulo en una desesperada y lenta oscilacion de cabeza.

--Esta es la quincuagesima vez que dices lo mismo--respondi.

No podia darse respuesta mas dura; pero yo tenia ya el comienzo.

Ines me miro un rato casi como a un extrano, y apartando bruscamente mi mano y el cigarro, su voz se rompio:

--iEsteban!

--Que--torne a decirle.

Esta vez bastaba. Dejo lentamente mi mano y se reclino atras en el sofa, manteniendo fijo en la lampara su rostro livido. Pero un momento despues su cara caia de costado bajo el brazo crispado al respaldo.

Paso un rato aun. La injusticia de mi actitud--no veia mas que injusticia--acrecentaba el profundo disgusto de mi mismo. Por eso cuando oi, o mas bien senti, que las lagrimas salian al fin, me levante con un violento chasquido de lengua.

--Yo creía que no íbamos a tener mas escenas--le dije paseandome.

No me respondió, y agregue:

--Pero que sea esta la ultima.

Senti que las lagrimas se detenian, y bajo ellas me respondió un momento despues:

--Como quieras.

Pero en seguida cayo sollozando sobre el sofa:

--¡Pero que te he hecho! ¡que te he hecho!

--¡Nada!--le respondi.--Pero yo tampoco te he hecho nada a ti... Creo que estamos en el mismo caso. Estoy harto de estas cosas!

Mi voz era seguramente mucho mas dura que mis palabras. Ines se incorporo, y sosteniendose en el brazo del sofa, repitio, helada:

--Como quieras.

Era una despedida. Yo iba a romper, y se me adelantaban. El amor propio, el vil amor propio tocado a vivo, me hizo responder:

--Perfectamente... Me voy. Que seas mas feliz... otra vez.

No comprendio, y me miro con extraneza. Habia cometido la primer infamia; y como en esos casos, senti el vertigo de enlodarme mas aun.

--¡Es claro!--apoye brutalmente--porque de mi no has tenido queja...?no?

Es decir: te hice el honor de ser tu amante, y debes estarme agradecida.

Comprendio mas mi sonrisa que las palabras, y sali a buscar mi sombrero en el corredor, mientras que con un ¡ah!, su cuerpo y su alma se desplomaban en la sala.

Entonces, en ese instante en que cruce la galeria, senti intensamente cuanto la queria y lo que acababa de hacer. Aspiracion de lujo, matrimonio encumbrado, todo me resalto como una llaga en mi propia alma. Y yo, que me ofrecia en subasta a las mundanas feas con fortuna, que me ponía en venta, acababa de cometer el acto mas ultrajante, con la mujer que nos ha querido demasiado... Flaqueza en el Monte de los

Olivos, o momento vil en un hombre que no lo es, llevan al mismo fin: ansia de sacrificio, de reconquista mas alta del propio valer. Y luego, la inmensa sed de ternura, de borrar beso tras beso las lagrimas de la mujer adorada, cuya primera sonrisa tras la herida que le hemos causado, es la mas bella luz que pueda inundar un corazon de hombre.

¡Y concluido! No me era posible ante mi mismo volver a tomar lo que acababa de ultrajar de ese modo: ya no era digno de ella, ni la merecia mas. Habia enlodado en un segundo el amor mas puro que hombre alguno haya sentido sobre si, y acababa de perder con Ines la irreencontrable felicidad de poseer a quien nos ama entranablemente.

Desesperado, humillado, cruce por delante de la puerta, y la vi echada en el sofa, sollozando el alma entera sobre sus brazos. ¡Ines! ¡Perdida ya! Senti mas honda mi miseria ante su cuerpo, todo amor, sacudido por los sollozos de su dicha muerta. Sin darme cuenta casi, me detuve.

--Ines!--llame.

Mi voz no era ya la de antes. Y ella debio notarlo bien, porque su alma sintio, en aumento de sollozos, el desesperado llamado que le hacia mi amor, esta vez si, inmenso amor!

--No, no...--me respondio.--¡Es demasiado tarde!

* * * * *

Padilla se detuvo. Pocas veces he visto amargura mas agotada y tranquila que la de sus ojos cuando concluyo. Por mi parte, no podian apartar de los mios aquella adorable belleza del palco, sollozando sobre el sofa...

--Me creera--reanudo Padilla--si le digo que en mis muchos insomnios de soltero descontento de si mismo, la tuve asi ante mi... Sali de Buenos Aires sin ver casi a nadie, y menos a mi flirt de gran fortuna... Volvi a los ocho anos, y supe entonces que se habia casado, a los seis meses de haberme ido yo. Torne a alejarme, y hace un mes regrese, bien tranquilizado ya, y en paz.

No habia vuelto a verla. Era para mi como un primer amor, con todo el encanto dignificante que un idilio virginal tiene para el hombre hecho, que despues amo cien veces... Si usted es querido alguna vez como yo lo fui, y ultraja como yo lo hice, comprendera toda la pureza viril que hay en mi recuerdo.

Hasta que una noche tropee con ella. Si, esa misma noche en el

teatro... Comprendi, al ver a su marido de opulenta fortuna, que se habia precipitado en el matrimonio, como yo al Ucayali... Pero al verla otra vez, a veinte metros de mi, mirandome, senti que en mi alma, dormida en paz, surgia sangrando la desolacion de haberla perdido, como si no hubiera pasado un solo dia de esos diez anos. Ines! Su hermosura, su mirada, unica entre todas las mujeres, habian sido mias bien mias, porque me habian sido entregadas con adoracion--tambien apreciara usted esto algun dia.

Hice lo humanamente posible para olvidar, me rompi las muelas tratando de concentrar todo mi pensamiento en la escena. Pero la prodigiosa partitura de Wagner, ese grito de pasion enfermante, encendio en llama viva lo que queria olvidar. En el segundo o tercer acto no pude mas y volvi la cabeza. Ella tambien sufria la sugestion de Wagner, y me miraba. Ines, mi vida! Durante medio minuto su boca, sus manos, estuvieron bajo mi boca, mis ojos, y durante ese tiempo ella concentro en su palidez la sensacion de esa dicha muerta hacia diez anos. ¡Y _Tristan_ siempre, sus alaridos de pasion sobrehumana, sobre nuestra felicidad yerta!

Sali entonces, atravesé las butacas como un sonambulo, aproximandome a ella sin verla, sin que me viera, como si durante diez anos no hubiera yo sido un miserable...

Y como diez anos atras, sufri la alucinacion de que llevaba mi sombrero en la mano e iba a pasar delante de ella.

Pase, la puerta del palco estaba abierta, y me detuve enloquecido. Como diez anos antes sobre el sofa, ella, Ines, tendida en el divan del antepalco, sollozaba la pasion de Wagner y su dicha deshecha.

Ines!... Senti que el destino me colocaba en un momento decisivo. ¡Diez anos!... ¿Pero habian pasado? ¡No, no, Ines mia!

Y como entonces, al ver su cuerpo todo amor, sacudido por los sollozos, murmure:

--Ines!

Y como diez anos antes, los sollozos redoblaron, y como entonces me respondio bajo sus brazos:

--No, no...¡Es demasiado tarde!...

#EL INFIERNO ARTIFICIAL#

Las noches en que hay luna, el sepulturero avanza por entre las tumbas con paso singularmente rígido. Va desnudo hasta la cintura y lleva un gran sombrero de paja. Su sonrisa, fija, da la sensación de estar pegada con cola a la cara. Si fuera descalzo, se notaría que camina con los pulgares del pie doblados hacia abajo.

No tiene esto nada de extraño, porque el sepulturero abusa del cloroformo. Incidencias del oficio lo han llevado a probar el anestésico, y cuando el cloroformo muerde en un hombre, difícilmente suelta. Nuestro conocido espera la noche para destapar su frasco, y como su sensatez es grande, escoge el cementerio para inviolable teatro de sus borracheras.

El cloroformo dilata el pecho a la primera inspiración; la segunda, inunda la boca de saliva; las extremidades hormiguean, a la tercera; a la cuarta, los labios, a la par de las ideas, se hinchan, y luego pasan cosas singulares.

Es así como la fantasía de su paso ha llevado al sepulturero hasta una tumba abierta en que esa tarde ha habido remoción de huesos--inconclusa por falta de tiempo. Un ataúd ha quedado abierto tras la verja, y a su lado, sobre la arena, el esqueleto del hombre que estuvo encerrado en él.

... ¿Ha oído algo, en verdad? Nuestro conocido descorre el cerrojo, entra, y luego de girar suspenso alrededor del hombre de hueso, se arrodilla y junta sus ojos a las orbitas de la calavera.

Allí, en el fondo, un poco más arriba de la base del cráneo, sostenido como en un pretil en una rugosidad del occipital, está acurrucado un homrecillo tiritante, amarillo, el rostro cruzado de arrugas. Tiene la boca amoratada, los ojos profundamente hundidos, y la mirada enloquecida de ansia.

Es todo cuanto queda de un cocainomano.

--¡Cocaína! ¡Por favor, un poco de cocaína!

El sepulturero, sereno, sabe bien que el mismo llegaría a disolver con

la saliva el vidrio de su frasco, para alcanzar el cloroformo prohibido. Es, pues, su deber ayudar al hombrecillo tiritante.

Sale y vuelve con la jeringuilla llena, que el botiquin del cementerio le ha proporcionado. ¿Pero como, al hombrecillo diminuto?...

--¡Por las fisuras craneanas!... ¡Pronto!

¡Cierto! ¿Como no se le habia ocurrido a el? Y el sepulturero, de rodillas, inyecta en las fisuras el contenido entero de la jeringuilla, que filtra y desaparece entre las grietas.

Pero seguramente algo ha llegado hasta la fisura a que el hombrecillo se adhiere desesperadamente. Despues de ocho anos de abstinencia, ¿que molecula de cocaína no enciende un delirio de fuerza, juventud, belleza?

El sepulturero fijo sus ojos a la orbita de la calavera, y no reconocio al hombrecillo moribundo. En el cutis, firme y terso, no habia el menor rastro de arruga. Los labios, rojos y vitales, se entremordian con perezosa voluptuosidad que no tendria explicacion viril, si los hipnoticos no fueran casi todos femeninos; y los ojos, sobre todo, antes vidriosos y apagados, brillaban ahora con tal pasion que el sepulturero tuvo un impulso de envidiosa sorpresa.

--Y eso, asi... ¿la cocaína?--murmuro.

La voz de adentro sono con inefable encanto.

--¡Ah! ¡Preciso es saber lo que son ocho anos de agonía! ¡Ocho anos, desesperado, helado, prendido a la eternidad por la sola esperanza de una gota!... Si, es por la cocaína... ¿Y usted? Yo conozco ese olor... ¿cloroformo?

--Si--repuso el sepulturero avergonzado de la mezquindad de su paraíso artificial. Y agrego en voz baja:--El cloroformo tambien... Me mataria antes que dejarlo.

La voz sono un poco burlona.

--¡Matarse! Y concluiría seguramente; seria lo que cualquiera de esos vecinos míos... Se pudriría en tres horas, usted y sus deseos.

--Es cierto;--penso el sepulturero--acabarian conmigo. Pero el otro no se habia rendido. Ardía aun despues de ocho anos aquella pasion que habia resistido a la falta misma del vaso de deleite; que ultrapasaba la muerte capital del organismo que la creo, la sostuvo, y no fue capaz de aniquilarla consigo; que sobrevivía monstruosamente de si misma, transmutando el ansia causal en supremo goce final,

manteniendose ante la eternidad en una rugosidad del viejo craneo.

La voz calida y arrastrada de voluptuosidad sonaba aun burlona.

--Usted se mataria... ¡Linda cosa! Yo tambien me mate... ¡Ah, le interesa! ¿verdad? Pero somos de distinta pasta... Sin embargo, traiga su cloroformo, respire un poco mas y oigame. Apreciara entonces lo que va de su droga a la cocaína. Vaya.

El sepulturero volvio, y echandose de pecho en el suelo, apoyado en los codos y el frasco bajo las narices, espero.

--¡Su cloro! No es mucho, que digamos. Y aun morfina... ¿Usted conoce el amor por los perfumes? ¿No? ¿Y el Jicky de Guerlain? Oiga, entonces. A los treinta años me case, y tuve tres hijos. Con fortuna, una mujer adorable y tres criaturas sanas, era perfectamente feliz. Sin embargo, nuestra casa era demasiado grande para nosotros. Usted ha visto. Usted no... en fin... ha visto que las salas lujosamente puestas parecen mas solitarias e inutilis. Sobre todo solitarias. Todo nuestro palacio vivia asi en silencio su esteril y funebre lujo.

Un dia, en menos de diez y ocho horas, nuestro hijo mayor nos dejo por seguir tras la difteria. A la tarde siguiente el segundo se fue con su hermano, y mi mujer se echo desesperada sobre lo unico que nos quedaba: nuestra hija de cuatro meses. ¿Que nos importaba la difteria, el contagio y todo lo demas? A pesar de la orden del medico, la madre dio de mamar a la criatura, y al rato la pequena se retorcia convulsa, para morir ocho horas despues, envenenada por la leche de la madre.

Sume usted: 18, 24, 9. En 51 horas, poco mas de dos dias, nuestra casa quedo perfectamente silenciosa, pues no habia nada que hacer. Mi mujer estaba en su cuarto, y yo me paseaba al lado. Fuera de eso nada, ni un ruido. Y dos dias antes teniamos tres hijos...

Bueno. Mi mujer paso cuatro dias aranando la sabana, con un ataque cerebral, y yo acudi a la morfina.

--Deje eso--me dijo el medico,--no es para usted.

--¿Que, entonces?--le respondi. Y senale el funebre lujo de mi casa que continuaba encendiendo lentamente catastrofes, como rubies.

El hombre se compadecio.

--Prueba sulfonal, cualquier cosa... Pero sus nervios no daran.

Sulfonal, brional, estramonio...¡bah! ¡Ah, la cocaína! Cuanto de infinito va de la dicha desparramada en cenizas al pie de cada cama

vacía, al radiante rescate de esa misma felicidad quemada, cabe en una sola gota de cocaína! Asombro de haber sufrido un dolor inmenso, momentos antes; súbita y llana confianza en la vida, ahora; instantáneo rebrote de ilusiones que acercan el porvenir a diez centímetros del alma abierta, todo esto se precipita en las venas por entre la aguja de platino. ¡Y su cloroformo!... Mi mujer murió. Durante dos años gaste en cocaína muchísimo más de lo que usted puede imaginarse. ¿Sabe usted algo de tolerancias? Cinco centigramos de morfina acaban fatalmente con un individuo robusto. Quincey llegó a tomar durante quince años dos gramos por día; vale decir, cuarenta veces más que la dosis mortal.

Pero eso se paga. En mí, la verdad de las cosas lugubres, contenida, emborrachada día tras día, comencé a vengarse, y ya no tuve más nervios retorcidos que echar por delante a las horribles alucinaciones que me asediaban. Hice entonces esfuerzos inauditos para arrojar fuera el demonio, sin resultado. Por tres veces resistí un mes a la cocaína, un mes entero. Y caía otra vez. Y usted no sabe, pero sabrá un día, que sufrimiento, que angustia, que sudor de agonía se siente cuando se pretende suprimir un solo día la droga!

Al fin, envenenado hasta lo más íntimo de mí ser, preñado de torturas y fantasmas, convertido en un tembloroso despojo humano; sin sangre, sin vida--misericordia a que la cocaína prestaba diez veces por día radiante disfraz, para hundirme en seguida en un estupor cada vez más hondo, al fin un resto de dignidad me lancé a un sanatorio, me entregué atado de pies y manos para la curación.

Allí, bajo el imperio de una voluntad ajena, vigilado constantemente para que no pudiera procurarme el veneno, llegaría forzosamente a descocainizarme.

¿Sabe usted lo que pasó? Que yo, conjuntamente con el heroísmo para entregarme a la tortura, llevaba bien escondido en el bolsillo un frasquito con cocaína... Ahora calcule usted lo que es pasión.

Durante un año entero, después de ese fracaso, proseguí inyectándome. Un largo viaje emprendido dióme no sé qué misteriosas fuerzas de reacción, y me enamoré entonces.

La voz calló. El sepulturero, que escuchaba con la babeante sonrisa fija siempre en su cara, acerco su ojo y creyó notar un velo ligeramente opaco y vidrioso en los de su interlocutor. El cutis, a su vez, se resquebrajaba visiblemente.

--Sí,--prosiguió la voz,--es el principio... Concluiré de una vez. A usted, un colega, le debo toda esta historia.

Los padres hicieron cuanto es posible para resistir: ¡un morfinomano, o cosa así! Para la fatalidad mía, de ella, de todos, había puesto en mi camino a una supernerviosa. ¡Oh, admirablemente bella! No tenía sino diez y ocho años. El lujo era para ella lo que el cristal tallado para una esencia: su envase natural.

La primera vez que, habiéndome yo olvidado de darme una nueva inyección antes de entrar, me vio decaer bruscamente en su presencia, idiotizarme, arrugarme, fijo en mis ojos inmensamente grandes, bellos y espantados. ¡Curiosamente espantados! Me vio, pálida y sin moverse, darme la inyección. No cesó un instante en el resto de la noche de mirarme. Y tras aquellos ojos dilatados que me habían visto así, yo veía a mi vez la tara neurótica, al tío internado, y a su hermano menor epiléptico...

Al día siguiente la hallé respirando Jicky, su perfume favorito; había leído en veinticuatro horas cuanto es posible sobre hipnóticos.

Ahora bien: basta que dos personas sorban los deleites de la vida de un modo anormal, para que se comprendan tanto más íntimamente, cuanto más extraña es la obtención del goce. Se unieron en seguida, excluyendo toda otra pasión, para aislarse en la dicha alucinada de un paraíso artificial.

En veinte días, aquel encanto de cuerpo, belleza, juventud y elegancia, quedó suspendido del aliento embriagador de los perfumes. Comencé a vivir, como yo con la cocaína, en el cielo delirante de su Jicky.

Al fin nos pareció peligroso el mutuo sonambulismo en su casa, por fugaz que fuera, y decidimos crear nuestro paraíso. Ninguno mejor que mi propia casa, de la que nada había tocado, y a la que no había vuelto más. Se llevaron anchos y bajos divanes a la sala; y allí, en el mismo silencio y la misma suntuosidad funebre que había incubado la muerte de mis hijos; en la profunda quietud de la sala, con lámpara encendida a la una de la tarde; bajo la atmósfera pesada de perfumes, vivimos horas y horas nuestro fraternal y taciturno idilio, yo tendido inmóvil con los ojos abiertos, pálido como la muerte; ella echada sobre el diván, manteniendo bajo las narices, con su mano helada, el frasco de Jicky.

Porque no había en nosotros el menor rastro de deseo--¡y cuán hermosa estaba con sus profundas ojeras, su peinado descompuesto, y, el ardiente lujo de su falda inmaculada!

Durante tres meses consecutivos raras veces faltó, sin llegar yo jamás a explicarme que combinaciones de visitas, casamientos y garden party debió hacer para no ser sospechada. En aquellas raras ocasiones

llegaba al día siguiente ansiosa, entraba sin mirarme, tiraba su sombrero con un ademán brusco, para tenderse en seguida, la cabeza echada atrás y los ojos entornados, al sonambulismo de su Jicky.

Abrevio: una tarde, y por una de esas reacciones inexplicables con que los organismos envenenados lanzan en explosión sus reservas de defensa--los morfinomanos las conocen bien!--sentí todo el profundo goce que había, no en mi cocaína, sino en aquel cuerpo de diez y ocho años, admirablemente hecho para ser deseado. Esa tarde, como nunca, su belleza surgía pálida y sensual, de la suntuosa quietud de la sala iluminada. Tan brusca fue la sacudida, que me hallé sentado en el diván, mirándola. ¡Diez y ocho años... y con esa hermosura!

Ella me vio llegar sin hacer un movimiento, y al inclinarme me miró con fría extraneza.

--Si...--murmure.

--No, no...--repuso ella con la voz blanca, esquivando la boca en pesados movimientos de su cabellera.

Al fin, al fin eché la cabeza atrás y cedí cerrando los ojos.

¡Ah! ¡Para que haber resucitado un instante, si mi potencia viril, si mi orgullo de varón no revivía más! ¡Estaba muerto para siempre, ahogado, disuelto en el mar de cocaína! Caí a su lado, sentado en el suelo, y hundi la cabeza entre sus faldas, permaneciendo así una hora entera en hondo silencio, mientras ella, muy pálida, se mantenía también inmóvil, los ojos abiertos fijos en el techo.

Pero ese fustazo de reacción que había encendido un efímero relámpago de ruina sensorial, traía también a flor de conciencia cuanto de honor masculino y vergüenza viril agonizaba en mí. El fracaso de un día en el sanatorio, y el diario ante mi propia dignidad, no eran nada en comparación del de ese momento, ¿comprende usted? ¡Para que vivir, si el infierno artificial en que me había precipitado y del que no podía salir, era incapaz de absorberme del todo! ¡Y me había soltado un instante, para hundirme en ese final!

Me levante y fui adentro, a las piezas bien conocidas, donde aún estaba mi revolver. Cuando volví, ella tenía los párpados cerrados.

--Matemonos--le dije.

Entreabrió los ojos, y durante un minuto no apartó la mirada de mí. Su frente límpida volvió a tener el mismo movimiento de cansado éxtasis:

--Matemonos--murmuro.

Recorrio en seguida con la vista el funebre lujo de la sala, en que la lampara ardia con alta luz, y contrajo ligeramente el ceno.

--Aqui no--agrego.

Salimos juntos, pesados aun de alucinacion, y atravesamos la casa resonante, pieza tras pieza. Al fin ella se apoyo contra una puerta y cerro los ojos. Cayo a lo largo de la pared. Volvi el arma contra mi mismo, y me mate a mi vez.

Entonces, cuando a la explosion mi mandibula se descolgo bruscamente, y senti un inmenso hormigueo en la cabeza; cuando el corazon tuvo dos o tres sobresaltos, y se detuvo paralizado; cuando en mi cerebro y en mis nervios y en mi sangre no hubo la mas remota probabilidad de que la vida volviera a ellos, senti que mi deuda con la cocaina estaba cumplida. ¡Me habia matado, pero yo la habia muerto a mi vez!

¡Y me equivoque! Porque un instante despues pude ver, entrando vacilantes y de la mano, por la puerta de la sala, a nuestros cuerpos muertos, que volvian obstinados...

La voz se quebro de golpe.

--¡Cocaina, por favor! ¡Un poco de cocaina!

#LA GALLINA DEGOLLADA#

Todo el dia, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenian la lengua entre los labios, los ojos estupidos, y volvian la cabeza con la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a el, a cinco metros, y alli se mantenian inmoviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenian fiesta. La luz

enceguecedora llamaba su atencion al principio, poco a poco sus ojos se animaban, se reian al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegria bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvia electrico. Los ruidos fuertes sacudian asimismo su inercia, y corrian entonces, mordiendose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el dia sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalon.

El mayor tenia doce anos y el menor, nueve. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habian sido un dia el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer y mujer y marido hacia un porvenir mucho mas vital: un hijo: ¿Que mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagracion de su carino, libertado ya del vil egoismo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovacion?

Asi lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llevo, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura crecio, bella y radiante, hasta que tuvo ano y medio. Pero en el vigesimo mes sacudieronlo una noche convulsiones terribles, y a la manana siguiente no conocia mas a sus padres. El medico lo examino con esa atencion profesional que esta visiblemente buscando la causa del mal, en las enfermedades de los padres.

Despues de algunos dias los miembros paralizados recobraron el instinto; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habian ido del todo; habia quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

--¡Hijo, mi hijo querido!--sollozaba esta, sobre aquella espantosa ruina de su primogenito.

El padre, desolado, acompaño al medico afuera.

--A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podra mejorar, educarse en todo lo que permita su idiotismo, pero no mas alla.

--¡Si!... ¡si!!--asentia Mazzini.--Pero dígame: ¿Usted cree que es herencia, que...?

--En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creí cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hagala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redoblo su amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació este, y su salud y limpidez de risa reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los diez y ocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaba maldito! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidos ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas de dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Más, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse solo al comer, cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más.

Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos, echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciaronse con el cambio de pronombres: _tus_ hijos. Y como a mas del insulto habia le insidia, la atmosfera se cargaba.

--Me parece--dijole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos--que podrias tener mas limpios a los muchachos.

Berta continuo leyendo, como si no hubiera oido.

--Es la primera vez--repuso al rato--que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvio un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

--De nuestros hijos, ¿me parece?

--Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta asi?--alzo ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expreso claramente:

--¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

--¡Ah, no!--se sonrio Berta, muy palida--¡pero yo tampoco, supongo!...
¡No faltaba mas!...--murmuro.

--¿Que no faltaba mas?

--¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiendolo bien! Eso es lo que te queria decir.

Su marido la miro un momento, con brutal deseo de insultarla.

--¡Dejemos!--articulo, secandose por fin las manos.

--Como quieras; pero si quieres decir...

--¡Berta!

--¡Como quieras!

Este fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unian con doble arrebató y locura por otro hijo.

Nacio asi una nina. Vivieron dos anos con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaecio, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequena llevaba a los mas extremos limites del mimo y la mala crianza.

Si aun en los ultimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidose casi del todo de los otros. Su solo recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasabale lo mismo.

No por eso la paz habia llegado a sus almas. La menor indisposicion de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habian acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertia afuera. Desde el primer disgusto emponzonado habianse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel friccion, es, cuando ya se comenzo, a humillar del todo a una persona. Antes se contenian aun por la comun falta de exito; ahora que este habia llegado, cada cual, atribuyendolo a si mismo, sentia mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habiale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestia, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el dia sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplio cuatro anos, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algun escalofrio y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, torno a reabrir la eterna llaga.

Hacia tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

--¡Mi Dios! ¿No puedes caminar mas despacio? ¿Cuántas veces?...

--Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdenosa:

--¡No, no te creo tanto!

--Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

--¡Qué! ¿qué dijiste?...

--¡Nada!

--¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso palido.

--¡Al fin!--murmuro con los dientes apretados.--¡Al fin, vibora, has dicho lo que querias!

--¡Si, vibora, si! ¡Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, isanos!
¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Esos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini exploto a su vez:

--¡Vibora tísica! ¡eso es lo que te dije, lo que te quiero decir!
¡Preguntale, preguntale al medico quien tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmon picado, vibora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantaneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestion habia desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jovenes que se han amado intensamente, una vez siquiera, la reconciliacion llevo, tanto mas efusiva cuanto hiriente fueron los agravios.

Amanecio un esplendido día, y mientras Berta se levantaba, escupio sangre. Las emociones y mala noche pasada tenian, sin duda, su gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloro desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, despues de almorzar. Como apenas tenian tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante habia arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrandola con parsimonia (Berta habia aprendido de su madre este buen modo de conservar frescura a la carne), creyo sentir algo como respiracion tras ella. Volviose, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operacion. Rojo... rojo...

--¡Senora! Los niños estan aqui, en la cocina.

Berta llevo; no queria que jamas pisaran alli. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdon, olvido y felicidad reconquistada, podia evitarse esa horrible vision! Porque, naturalmente, cuanto mas intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, mas irritable era su humor con los monstruos.

--¡Que salgan, Maria! ¡Echelos! ¡Echelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Despues de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapose en seguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habian movido en todo el dia de su banco. El sol habia transpuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, mas inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternales, queria observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Queria trepar, eso no ofrecia duda. Al fin decidiose por una silla desfondada, pero faltaba aun. Recurrio entonces a un cajon de kerosene, y su instinto topografico hizole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfo.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron como su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y como en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Vieronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse mas.

Pero la mirada de los idiotas se habia animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensacion de gula bestial iba cambiando cada linea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequena, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintiose cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

--¡Soltame! ¡dejame!--grito sacudiendo la pierna. Pero fue atraida.

--¡Mama! ¡Ay, mama! ¡Mama, papa!--lloro imperiosamente. Trato aun de sujetarse del borde, pero sintiose arrancada y cayo.

--Mama, ¡ay! Ma...--No pudo gritar mas. Uno de ellos le apreto el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa manana se habia desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancandole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyo oir la voz de su hija.

--Me parece que te llama--le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras Berta iba a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio:

--¡Bertita!

Nadie respondió.

--¡Bertita!--alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan funebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

--¡Mi hija, mi hija!--corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujo violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

--¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Solo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

#LOS BUQUES SUICIDANTES#

Resulta que hay pocas cosas más terribles que encontrar en el mar un barco abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche no se ven ni hay advertencia posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos barcos abandonados por a o por b, navegan obstinadamente a favor

de las corrientes o del viento, si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que un buen día no llegaron a puerto, han tropezado en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos, a cada minuto. Por ventura las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de algas. Así, hasta que poco a poco se van deshaciendo. Pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo y lugubre puerto, siempre está frecuentado.

El principal motivo de estos abandonos de buque son sin duda las tempestades y los incendios que dejan a la deriva negros esqueletos errantes. Pero hay otras causas singulares entre las que se puede incluir lo acaecido al Maria Margarita, que zarpo de Nueva York el 24 de Agosto de 1903, y que el 26 de mañana se puso al habla con una corbeta, sin acusar novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquete, no teniendo respuesta, desprendió una chalupa que abordó al Maria Margarita. En el buque no había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban a proa. La cocina estaba prendida aun. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada un momento antes. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden; y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche que aprendí esto estábamos reunidos en el puente. Ibamos a Europa, y el capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado.

La concurrencia femenina, ganada por la sugestión del campo de batalla presente, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la voz de los marineros en proa. Una señora recién casada se atrevió:

--¿No serán águilas?...

El capitán se sonrió bondadosamente:

--¿Qué, señora? ¿Águilas que se lleven a la tripulación?

Todos se rieron y la joven hizo lo mismo, un poco avergonzada.

Felizmente un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente. Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo, y hablando poco.

--¡Ah! ¡si nos contara, señor!--suplico la joven de las águilas.

--No tengo inconveniente--asintio el discreto individuo.--En dos palabras--y en los mares del norte, como el _Maria Margarita_ del capitán--encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo--viajábamos también a vela--nos llevo casi a su lado. El singular aire de abandono que no engana en un buque, llamo nuestra atención, y disminuimos la marcha observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; abordó no se halló a nadie, y todo estaba también en perfecto orden. Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aun nos reímos un poco de las famosas desapariciones subitas.

Ocho de nuestros hombres quedaron abordó para el gobierno del nuevo buque. Viajábamos de conserva. Al anoecer nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie sobre el puente. Desprendióse de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido. Ni un objeto fuera de lugar. El mar estaba absolutamente terso en toda su extensión. En la cocina hervía aun una olla con papas.

Como ustedes comprenderán, el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron a llenar el vacío, y yo fui con ellos. Apenas abordó, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó mediodía y pasó la siesta. A las cuatro, la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda y miró el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo y se sacó la camiseta para remendarla. Cosió un rato en silencio. De pronto se levantó y lanzó un largo silbido. Sus compañeros se volvieron. Él los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en el cabo enrollado, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir el ruido, los otros dieron vuelta la cabeza, con el cenó ligeramente fruncido. En seguida se olvidaron, volviendo a la apatía común.

Al rato otro se desperezó, restregóse los ojos caminando, y se tiró al agua. Paso media hora; el sol iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban en el hombro.

--¿Que hora es?

--Las cinco--respondí. El viejo marinero me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos, recostándose enfrente de mí. Miró largo rato mi pantalón, distraído. Al fin se tiró al agua.

Los tres que quedaban se acercaron rápidamente y observaron el

remolino. Se sentaron en la borda, silbando despacio, con la vista perdida a lo lejos. Uno se bajo y se tendio en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las seis, el ultimo se levanto, se compuso la ropa, apartose el pelo de la frente, camino con sueno aun, y se tiro al agua.

Entonces quede solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos, sin saber lo que hacian, se habian arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua, los otros se volvian momentaneamente preocupados, como si recordaran algo, para olvidarse en seguida. Asi habian desaparecido todos, y supongo que lo mismo los del dia anterior, y los otros y los de los demas buques. Esto es todo.

Nos quedamos mirando al raro hombre con excesiva curiosidad.

--?Y usted no sintio nada?--le pregunto mi vecino de camarote.

--Si, un gran desgano y obstinacion de las mismas ideas, pero nada mas. No se por que no senti nada mas. Presumo que el motivo es este: en vez de agotarme en una defensa angustiosa y a _toda costa_ contra lo que sentia, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepte sencillamente esa muerte hipnotica, como si estuviese anulado ya. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia celebre, que noche a noche se ahorcaban.

Como el comentario era bastante complicado, nadie respondio. Se fue al rato. El capitan lo siguio un rato de reajo.

--iFarsante!--murmuro.

--Al contrario--dijo un pasajero enfermo, que iba a morir a su tierra.--Si fuera farsante no habria dejado de pensar en eso, y se hubiera tirado al agua.

#EL ALMOHADON DE PLUMA#

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus sonadas ninerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordan, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses--se habían casado en abril--vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía en seguida.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso--frisos, columnas y estatuas de mármol--producía una otonal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aun vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin, una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordan, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aun quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordan la examinó con suma detención, ordenándole calma y descanso absolutos.

--No se--le dijo a Jordan en la puerta de calle, con la voz todavía baja.--Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme en seguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasaban horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordan vivía

casi en la sala, tambien con toda la luz encendida. Paseabase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinacion. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguia su mudo vaiven a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su direccion.

Pronto Alicia comenzo a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacia sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedo de repente mirando fijamente. Al rato abrio la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

--¡Jordan! ¡Jordan!--clamo, rigida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordan corrio al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

--¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miro con extravió, miro la alfombra, volvio a mirarlo, y despues de largo rato de estupefacta confrontacion, se sereno. Sonrio y tomo entre las suyas la mano de su marido, acariciandola temblando.

Entre sus alucinaciones mas porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenia fijos en ella los ojos.

Los medicos volvieron inutilmente. Habia alli delante de ellos una vida que se acababa, desangrandose dia a dia, hora a hora, sin saber absolutamente como. En la ultima consulta Alicia yacia en estupor mientras ellos la pulsaban, pasandose de uno a otro la muneca inerte. La observaron largo rato en silencio y pasaron al comedor.

--Pst...--se encogio de hombros desalentado su medico.--Es un caso serio... poco hay que hacer...

--¡Solo eso me faltaba!--resoplo Jordan. Y tamborileo bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiendose en subdelirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitia siempre en las primeras horas. Durante el dia no avanzaba su enfermedad, pero cada manana amanecia livida, en sincope casi. Parecia que unicamente de noche se le fuera la vida en nuevas olas de sangre. Tenia siempre al despertar la sensacion de estar desplomada en la cama con un millon de kilos encima. Desde el tercer dia este hundimiento no la abandono mas. Apenas podia mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el

almohadon. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdio, luego, el conocimiento. Los dos dias finales deliro sin cesar a media voz. Las luces continuaban funebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agonico de la casa, no se oia mas que el delirio monotono que salia de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordan.

Murio, por fin. La sirvienta, que entro despues a deshacer la cama, sola ya, miro un rato extranada el almohadon.

--Senor--llamo a Jordan en voz baja.--En el almohadon hay manchas que parecen de sangre.

Jordan se acerco rapidamente y se doblo a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que habia dejado la cabeza de Alicia, se veian manchas de sangre.

--Parecen picaduras--murmuro la sirvienta despues de un rato de inmovil observacion.

--Levantelo a la luz--le dijo Jordan.

La sirvienta lo levanto, pero en seguida lo dejo caer, y se quedo mirando a aquel, livida y temblando. Sin saber por que, Jordan sintio que los cabellos se le erizaban.

--?Que hay?--murmuro con la voz ronca.

--Pesa mucho--articulo la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordan lo levanto; pesaba extraordinariamente. Salieron con el, y sobre la mesa del comedor Jordan corto funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevandose las manos crispadas a los bandos:--sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, habia un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia habia caido en cama, habia aplicado sigilosamente su boca--su trompa, mejor dicho--a las sientes de aquella, chupandole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remocion diaria del almohadon habia impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succion fue vertiginosa. En cinco dias, en cinco noches, habia vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

#EL PERRO RABIOSO#

El 20 de marzo de este año, los vecinos de un pueblo del Chaco santafecino persiguieron a un hombre rabioso que en pos de descargar su escopeta contra su mujer, mató de un tiro a un peón que cruzaba delante de él. Los vecinos, armados, lo rastrearon en el monte como a una fiera, hallándolo por fin trepado en un árbol, con su escopeta aun, y aullando de un modo horrible. Vieronse en la necesidad de matarlo de un tiro.

* * * * *

#Marzo 9--#

Hoy hace treinta y nueve días, hora por hora, que el perro rabioso entro de noche en nuestro cuarto. Si un recuerdo ha de perdurar en mi memoria, es el de las dos horas que siguieron a aquel momento.

La casa no tenía puertas sino en la pieza que habitaba mamá, pues como había dado desde el principio en tener miedo, no hice otra cosa, en los primeros días de urgente instalación, que aserrar tablas para las puertas y ventanas de su cuarto. En el nuestro, y a la espera de mayor desahogo de trabajo, mi mujer se había contentado--verdad que bajo un poco de presión por mi parte--con magníficas puertas de arpillera. Como estábamos en verano, este detalle de riguroso ornamento no dañaba nuestra salud ni nuestro miedo. Por una de estas arpilleras, la que da al corredor central, fue por donde entro y me mordió el perro rabioso.

Yo no sé si el alarido de un epileptico da a los demás la sensación de clamor bestial y fuera de toda humanidad que me produce a mí. Pero estoy seguro de que el aullido de un perro rabioso, que se obstina de noche alrededor de nuestra casa, provocara en todos la misma funebre

angustia. Es un grito corto, metalico, de agonia, como si el animal boqueara ya, y todo el empapado en cuanto de lugubre sugiere un animal rabioso.

Era un perro negro, grande, con las orejas cortadas. Y para mayor contrariedad, desde que llegamos no habia hecho mas que llover. El monte cerrado por el agua, las tardes rapidas y tristicimas; apenas saliamos de casa, mientras la desolacion del campo, en un temporal sin tregua, habia ensombrecido al exceso el espiritu de mama.

Con esto, los perros rabiosos. Una manana el peon nos dijo que por su casa habia andado uno la noche anterior, y que habia mordido al suyo. Dos noches antes, un perro barcino habia aullado _feo_ en el monte. Habia muchos, segun el. Mi mujer y yo no dimos mayor importancia al asunto, pero no asi mama, que comenzo a hallar terriblemente desamparada nuestra casa a medio hacer. A cada momento salia al corredor para mirar el camino.

Sin embargo, cuando nuestro chico volvio esa manana del pueblo, confirmo aquello. Habia explotado una fulminante epidemia de rabia. Una hora antes acababan de perseguir a un perro en el pueblo. Un peon habia tenido tiempo de asestarle un machetazo en la oreja, y el animal, babeando, el hocico en tierra y el rabo entre las patas delanteras, habia cruzado por nuestro camino, mordiendo a un potrillo y un chancho que hallo en el trayecto.

Mas noticias aun. En la chacra vecina a la nuestra, y esa misma madrugada, otro perro habia tratado inutilmente de saltar el corral de las vacas. Un inmenso perro flaco habia corrido a un muchacho a caballo, por la picada del puerto viejo. Todavia de tarde se sentia dentro del monte el aullido agonico del perro. Como dato final, a las nueve llegaron al galope dos agentes a darnos la filiacion de los perros rabiosos vistos, y a recomendarnos sumo cuidado.

Habia de sobra para que mama perdiera el resto de animacion que le quedaba. Aunque de una serenidad a toda prueba, tiene terror a los perros rabiosos, a causa de cierta cosa horrible que presencio en su ninez. Sus nervios, ya enfermos por el cielo constantemente encapotado y lluvioso, provocaronle verdaderas alucinaciones de perros que entraban al trote por la portera.

Habia un motivo real para este temor. Aqui, como en todas partes donde la gente pobre tiene muchos mas perros de los que puede mantener, las casas son todas las noches merodeadas por perros hambrientos, a que los peligros del oficio--un tiro o una mala pedrada--han dado verdadero proceder de fieras. Avanzan al paso, agachados, los musculos flojos. No se siente jamas su marcha. Roban--si la palabra tiene sentido aqui--cuanto les exige su atroz hambre. Al menor rumor--no

huyen porque esto haria ruido, sino se alejan al paso, doblando las patas. Al llegar al pasto se agazapan, y esperan asi, tranquilamente, media o una hora, para avanzar de nuevo.

De aqui la ansiedad de mama, pues siendo nuestra casa una de las tantas merodeadas, estabamos desde luego amenazados por la visita de los perros rabiosos, que recordarian el camino nocturno.

En efecto, esa misma tarde, mientras mama, un poco olvidada, iba caminando despacio hacia la portera, oi su grito:

--Federico! ¡Un perro rabioso!

Un perro barcino, con el lomo arqueado, avanzaba al trote en ciega linea recta. Al verme llegar se detuvo, erizando el lomo. Retrocedi, sin volver el cuerpo, para descolgar la escopeta, pero el animal se fue. Recorri inutilmente el camino, sin volverlo a hallar.

Pasaron dos dias. El campo continuaba desolado de lluvia y tristeza, mientras el numero de perros rabiosos aumentaba. Como no se podia exponer a los chicos a un terrible tropiezo en los caminos infestados, la escuela se cerro, y la carretera, ya sin trafico, privada de este modo de la bulla escolar que animaba su desamparo, a las siete y a las doce, adquirio lugubre silencio.

Mama no se atrevia a dar un paso fuera del patio. Al menor ladrido miraba sobresaltada hacia la portera, y apenas anocheceia, veia avanzar por entre el pasto ojos fosforescentes. Concluida la cena se encerraba en su cuarto, el oido atento al mas hipotetico aullido.

Hasta que la tercera noche me desperté, muy tarde ya: tenia la impresion de haber oido un grito, pero no podia precisar la sensacion. Espere un rato. Y de pronto un aullido corto, metalico, de atroz sufrimiento, temblo bajo el corredor.

--¡Federico!--oi la voz traspasada de emocion de mama--¿sentiste?

--Si--respondi, deslizandome de la cama. Pero ella oyo el ruido.

--¡Por Dios, es un perro rabioso! ¡Federico, no salgas, por Dios! ¡Juana! ¡Dile a tu marido que no salga!--clamo desesperada, dirigiendose a mi mujer.

Otro aullido exploto, esta vez en el corredor central, delante de la puerta. Una finisima lluvia de escalofrios me bano la medula hasta la cintura. No creo que haya nada mas profundamente lugubre que un aullido de perro rabioso a esa hora. Subia tras el la voz desesperada de mama.

--iFederico! iVa a entrar en tu cuarto! iNo salgas, mi Dios, no salgas! iJuana! iDile a tu marido!...

--iFederico!--se cogio mi mujer a mi brazo.

Pero la situacion podia tornarse muy critica si esperaba a que el animal entrara, y encendiendo la lampara descolgue la escopeta. Levante de lado la arpillera de la puerta, y no vi mas que el negro triangulo de la profunda tiniebla de afuera. Tuve apenas tiempo de asomar el cuerpo, cuando senti que algo firme y tibio me rozaba el muslo; el perro rabioso se entraba en nuestro cuarto. Le eche violentamente atras la cabeza con un golpe de rodilla, y subitamente me lanzo un mordisco, que fallo en un claro golpe de dientes. Pero un instante despues senti un dolor agudo.

Ni mi mujer ni mi madre se dieron cuenta de que me habia mordido.

--iFederico! ?Que fue eso?--grito mama que habia oido mi detencion y la dentellada al aire.

--Nada: queria entrar.

--iOh!...

De nuevo, y esta vez detras del cuarto de mama, el fatidico aullido exploto.

--iFederico! iEsta rabioso! iEsta rabioso! iNo salgas!--clamo enloquecida, sintiendo el animal a un metro de ella.

Hay cosas absurdas que tienen toda la apariencia de un legitimo razonamiento: Sali afuera con la lampara en una mano y la escopeta en la otra, exactamente como para buscar a una rata aterrorizada, que me daria perfecta holgura para colocar la luz en el suelo y matarla en el extremo de un horcon.

Recorri los corredores. No se oia un rumor, pero de dentro de las piezas me seguia la tremenda angustia de mama y mi mujer que esperaban el estampido.

El perro se habia ido.

--iFederico!--exclamo mama al sentirme volver por fin.--?Se fue el perro?

--Creo que si; no lo veo. Me parece haber oido un trote cuando sali.

--Si, yo tambien senti... Federico: ¿no estara en tu cuarto?... ¡No tiene puerta, mi Dios! ¡Quedate adentro! ¡Puede volver!

En efecto, podia volver. Eran las dos y veinte de la manana. Y juro que fueron fuertes las dos horas que pasamos mi mujer y yo, con la luz prendida hasta que amanecio, ella acostada, yo sentado en la cama, vigilando sin cesar la arpillera flotante.

Antes me habia curado. La mordedura era nitida, dos agujeros violeta, que oprimi con todas mis fuerzas, y lave con permanganato.

Yo creia muy restrictivamente en la rabia del animal. Desde el dia anterior se habia empezado a envenenar perros, y algo en la actitud abrumada del nuestro me prevenia en pro de la estricnina. Quedaban el funebre aullido y el mordisco; pero de todos modos me inclinaba a lo primero. De aqui, seguramente, mi relativo descuido con la herida.

Llego por fin el dia. A las ocho, y a cuatro cuadras de casa, un transeunte mato de un tiro de revolver al perro negro que trotaba en inequivoco estado de rabia. En seguida lo supimos, teniendo de mi parte que librar una verdadera batalla contra mama y mi mujer para no bajar a Buenos Aires a darme inyecciones. La herida, franca, habia sido bien oprimida, y lavada con mordiente lujo de permanganato. Todo esto, a los cinco minutos de la mordedura. ¿Que demonios podia temer tras esa correccion higienica? En casa concluyeron por tranquilizarse, y como la epidemia--provocada seguramente por una crisis de llover sin tregua como jamas se viera aqui--habia cesado casi de golpe, la vida recobro su linea habitual.

Pero no por ello mama y mi mujer dejaron ni dejan de llevar cuenta exacta del tiempo. Los clasicos cuarenta dias pesan fuertemente, sobre todo en mama, y aun hoy, con treinta y nueve transcurridos sin el mas leve trastorno, ella espera el dia de manana para echar de su espiritu, en un inmenso suspiro, el terror siempre vivo que guarda de aquella noche.

El unico fastidio, acaso, que para mi ha tenido esto, es recordar punto por punto lo que ha pasado. Confio en que manana de noche concluya, con la cuarentena, esta historia, que mantiene fijos en mi los ojos de mi mujer y de mi madre, como si buscaran en mi expresion el primer indicio de enfermedad.

* * * * *

#Marzo 10--#

¡Por fin! Espero que de aqui en adelante podre vivir como un hombre cualquiera, que no tiene suspendidas sobre su cabeza coronas de

muerte. Ya han pasado los famosos cuarenta dias, y la ansiedad, la mania de persecuciones y los horribles gritos que esperaban de mi, pasaron tambien para siempre.

Mi mujer y mi madre han festejado el fausto acontecimiento de un modo particular: contandome, punto por punto, todos los terrores que han sufrido sin hacermelo ver. El mas insignificante desgano mio las sumia en mortal angustia: ¡Es la rabia que comienza!--gemian. Si alguna mañana me levante tarde, durante horas no vivieron, esperando otro sintoma. La fastidiosa infeccion en un dedo que me tuvo tres dias febril e impaciente, fue para ellas una absoluta prueba de la rabia que comenzaba, de donde su consternacion, mas angustiosa por furtiva.

Y asi el menor cambio de humor, el mas leve abatimiento, provocaronles, durante cuarenta dias, otras tantas horas de inquietud.

No obstante esas confesiones retrospectivas, desagradables siempre para el que ha vivido enganado, aun con la mas arcangelica buena voluntad, con todo me he reido buenamente.--¡Ah, mi hijo! ¡No puedes figurarte lo horrible que es para una madre el pensamiento de que su hijo pueda estar rabioso! Cualquier otra cosa...¡pero rabioso, rabioso!...

Mi mujer, aunque mas sensata, ha divagado tambien bastante mas de lo que confiesa. ¡Pero ya se acabo, por suerte! Esta situacion de martir, de bebe vigilado segundo a segundo contra tal disparatada amenaza de muerte, no es seductora, a pesar de todo. ¡Por fin, de nuevo! Viviremos en paz, y ojala que mañana o pasado no amanezca con dolor de cabeza, para resurreccion de las locuras.

* * * * *

#Marzo 15--#

Hubiera querido estar absolutamente tranquilo, pero es imposible. No hay ya mas, creo, posibilidad de que esto concluya. Miradas de soslayo todo el dia, cuchicheos incesantes, que cesan de golpe en cuanto oyen mis pasos, un crispante espionaje de mi expresion cuando estamos en la mesa, todo esto se va haciendo intolerable.--¡Pero que tienen, por favor!--acabo de decirles.--?Me hallan algo anormal, no estoy exactamente como siempre? ¡Ya es un poco cansadora esta historia del perro rabioso!--¡Pero Federico!--me han respondido, mirandome con sorpresa.--¡Si no te decimos nada, ni nos hemos acordado de eso!

¡Y no hacen, sin embargo, otra cosa, otra que espiarme noche y dia, dia y noche, a ver si la estúpida rabia de su perro se ha infiltrado en mi!

* * * * *

#Marzo 18--#

Hace tres días que vivo como debería y desearía hacerlo toda la vida.
¡Me han dejado en paz, por fin, por fin, por fin!

* * * * *

#Marzo 19--#

¡Otra vez! ¡Otra vez han comenzado! Ya no me quitan los ojos de encima, como si sucediera lo que parecen desear: que este rabioso. ¡Como es posible tanta estupidez en dos personas sensatas! Ahora no disimulan mas, y hablan precipitadamente en voz alta de mi; pero, no se por que, no puedo entender una palabra. En cuanto llego cesan de golpe, y apenas me alejo un paso recomienza el vertiginoso parloteo. No he podido contenerme y me he vuelto con rabia:--¡Pero hablen, hablen delante, que es menos cobarde!

No he querido oír lo que han dicho y me he ido. ¡Ya no es vida la que llevo!

* * * * *

#8 p.m.#

¡Quieren irse! ¡Quieren que nos vayamos! ¡Ah, yo se por que quieren dejarme!...

* * * * *

#Marzo 20--(6 a.m.)#

¡Aullidos, aullidos! ¡Toda la noche no he oído mas que aullidos! ¡He pasado toda la noche despertandome a cada momento! ¡Perros, nada mas que perros ha habido anoche alrededor de casa! ¡Y mi mujer y mi madre han fingido el mas perfecto sueño, para que yo solo absorbiera por los ojos los aullidos de todos los perros que me miraban!...

* * * * *

#7 a.m.#

¡No hay mas que viboras! ¡Mi casa esta llena de viboras! ¡Al lavarme habia tres enroscadas en la palangana! ¡En el forro del saco habia muchas! ¡Y hay mas! ¡Hay otras cosas! ¡Mi mujer me ha llenado la casa de viboras! ¡Ha traído enormes arañas peludas que me persiguen! ¡Ahora

comprendo por que me espiaba dia y noche! ¡Ahora comprendo todo!
¡Quería irse por eso!

* * * * *

#7.15 a.m.#

¡El patio esta lleno de viboras! ¡No puedo dar un paso! ¡No, no!...
¡Socorro!...

* * * * *

¡Mi mujer se va corriendo! ¡Mi madre se va! ¡Me han asesinado!... ¡Ah,
la escopeta!... ¡Maldicion! ¡Esta cargada con municion! Pero no
importa...

* * * * *

¡Que grito ha dado! Le erre... ¡Otra vez las viboras! ¡Alli, alli hay
una enorme!... ¡Ay! ¡Socorro, socorro!!

* * * * *

¡Todos me quieren matar! ¡Las han mandado contra mi, todas! ¡El monte
esta lleno de aranas! ¡Me han seguido desde casa!...

Ahi viene otro asesino... ¡Las trae en la mano! ¡Viene echando viboras
en el suelo! ¡Viene sacando viboras de la boca y las echa en el suelo
contra mi! ¡Ah! pero ese no vivira mucho... ¡Le pegue! ¡Murio con
todas las viboras!... ¡Las aranas! ¡Ay! ¡Socorro!!

* * * * *

¡Ahi vienen, vienen todos!... ¡Me buscan, me buscan!... ¡Han lanzado
contra mi un millon de viboras! ¡Todos las ponen en el suelo! ¡Y yo no
tengo mas cartuchos!... ¡Me han visto!... Uno me apunta...

#A LA DERIVA#

El hombre piso algo blanduzco, y en seguida sintio la mordedura en el pie. Salto adelante, y al volverse con un juramento, vio una yararacusu que arrollada sobre si misma esperaba otro ataque.

El hombre echo una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y saco el machete de la cintura. La vibora vio la amenaza, y hundio mas la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayo de plano, dislocandole las vertebras.

El hombre se bajo hasta la mordedura, quito las gotitas de sangre, y durante un instante contemplo. Un dolor agudo nacia de los dos puntitos violeta, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligo el tobillo con su panuelo y siguio por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensacion de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintio dos o tres fulgurantes puntadas que como relampagos habian irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movia la pierna con dificultad; una metalica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arranco un nuevo juramento.

Llego por fin al rancho, y se echo de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecian ahora en la monstruosa hinchazon del pie entero. La piel parecia adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebro en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

--iDorotea!--alcanzo a lanzar en un estertor.--iDame cana!

Su mujer corrio con un vaso lleno, que el hombre sorbio en tres tragos. Pero no habia sentido gusto alguno.

--iTe pedi cana, no agua!--rugio de nuevo.--iDame cana!

--iPero es cana, Paulino!--protesto la mujer espantada.

--iNo, me diste agua! iQuiero cana, te digo!

La mujer corrio otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre trago uno tras otro dos vasos, pero no sintio nada en la garganta.

--Bueno; esto se pone feo--murmuro entonces, mirando su pie livido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del panuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedian en continuos relampagueos, y

llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecia caldear mas, aumentaba a la par. Cuando pretendio incorporarse, un fulminante vomito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no queria morir, y descendiendo hasta la costa subio a su canoa. Sentose en la popa y comenzo a palear hasta el centro del Parana. Alli la corriente del rio, que en las inmediaciones del Iguazu corre seis millas, lo llevaria antes de cinco horas a Tacuru-Pucu.

El hombre, con sombría energia, pudo efectivamente llegar hasta el medio del rio; pero alli sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vomito--de sangre esta vez--dirigio una mirada al sol que ya trasponia el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durisimo que reventaba la ropa. El hombre corto la ligadura y abrio el pantalon con su cuchillo: el bajo vientre desbordo hinchado, con grandes manchas lividas y terriblemente dolorido. El hombre penso que no podria jamas llegar el solo a Tacuru-Pucu, y se decidio a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacia mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del rio se precipitaba ahora hacia la costa brasilena, y el hombre pudo facilmente atracar. Se arrastro por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedo tendido de pecho.

--iAlves!--grito con cuanta fuerza pudo; y presto oido en vano.

--iCompadre Alves! iNo me niegue este favor!--clamo de nuevo, alzando la cabeza del suelo.--En el silencio de la selva no se oyo un solo rumor. El hombre tuvo aun valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiendola de nuevo, la llevo velozmente a la deriva.

El Parana corre alli en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan funebremente el rio. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro tambien. Adelante, a los costados, detras, la eterna muralla lugubre, en cuyo fondo el rio arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en el un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad unica.

El sol habia caido ya cuando el hombre, semi-tendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrio. Y de pronto, con asombro, enderezo pesadamente la cabeza: se sentia mejor. La pierna le dolia apenas, la sed disminuia, y su pecho, libre ya, se abria en lenta inspiracion.

El veneno comenzaba a irse, no habia duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenia fuerzas para mover la mano, contaba con la caida del rocío para reponerse del todo. Calculo que antes de tres horas estaria en Tacuru-Pucu.

El bienestar avanzaba, y con el una somnolencia llena de recuerdos. No sentia ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviria aun su compadre Gaona en Tacuru-Pucu? Acaso viera tambien a su ex-patron mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaria pronto? El cielo, al poniente, se abria ahora en pantalla de oro, y el rio se habia coloreado tambien. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el rio su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzo muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Alla abajo, sobre el rio de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre si misma ante el borbollon de un remolino. El hombre que iba en ella se sentia cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que habia pasado sin ver a su ex-patron Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso si, seguramente.

De pronto sintio que estaba helado hasta el pecho. ¿Que seria? Y la respiracion tambien...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo habia conocido en Puerto Deseado, un viernes santo... ¿Viernes? Si, o jueves...

El hombre estiro lentamente los dedos de la mano.

--Un jueves...

Y ceso de respirar.

#LA INSOLACION#

El cachorro Old salio por la puerta y atraveso el patio con paso recto y perezoso. Se detuvo en la linde del pasto, estiro al monte, entrecerrando los ojos, la nariz vibratil y, se sento tranquilo. Veia la monotona llanura del Chaco, con sus alternativas de campo y monte, monte y campo, sin mas color que el crema del pasto y el negro del monte. Este cerraba el horizonte, a doscientos metros, por tres lados de la chacra. Hacia el oeste, el campo se ensanchaba y extendia en abra, pero que la ineludible linea sombria enmarcaba a lo lejos.

A esa hora temprana, el confin, ofuscante de luz a mediodia, adquiria reposada nitidez. No habia una nube ni un soplo de viento. Bajo la calma del cielo plateado, el campo emanaba tonica frescura que traia al alma pensativa, ante la certeza de otro dia de seca, melancolias de mejor compensado trabajo.

Milk, el padre del cachorro, cruzo a su vez el patio y se sento al lado de aquel, con perezoso quejido de bienestar. Permanecian inmoviles, pues aun no habia moscas.

Old, que miraba hacia rato la vera del monte, observo:

--La manana es fresca.

Milk siguio la mirada del cachorro y quedo con la vista fija, parpadeando distraido. Despues de un momento, dijo:

--En aquel arbol hay dos halcones.

Volvieron la vista indiferente a un buey que pasaba, y continuaron mirando por costumbre las cosas.

Entretanto, el oriente comenzaba a empurpurarse en abanico, y el horizonte habia perdido ya su matinal precision. Milk cruzo las patas delanteras y sintio leve dolor. Miro sus dedos sin moverse, decidiendose por fin a olfatearlos. El dia anterior se habia sacado un pique, y en recuerdo de lo que habia sufrido lamio extensamente el dedo enfermo.

--No podia caminar--exclamo, en conclusion.

Old no entendio a que se referia. Milk agrego:

--Hay muchos piques.

Esta vez el cachorro comprendio. Y repuso por su cuenta, despues de largo rato:

--Hay muchos piques.

Callaron de nuevo, convencidos.

El sol salio, y en el primer bano de luz, las pavas del monte lanzaron al aire puro el tumultuoso trompeteo de su charanga. Los perros, dorados al sol oblicuo, entornaron los ojos, dulcificando su molicie en beato pestaneo. Poco a poco, la pareja aumento con la llegada de los otros companeros: Dick, el taciturno preferido; Prince, cuyo labio superior, partido por un coati, dejaba ver dos dientes, e Isondu, de nombre indigena. Los cinco fox-terriers, tendidos y muertos de bienestar, durmieron.

Al cabo de una hora irguieron la cabeza; por el lado opuesto del bizarro rancho de dos pisos--el inferior de barro y el alto de madera, con corredores y baranda de chalet--habian sentido los pasos de su dueno que bajaba la escalera. Mister Jones, la toalla al hombro, se detuvo un momento en la esquina del rancho y miro el sol, alto ya. Tenia aun la mirada muerta y el labio pendiente, tras su solitaria velada de whisky, mas prolongada que las habituales.

Mientras se lavaba, los perros se acercaron y le olfatearon las botas, meneando con pereza el rabo. Como las fieras amaestradas, los perros conocen el menor indicio de borrachera en su amo. Se alejaron con lentitud a echarse de nuevo al sol. Pero el calor creciente les hizo presto abandonar aquel por la sombra de los corredores.

El dia avanzaba igual a los precedentes de todo ese mes; seco, limpido, con catorce horas de sol calcinante que parecia mantener en fusion el cielo, y que en un instante resquebrajaba la tierra mojada en costras blanquecinas. Mister Jones fue a la chacra, miro el trabajo del dia anterior y retorno al rancho. En toda esa manana no hizo nada. Almorzo y subio a dormir la siesta.

Los peones volvieron a las dos a la carpicion, no obstante la hora de fuego, pues los yuyos no dejaban el algodonal. Tras ellos fueron los perros, muy amigos del cultivo, desde que el invierno pasado habian aprendido a disputar a los halcones los gusanos blancos que levantaba el arado. Cada uno se echo bajo un algodonero, acompanando con su jadeo los golpes sordos de la azada.

Entretanto el calor crecia. En el paisaje silencioso y encegueciente de sol, el aire vibraba a todos lados, danando la vista. La tierra removida exhalaba vaho de horno, que los peones soportaban sobre la cabeza, rodeada hasta los hombros por el flotante panuelo, con el mutismo de sus trabajos de chacra. Los perros cambiaban de planta, en procura de mas fresca sombra. Tendianse a lo largo, pero la fatiga los obligaba a sentarse sobre las patas traseras para respirar mejor.

Reverberaba ahora delante de ellos un pequeño paramo de greda que ni siquiera se había intentado arar. Allí, el cachorro vio de pronto a mister Jones que lo miraba fijamente, sentado sobre un tronco. Old se puso en pie, meneando el rabo. Los otros levantaronse también, pero erizados.

--Es el patron,--exclamo el cachorro, sorprendido.

--No, no es el,--replico Dick.

Los cuatro perros estaban juntos grunendo sordamente, sin apartar los ojos de mister Jones, que continuaba inmóvil, mirandolos. El cachorro, incrédulo, fue a avanzar, pero Prince le mostro los dientes:

--No es el, es la Muerte.

El cachorro se erizo de miedo y retrocedió al grupo.

--¿Es el patron muerto?--pregunto ansiosamente. Los otros, sin responderle, rompieron a ladrar con furia, siempre en actitud de miedoso ataque. Sin moverse, mister Jones se desvaneció en el aire ondulante.

Al oír los ladridos, los peones habían levantado la vista, sin distinguir nada. Giraron la cabeza para ver si había entrado algún caballo en la chacra, y se doblaron de nuevo.

Los fox-terriers volvieron al paso al rancho. El cachorro, erizado aun, se adelantaba y retrocedía con cortos trotes nerviosos, y supo de la experiencia de sus compañeros, que cuando una cosa va a morir, aparece antes.

--¿Y como saben que ese que vimos no era el patron?--pregunto.

--Porque no era el,--le respondieron displicentes.

Luego la Muerte, y con ella el cambio de dueño, las miserias, las patadas, estaba sobre ellos. Pasaron el resto de la tarde al lado de su patron, sombríos y alerta. Al menor ruido grunían, sin saber adonde. Mister Jones sentíase satisfecho de su guardiana inquietud.

Por fin el sol se hundió tras el negro palmar del arroyo, y en la calma de la noche plateada, los perros se estacionaron alrededor del rancho, en cuyo piso alto mister Jones recomenzaba su velada de whisky. A media noche oyeron sus pasos, luego la doble caída de las botas en el piso de tablas, y la luz se apagó. Los perros, entonces, sintieron más el próximo cambio de dueño, y solos, al pie de la casa

dormida, comenzaron a llorar. Lloraban en coro, volcando sus sollozos convulsivos y secos, como masticados, en un aullido de desolacion, que la voz cazadora de Prince sostenia, mientras los otros tomaban el sollozo de nuevo. El cachorro ladraba. Habia pasado media hora, y los cuatro perros de edad, agrupados a la luz de la luna, el hocico extendido e hinchado de lamentos--bien alimentados y acariciados por el dueño que iban a perder--continuaban llorando su domestica miseria.

A la mañana siguiente mister Jones fue el mismo a buscar las mulas y las uncio a la carpidora, trabajando hasta las nueve. No estaba satisfecho, sin embargo. Fuera de que la tierra no habia sido nunca bien rastreada, las cuchillas no tenian filo, y con el paso rapido de las mulas, la carpidora saltaba. Volvio con esta y afilo sus rejas; pero un tornillo en que ya al comprar la maquina habia notado una falla, se rompio al armarla. Mando un peon al obraje proximo, recomendandole el caballo, un buen animal, pero asoleado. Alzo la cabeza al sol fundente de mediodia e insistio en que no galopara un momento. Almorzo en seguida y subio. Los perros, que en la mañana no habian dejado un momento a su patron, se quedaron en los corredores.

La siesta pesaba, agobiaba de luz y silencio. Todo el contorno estaba brumoso por las quemazones. Alrededor del rancho, la tierra blanquizca del patio, deslumbraba por el sol a plomo, parecia deformarse en tremulo hervor, que adormecia los ojos parpadeantes de los fox-terriers.

--No ha aparecido mas--dijo Milk.

Old, al oir _aparecido_, levanto las orejas sobre los ojos.

Esta vez el cachorro, incitado por la evocacion, se puso en pie y ladro, buscando a que. Al rato el grupo callo, entregado de nuevo a su defensiva caceria de moscas.

--No vino mas--dijo Isondu.

--Habia una lagartija bajo el raigon,--recordo por primera vez Prince.

Una gallina, el pico abierto y las alas caidas y apartadas del cuerpo, cruzo el patio incandescente con su pesado trote de calor. Prince la siguio perezosamente con la vista, y salto de golpe:

--¡Viene otra vez!--grito.

Por el norte del patio avanzaba solo el caballo en que habia ido el peon. Los perros se arquearon sobre las patas, ladrando con prudente furia a la Muerte que se acercaba. El animal caminaba con la cabeza baja, aparentemente indeciso sobre el rumbo que iba a seguir. Al pasar

frente al rancho dio unos cuantos pasos en direccion al pozo, y se degrado progresivamente en la cruda luz.

Mister Jones bajo; no tenia sueno. Disponiase a proseguir el montaje de la carpidora, cuando vio llegar inesperadamente al peon a caballo. A pesar de su orden, tenia que haber galopado para volver a esa hora. Culpolo, con toda su logica nacional, a lo que el otro respondia con evasivas razones. Apenas libre y concluida su mision, el pobre caballo, en cuyos ijares era imposible contar el latido, temblo agachando la cabeza, y cayo de costado. Mister Jones mando al peon a la chacra, aun rebenque en mano, para no echarlo si continuaba oyendo sus jesuiticas disculpas.

Pero los perros estaban contentos. La Muerte, que buscaba a su patron, se habia conformado con el caballo. Sentianse alegres, libres de preocupacion, y en consecuencia disponianse a ir a la chacra tras el peon, cuando oyeron a mister Jones que gritaba a este, lejos ya, pidiendole el tornillo. No habia tornillo: el almacen estaba cerrado, el encargado dormia, etc. Mister Jones, sin replicar, descolgo su casco y salio el mismo en busca del utensilio. Resistia el sol como un peon, y el paseo era maravilloso contra su mal humor.

Los perros le acompanaron, pero se detuvieron a la sombra del primer algarrobo; hacia demasiado calor. Desde alli, firmes en las patas, el ceno contraido y atento, lo veian alejarse. Al fin el temor a la soledad pudo mas, y con agobiado trote siguieron tras el.

Mister Jones obtuvo su tornillo y volvio. Para acortar distancia, desde luego, evitando la polvorienta curva del camino, marchó en linea recta a su chacra. Llego al riacho y se interno en el pajonal, el diluviano pajonal del Saladito, que ha crecido, secado, retonado desde que hay paja en el mundo, sin conocer fuego. Las matas, arqueadas en boveda a la altura del pecho, se entrelazan en bloques macizos. La tarea, seria ya con dia fresco, era muy dura a esa hora. Mister Jones lo atraveso, sin embargo, braceando entre la paja restallante y polvorienta por el barro que dejaban las crecientes, ahogado de fatiga y acres vahos de nitratos.

Salio por fin y se detuvo en la linde; pero era imposible permanecer quieto bajo ese sol y ese cansancio; marchó de nuevo. Al calor quemante que crecia sin cesar desde tres dias atras, agregabase ahora el sofocamiento del tiempo descompuesto. El cielo estaba blanco y no se sentia un soplo de viento. El aire faltaba, con angustia cardiaca que no permitia concluir la respiracion.

Mister Jones se convencio de que habia traspasado su limite de resistencia. Desde hacia rato le golpeaba en los oidos el latido de las carotidas. Sentia en el aire, como si de dentro de la cabeza le

empujaran violentamente el craneo hacia arriba. Se mareaba mirando el pasto. Apresuro la marcha para acabar con eso de una vez... y de pronto volvio en si y se hallo en distinto paraje: habia caminado media cuadra, sin darse cuenta de nada. Miro atras y la cabeza se le fue en un nuevo vertigo.

Entretanto, los perros seguian tras el, trotando con toda la lengua de fuera. A veces, agotados, detenianse en la sombra de un espartillo; se sentaban precipitando su jadeo, pero volvian al tormento del sol. Al fin, como la casa estaba ya proxima, apuraron el trote.

Fue en ese momento cuando Old, que iba adelante, vio tras el alambrado de la chacra a mister Jones, vestido de blanco, que caminaba hacia ellos. El cachorro, con subito recuerdo, volvio la cabeza y confronto.

--iLa Muerte, la Muerte!--aulló.

Los otros la habian visto tambien, y ladraban erizados. Vieron que atravesaba el alambrado, y un instante creyeron que se iba a equivocar; pero al llegar a cien metros se detuvo, miro el grupo con sus ojos celestes, y marchó adelante.

--iQue no camine ligero el patron!--exclamó Prince.

--iVa a tropezar con el!--aullaron todos.

En efecto, el otro, tras breve hesitacion, habia avanzado, pero no directamente sobre ellos como antes, sino en linea oblicua y en apariencia erronea, pero que debia llevarlo justo al encuentro de mister Jones. Los perros comprendieron que esta vez todo concluia, porque su patron continuaba caminando a igual paso como un automata, sin darse cuenta de nada. El otro llegaba ya. Hundieron el rabo y corrieron de costado, aullando. Paso un segundo, y el encuentro se produjo. Mister Jones se detuvo, giro sobre si mismo y se desplomo.

Los peones, que lo vieron caer, lo llevaron a prisa al rancho, pero fue inutil toda el agua; murio sin volver en si. Mister Moore, su hermano materno, fue de Buenos Aires, estuvo una hora en la chacra y en cuatro dias liquido todo, volviendose en seguida. Los indios se repartieron los perros que vivieron en adelante flacos y sarnosos, e iban todas las tardes con hambriento sigilo a comer espigas de maiz en las chacras ajenas.

#EL ALAMBRE DE PUA#

Durante quince días el alazan había buscado en vano la senda por donde su compañero se escapaba del potrero. El formidable cerco, de capuera--desmonte que ha rebrotado inextricable--no permitía paso ni aun a la cabeza del caballo. Evidentemente, no era por allí por donde el malacara pasaba.

Ahora recorría de nuevo la chacra, trotando inquieto con la cabeza alerta. De la profundidad del monte, el malacara respondía a los relinchos vibrantes de su compañero, con los suyos cortos y rápidos, en que había sin duda una fraternal promesa de abundante comida. Lo más irritante para el alazan era que el malacara reaparecía dos o tres veces en el día para beber. Prometiase aquel entonces no abandonar un instante a su compañero, y durante algunas horas, en efecto, la pareja pastaba en admirable conserva. Pero de pronto el malacara, con su soga a rastra, se internaba en el chircal, y cuando el alazan, al darse cuenta de su soledad, se lanzaba en su persecución, hallaba el monte inextricable. Esto sí, de adentro, muy cerca aun, el maligno malacara respondía a sus desesperados relinchos, con un relinchillo a boca llena.

Hasta que esa mañana el viejo alazan halló la brecha muy sencillamente: Cruzando por frente al chircal que desde el monte avanzaba cincuenta metros en el campo, vio un vago sendero que lo condujo en perfecta línea oblicua al monte. Allí estaba el malacara, deshojando árboles.

La cosa era muy simple: el malacara, cruzando un día el chircal, había hallado la brecha abierta en el monte por un incienso desarraigado. Repitió su avance a través del chircal, hasta llegar a conocer perfectamente la entrada del túnel. Entonces usó del viejo camino que con el alazan habían formado a lo largo de la línea del monte. Y aquí estaba la causa del trastorno del alazan: la entrada de la senda formaba una línea sumamente oblicua con el camino de los caballos, de modo que el alazan, acostumbrado a recorrer esta de sur a norte y jamás de norte a sur, no hubiera hallado jamás la brecha.

En un instante estuvo unido a su compañero, y juntos entonces, sin más preocupación que la de despuntar torpemente las palmeras jóvenes, los dos caballos decidieron alejarse del malhadado potrero que sabían ya de memoria.

El monte, sumamente raleado, permitia un facil avance, aun a caballos. Del bosque no quedaba en verdad sino una franja de doscientos metros de ancho. Tras el, una capuera de dos anos se empenachaba de tabaco salvaje. El viejo alazan, que en su juventud habia correteado capueras hasta vivir perdido seis meses en ellas, dirigio la marcha, y en media hora los tabacos inmediatos quedaron desnudos de hojas hasta donde alcanza un pescuezo de caballo.

Caminando, comiendo, curioseando, el alazan y el malacara cruzaron la capuera hasta que un alambrado los detuvo.

--Un alambrado,--dijo el alazan.

--Si, alambrado,--asintio el malacara. Y ambos, pesando la cabeza sobre el hilo superior, contemplaron atentamente. Desde alli se veia un alto pastizal de viejo rozado, blanco por la helada; un bananal y una plantacion nueva. Todo ello poco tentador, sin duda; pero los caballos entendian ver eso, y uno tras otro siguieron el alambrado a la derecha.

Dos minutos despues pasaban: un arbol, seco en pie por el fuego, habia caido sobre los hilos. Atravesaron la blancura del pasto helado en que sus pasos no sonaban, y bordeando el rojizo bananal, quemado por la escarcha, vieron entonces de cerca que eran aquellas plantas nuevas.

--Es yerba,--constato el malacara, haciendo temblar los labios a medio centimetro de las hojas coriaceas. La decepcion pudo haber sido grande; mas los caballos, si bien golosos, aspiraban sobre todo a pasear. De modo que cortando oblicuamente el yerbal, prosiguieron su camino, hasta que un nuevo alambrado contuvo a la pareja. Costearonlo con tranquilidad grave y paciente, llegando asi a una tranquera, abierta para su dicha, y los paseantes se vieron de repente en pleno camino real.

Ahora bien, para los caballos, aquello que acababan de hacer tenia todo el aspecto de una proeza. Del potrero aburridor a la libertad presente, habia infinita distancia. Mas por infinita que fuera, los caballos pretendian prolongarla aun, y asi, despues de observar con perezosa atencion los alrededores, quitaronse mutuamente la caspa del pescuezo, y en mansa felicidad prosiguieron su aventura.

El dia, en verdad, favorecia tal estado de alma. La bruma matinal de Misiones acababa de disiparse del todo, y bajo el cielo subitamente puro, el paisaje brillaba de esplendorosa claridad. Desde la loma, cuya cumbre ocupaban en ese momento los dos caballos, el camino de tierra colorada cortaba el pasto delante de ellos con precision admirable, descendia al valle blanco de espartillo helado, para tornar

a subir hasta el monte lejano. El viento, muy frio, cristalizaba aun mas la claridad de la manana de oro, y los caballos, que sentian de frente el sol, casi horizontal todavia, entrecerraban los ojos al dichoso deslumbramiento.

Seguian asi, solos y gloriosos de libertad en el camino encendido de luz, hasta que al doblar una punta de monte, vieron a orillas del camino cierta extension de un verde inusitado. ¿Pasto? Sin duda. Mas en pleno invierno...

Y con las narices dilatadas de gula, los caballos se acercaron al alambrado. ¡Si, pasto fino, pasto admirable! ¡Y entrarían, ellos, los caballos libres!

Hay que advertir que el alazan y el malacara poseian desde esa madrugada, alta idea de si mismos. Ni tranquera, ni alambrado, ni monte, ni desmonte, nada era para ellos obstaculo. Habian visto cosas extraordinarias, salvando dificultades no creibles, y se sentian gordos, orgullosos y facultados para tomar la decision mas estrafalaria que ocurrirseles pudiera.

En este estado de énfasis, vieron a cien metros de ellos varias vacas detenidas a orillas del camino, y encaminandose alla llegaron a la tranquera, cerrada con cinco robustos palos. Las vacas estaban inmóviles, mirando fijamente el verde paraíso inalcanzable.

--¿Por que no entran?--pregunto el alazan a las vacas.

--Porque no se puede--le respondieron.

--Nosotros pasamos por todas partes,--afirmo el alazan, altivo.--Desde hace un mes pasamos por todas partes.

Con el fulgor de su aventura, los caballos habian perdido sinceramente el sentido del tiempo. Las vacas no se dignaron siquiera mirar a los intrusos.

--Los caballos no pueden,--dijo una vaquillona movediza.--Dicen eso y no pasan por ninguna parte. Nosotras si pasamos por todas partes.

--Tienen soga--añadió una vieja madre sin volver la cabeza.

--¡Yo no, yo no tengo soga!--respondió vivamente el alazan.--Yo vivía en las capueras y pasaba.

--¡Si, detras de nosotras! Nosotras pasamos y ustedes no pueden.

La vaquillona movediza intervino de nuevo:

--El patron dijo el otro dia: a los caballos con un solo hilo se los contiene. ¿Y entonces?... ¿Ustedes no pasan?

--No, no pasamos,--repuso sencillamente el malacara, convencido por la evidencia.

--¡Nosotras sí!

Al honrado malacara, sin embargo, se le ocurrió de pronto que las vacas, atrevidas y astutas, impenitentes invasoras de chacras y del Código Rural, tampoco pasaban la tranquera.

--Esta tranquera es mala,--objeto la vieja madre.--¡El sí! Corre los palos con los cuernos.

--¿Quién?--pregunto el alazan.

Todas las vacas volvieron a la cabeza con sorpresa.

--¡El toro, Barigüei! El puede más que los alambrados malos.

--¿Alambrados?... ¿Pasa?

--¡Todo! Alambre de púa también. Nosotras pasamos después.

Los dos caballos, vueltos ya a su pacífica condición de animales a que un solo hilo contiene, se sintieron ingenuamente deslumbrados por aquel héroe capaz de afrontar el alambre de púa, la cosa más terrible que puede hallar el deseo de pasar adelante.

De pronto las vacas se removieron mansamente: a lento paso llegaba el toro. Y ante aquella chata y obstinada frente dirigida en tranquila recta a la tranquera, los caballos comprendieron humildemente su inferioridad.

Las vacas se apartaron, y Barigüei, pasando el testuz bajo una tranca, intento hacerla correr a un lado.

Los caballos levantaron las orejas, admirados, pero la tranca no corrió. Una tras otra, el toro probó sin resultado su esfuerzo inteligente: el chacarero, dueño feliz de la plantación de avena, había asegurado la tarde anterior los palos con cunas.

El toro no intentó más. Volviéndose con pereza, olfateó a lo lejos entrecerrando los ojos, y costeo luego el alambrado, con ahogados mugidos sibilantes.

Desde la tranquera, los caballos y las vacas miraban. En determinado lugar el toro paso los cuernos bajo el alambre de pua, tendiendolo violentamente hacia arriba con el testuz, y la enorme bestia paso arqueando el lomo. En cuatro pasos mas estuvo entre la avena, y las vacas se encaminaron entonces alla, intentando a su vez pasar. Pero a las vacas falta evidentemente la decision masculina de permitir en la piel sangrientos rasguños, y apenas introducian el cuello, lo retiraban presto con mareante cabeceo.

Los caballos miraban siempre.

--No pasan,--observo el malacara.

--El toro paso,--repuso el alazan.--Come mucho.

Y la pareja se dirigia a su vez a costear el alambrado por la fuerza de la costumbre, cuando un mugido, claro y berreante ahora, llego hasta ellos: dentro del avenal, el toro, con cabriolas de falso ataque, bramaba ante el chacarero, que con un palo trataba de alcanzarlo.

--¡Ana!... Te voy a dar saltitos...--gritaba el hombre. Barigüei, siempre danzando y berreando ante el hombre, esquivaba los golpes. Maniobraron así cincuenta metros, hasta que el chacarero pudo forzar a la bestia contra el alambrado. Pero esta, con la decisión pesada y bruta de su fuerza, hundió la cabeza entre los hilos y paso, bajo un agudo violineo de alambres y de grampas lanzadas a veinte metros.

Los caballos vieron como el hombre volvía precipitadamente a su rancho, y tornaba a salir con el rostro pálido. Vieron también que saltaba el alambrado y se encaminaba en dirección de ellos, por lo cual los compañeros, ante aquel paso que avanzaba decidido, retrocedieron por el camino en dirección a su chacra.

Como los caballos marchaban docilmente a pocos pasos delante del hombre, pudieron llegar juntos a la chacra del dueño del toro, siéndoles dado oír la conversación.

Es evidente, por lo que de ello se desprende, que el hombre había sufrido lo indecible con el toro del polaco. Plantaciones, por inaccesibles que hubieran sido dentro del monte; alambrados, por grande que fuera su tensión e infinito el número de hilos, todo lo arrolló el toro con sus hábitos de pillaje. Se deduce también que los vecinos estaban hartos de la bestia y de su dueño, por los incesantes destrozos de aquella. Pero como los pobladores de la región difícilmente denuncian al Juzgado de Paz perjuicios de animales, por duros que les sean, el toro proseguía comiendo en todas partes menos en la chacra de su dueño, el cual, por otro lado, parecía divertirse

mucho con esto.

De este modo, los caballos vieron y oyeron al irritado chacarero y al polaco cazarro.

--¡Es la última vez, don Zaninski, que vengo a verlo por su toro! Acaba de pisotearme toda la avena. ¡Ya no se puede más!

El polaco, alto y de ojillos azules, hablaba con extraordinario y meloso falsete.

--¡Ah, toro, malo! ¡Mi no puede! ¡Mi ata, escapa! ¡Vaca tiene culpa! ¡Toro sigue vaca!

--¡Yo no tengo vacas, usted bien sabe!

--¡No, no! ¡Vaca Ramirez! ¡Mi queda loco, toro!

--Y lo peor es que afloja todos los hilos, usted lo sabe también!

--¡Sí, sí, alambre! ¡Ah, mi no sabe!...

--¡Bueno!, vea don Zaninski: yo no quiero cuestiones con vecinos, pero tenga por última vez cuidado con su toro para que no entre por el alambrado del fondo; en el camino voy a poner alambre nuevo.

--¡Toro pasa por camino! ¡No fondo!

--Es que ahora no va a pasar por el camino.

--¡Pasa, toro! ¡No pua, no nada! ¡Pasa todo!

--No va a pasar.

--¿Que pone?

--Alambre de pua... pero no va a pasar.

--¡No hace nada pua!

--Bueno; haga lo posible porque no entre, porque si pasa se va a lastimar.

El chacarero se fue. Es como lo anterior, evidente, que el maligno polaco, riéndose una vez más de las gracias del animal, compadeció, si cabe en lo posible, a su vecino que iba a construir un alambrado infranqueable por su toro. Seguramente se frotó las manos:

--¡Mi no podran decir nada esta vez si toro come toda avena!

Los caballos reemprendieron de nuevo el camino que los alejaba de su chacra, y un rato despues llegaban al lugar en que Barigui habia cumplido su hazana. La bestia estaba alli siempre, inmovil en medio del camino, mirando con solemne vaciedad de idea desde hacia un cuarto de hora, un punto fijo de la distancia. Detras de el, las vacas dormitaban al sol ya caliente, rumiando.

Pero cuando los pobres caballos pasaron por el camino, ellas abrieron los ojos despreciativas:

--Son los caballos. Querian pasar el alambrado. Y tienen soga.

--¡Barigui si paso!

--A los caballos un solo hilo los contiene.

--Son flacos.

Esto parecio herir en lo vivo al alazan, que volvio la cabeza:

--Nosotros no estamos flacos. Ustedes, si estan. No va a pasar mas aqui,--anadio senalando los alambres caidos, obra de Barigui.

--Barigui pasa siempre! Despues pasamos nosotras. Ustedes no pasan.

--No va a pasar mas. Lo dijo el hombre.

--El comio la avena del hombre. Nosotras pasamos despues.

El caballo, por mayor intimidad de trato, es sensiblemente mas afecto al hombre que la vaca. De aqui que el malacara y el alazan tuvieran fe en el alambrado que iba a construir el hombre.

La pareja prosiguio su camino, y momentos despues, ante el campo libre que se abria ante ellos, los dos caballos bajaron la cabeza a comer, olvidandose de las vacas.

Tarde ya, cuando el sol acababa de entrarse, los dos caballos se acordaron del maiz y emprendieron el regreso. Vieron en el camino al chacarero que cambiaba todos los postes de su alambrado, y a un hombre rubio, que detenido a su lado a caballo, lo miraba trabajar.

--Le digo que va a pasar,--decia el pasajero.

--No pasara dos veces,--replicaba el chacarero.

--¡Usted vera! ¡Esto es un juego para el maldito toro del polaco! ¡Va a pasar!

--No pasara dos veces,--repetia obstinadamente el otro.

Los caballos siguieron, oyendo aun palabras cortadas:

--... reir!

--... veremos.

Dos minutos mas tarde el hombre rubio pasaba a su lado a trote ingles. El malacara y el alazan, algo sorprendidos de aquel paso que no conocian, miraron perderse en el valle al hombre presuroso.

--¡Curioso!--observo el malacara despues de largo rato.--El caballo va al trote y el hombre al galope.

Prosiguieron. Ocupaban en ese momento la cima de la loma, como esa manana. Sobre el cielo palido y frio, sus siluetas se destacaban en negro, en mansa y cabizbaja pareja, el malacara delante, el alazan detras. La atmosfera, ofuscada durante el dia por la excesiva luz del sol, adquiria a esa hora crepuscular una transparencia casi funebre. El viento habia cesado por completo, y con la calma del atardecer, en que el termometro comenzaba a caer velozmente, el valle helado expandia su penetrante humedad, que se condensaba en rastreada neblina en el fondo sombrío de las vertientes. Revivia, en la tierra ya enfriada, el invernal olor de pasto quemado; y cuando el camino costeara el monte, el ambiente, que se sentia de golpe mas frio y humedo, se tornaba excesivamente pesado de perfume de azahar.

Los caballos entraron por el porton de su chacra, pues el muchacho, que hacia sonar el cajoncito de maiz, oyo su ansioso tremulo. El viejo alazan obtuvo el honor de que se le atribuyera la iniciativa de la aventura, viendose gratificado con una soga, a efectos de lo que pudiera pasar.

Pero a la manana siguiente, bastante tarde ya a causa de la densa neblina, los caballos repitieron su escapatoria, atravesando otra vez el tabacal salvaje, hollando con mudos pasos el pastizal helado, salvando la tranquera abierta aun.

La manana encendida de sol, muy alto ya, reverberaba de luz, y el calor excesivo prometia para muy pronto cambio de tiempo. Despues de trasponer la loma, los caballos vieron de pronto a las vacas detenidas en el camino, y el recuerdo de la tarde anterior excito sus orejas y su paso: querian ver como era el nuevo alambrado.

Pero su decepcion, al llegar, fue grande. En los postes nuevos,--oscuros y torcidos,--habia dos simples alambres de pua, gruesos, tal vez, pero unicamente dos.

No obstante su mezquina audacia, la vida constante en chacras habia dado a los caballos cierta experiencia en cercados. Observaron atentamente aquello, especialmente los postes.

--Son de madera de ley--observo el malacara.

--Si, cernes quemados.

Y tras otra larga mirada de examen, constato:

--El hilo pasa por el medio, no hay grampas.

--Estan muy cerca uno de otro.

Cerca, los postes, si, indudablemente: tres metros. Pero en cambio, aquellos dos modestos alambres en reemplazo de los cinco hilos del cercado anterior, desilusionaron a los caballos. ¿Como era posible que el hombre creyera que aquel alambrado para terneros iba a contener al terrible toro?

--El hombre dijo que no iba a pasar--se atrevio, sin embargo, el malacara, que en razon de ser el favorito de su amo, comia mas maiz, por lo cual sentia mas creyente.

Pero las vacas lo habian oido.

--Son los caballos. Los dos tienen soga. Ellos no pasan. Barigui paso ya.

--¿Paso? ¿Por aqui?--pregunto descorazonado el malacara.

--Por el fondo. Por aqui pasa tambien. Comio la avena.

Entretanto, la vaquilla locuaz habia pretendido pasar los cuernos entre los hilos; y una vibracion aguda, seguida de un seco golpe en los cuernos dejo en suspenso a los caballos.

--Los alambres estan muy estirados--dijo despues de largo examen el alazan.

--Si. Mas estirados no se puede...

Y ambos, sin apartar los ojos de los hilos, pensaban confusamente en como se podria pasar entre los dos hilos.

Las vacas, mientras tanto, se animaban unas a otras.

--El paso ayer. Pasa el alambre de pua. Nosotras despues.

--Ayer no pasaron. Las vacas dicen si, y no pasan,--oyeron al alazan.

--iAqui hay pua, y Bariguei pasa! iAlli viene!

Costeando por adentro el monte del fondo, a doscientos metros aun, el toro avanzaba hacia el avenal. Las vacas se colocaron todas de frente al cercado, siguiendo atentas con los ojos a la bestia invasora. Los caballos, inmoviles, alzaron las orejas.

--iCome toda avena! iDespues pasa!

--Los hilos estan muy estirados...--observo aun el malacara, tratando siempre de precisar lo que sucederia si...

--iComio la avena! iEl hombre viene! iViene el hombre!--lanzo la vaquilla locuaz.

En efecto, el hombre acababa de salir del rancho y avanzaba hacia el toro. Traia el palo en la mano, pero no parecia iracundo; estaba si muy serio y con el ceno contraido.

El animal espero a que el hombre llegara frente a el, y entonces dio principio a los mugidos con bravatas de cornadas. El hombre avanza mas, y el toro comenzo a retroceder, berreando siempre y arrasando la avena con sus bestiales cabriolas. Hasta que, a diez metros ya del camino, volvio grupas con un postrer mugido de desafio burlon, y se lanzo sobre el alambrado.

--iViene Bariguei! iEl pasa todo! iPasa alambre de pua!--alcanzaron a clamar las vacas.

Con el impulso de su pesado trote, el enorme toro bajo la cabeza y hundio los cuernos entre los dos hilos. Se oyo un agudo gemido de alambre, un estridente chirrido que se propago de poste a poste hasta el fondo, y el toro paso.

Pero de su lomo y de su vientre, profundamente abiertos, canalizados desde el pecho a la grupa, llovian rios de sangre. La bestia, presa de estupor, quedo un instante atonita y temblando. Se alejo luego al paso, inundando el pasto de sangre, hasta que a los veinte metros se echo, con un ronco suspiro.

A mediodia el polaco fue a buscar a su toro, y lloro en falsete ante

el chacarero impasible. El animal se habia levantado, y podia caminar. Pero su dueño, comprendiendo que le costaria mucho trabajo curarlo--si esto aun era posible--lo carneo esa tarde, y al dia siguiente al malacara le toco en suerte llevar a su casa, en la maleta, dos kilos de carne del toro muerto.

#LOS MENSU#

Cayetano Maidana y Esteban Podeley, peones de obraje, volvian a Posadas en el _Silex_, con quince companeros. Podeley, labrador de madera, tornaba a los nueve meses, la contrata concluida, y con pasaje gratis, por lo tanto. Caye--mensualero--llegaba en iguales condiciones, mas al ano y medio, tiempo necesario para cancelar su cuenta.

Flacos, despeinados, en calzoncillos, la camisa abierta en largos tajos, descalzos como la mayoria, sucios como todos ellos, los dos mensu devoraban con los ojos la capital del bosque, Jerusalem y Golgota de sus vidas. ¡Nueve meses alla arriba! ¡Ano y medio! Pero volvian por fin, y el hachazo aun doliente de la vida del obraje, era apenas un roce de astilla ante el rotundo goce que olfateaban alli.

De cien peones, solo dos llegan a Posadas con haber. Para esa gloria de una semana a que los arrastra el rio aguas abajo, cuentan con el anticipo de una nueva contrata. Como intermediario y coadyuvante, espera en la playa un grupo de muchachas alegres de caracter y de profesion, ante las cuales los mensu sedientos lanzan su ¡ahiju! de urgente locura.

Caye y Podeley bajaron tambaleantes de orgia pregustada, y rodeados de tres o cuatro amigas, se hallaron en un momento ante la cantidad suficiente de cana para colmar el hambre de eso de un mensu.

Un instante despues estaban borrachos, y con nueva contrata sellada. ¿En que trabajo? ¿En donde? Lo ignoraban, ni les importaba tampoco. Sabian, si, que tenian cuarenta pesos en el bolsillo, y facultad para llegar a mucho mas en gastos. Babeantes de descanso y dicha

alcoholica, dociles y torpes, siguieron ambos a las muchachas a vestirse. Las avisadas doncellas condujeronlos a una tienda con la que tenian relaciones especiales de un tanto por ciento, o tal vez al almacen de la casa contratista. Pero en una u otro las muchachas renovaron el lujo detonante de sus trapos, anidaronse la cabeza de peinetones, ahorcaronse de cintas--robado todo con perfecta sangre fria al hidalgo alcohol de su companero, pues lo unico que el mensu realmente posee, es un desprendimiento brutal de su dinero.

Por su parte Caye adquirio muchos mas extractos y lociones y aceites de los necesarios para sahumar hasta la nausea su ropa nueva, mientras Podeley, mas juicioso, insistia en un traje de pano. Posiblemente pagaron muy cara una cuenta entreoida y abonada con un monton de papeles tirados al mostrador. Pero de todos modos una hora despues lanzaban a un coche descubierto sus flamantes personas, calzados de botas, poncho al hombro--y revolver 44 en el cinto, desde luego--repleta la ropa de cigarrillos que deshacian torpemente entre los dientes, dejando caer de cada bolsillo la punta de un pañuelo. Acompañabanlos dos muchachas, orgullosas de esa opulencia, cuya magnitud se acusaba en la expresion un tanto hastiada de los mensu, arrastrando consigo mañana y tarde por las calles caldeadas, una infeccion de tabaco negro y extracto de obraje.

La noche llegaba por fin, y con ella la bailanta, donde las mismas damiselas avisadas inducian a beber a los mensu, cuya realeza en dinero de anticipo les hacia lanzar 10 pesos por una botella de cerveza, para recibir en cambio 1.40, que guardaban sin ojear siquiera.

Asi en constantes derroches de nuevos adelantos--necesidad irresistible de compensar con siete dias de gran señor las miserias del obraje--el _Silex_ volvio a remontar el rio. Caye llevo companera, y ambos, borrachos como los demas peones, se instalaron en el puente, donde ya diez mulas se hacinaban en intimo contacto con baules, atados, perros, mujeres y hombres.

Al dia siguiente, ya despejada las cabezas, Podeley y Caye examinaron sus libretas: era la primera vez que lo hacian desde la contrata. Caye habia recibido 120 en efectivo, y 35 en gasto, y Podeley 130 y 75, respectivamente.

Ambos se miraron con expresion que pudiera haber sido de espanto, si un mensu no estuviera perfectamente curado de ese malestar. No recordaban haber gastado ni la quinta parte.

--¡Ana...!--murmuro Caye--No voy a cumplir nunca...

Y desde ese momento tuvo sencillamente--como justo castigo de su

despilfarro--la idea de escaparse de alla.

La legitimidad de su vida en Posadas era, sin embargo, tan evidente para el, que sintio celos del mayor adelanto acordado a Podeley.

--Vos tenes suerte... dijo.--Grande, tu anticipo...

--Vos traes companera--objeto Podeley--eso te cuesta para tu bolsillo...

Caye miro a su mujer, y aunque la belleza y otras cualidades de orden mas moral pesan muy poco en la eleccion de un mensu, quedo satisfecho. La muchacha deslumbraba, efectivamente, con su traje de raso, falda verde y blusa amarilla; luciendo en el cuello sucio un triple collar de perlas; zapatos Luis XV, las mejillas brutalmente pintadas, y un desdenoso cigarro de hoja bajo los parpados entornados.

Caye considero a la muchacha y su revolver 44: era realmente lo unico que valia de cuanto llevaba con el. Y aun lo ultimo corria el riesgo de naufragar tras el anticipo, por minuscula que fuera su tentacion de tallar.

A dos metros de el, sobre un baul de punta, los mensu jugaban concienzudamente al monte cuanto tenian. Caye observo un rato riendose, como se rien siempre los peones cuando estan juntos, sea cual fuere el motivo, y se aproximó al baul, colocando a una carta, y sobre ella, cinco cigarros.

Modesto principio, que podia llegar a proporcionarle el dinero suficiente para pagar el adelanto en el obraje, y volverse en el mismo vapor a Posadas a derrochar un nuevo anticipo.

Perdio; perdio los demas cigarros, perdio cinco pesos, el poncho, el collar de su mujer, sus propias botas, y su 44. Al dia siguiente recupero las botas, pero nada mas, mientras la muchacha compensaba la desnudez de su pescuezo con incesantes cigarros despreciativos.

Podeley gano, tras infinito cambio de dueno, el collar en cuestion, y una caja de jabones de olor que hallo modo de jugar contra un machete y media docena de medias, quedando asi satisfecho.

Habian llegado, por fin. Los peones treparon la interminable cinta roja que escalaba la barranca, desde cuya cima el "Silex" aparecia mezquino y hundido en el lugubre rio. Y con ahijos y terribles invectivas en guarani, bien que alegres todos, despidieron al vapor, que debia ahogar, en una baldeada de tres horas, la nauseabunda atmosfera de desaseo, patchuli y mulas enfermas, que durante cuatro dias remonto con el.

* * * * *

Para Podeley, labrador de madera, cuyo diario podia subir a siete pesos, la vida de obraje no era dura. Hecho a ella, domada su aspiracion de estricta justicia en el cubicaje de la madera, compensando las rapinas rutinarias con ciertos privilegios de buen peon, su nueva etapa comenzo al dia siguiente, una vez demarcada su zona de bosque. Construyo con hojas de palmera su cobertizo--techo y pared sur--dio nombre de cama a ocho varas horizontales, nada mas; y de un horcon colgo la provista semanal. Recomenzo, automaticamente, sus dias de obraje: silenciosos mates al levantarse, de noche aun, que se sucedian sin desprender la mano de la pava; la exploracion en descubierta de madera; el desayuno a las ocho, harina, charque y grasa; el hacha luego, a busto descubierto, cuyo sudor arrastraba tabanos, barigueis y mosquitos; despues el almuerzo, esta vez porotos y maiz flotando en la inevitable grasa, para concluir de noche, tras nueva lucha con las piezas de 8 por 30, con el yopara del mediodia.

Fuera de algun incidente con sus colegas labradores, que invadian su jurisdiccion; del hastio de los dias de lluvia que lo relegaban en cuclillas frente a la pava, la tarea proseguia hasta el sabado de tarde. Lavaba entonces su ropa, y el domingo iba al almacen a proveerse.

Era este el real momento de solaz de los mensu, olvidandolo todo entre los anatemas de la lengua natal, sobrellevando con fatalismo indigena la suba siempre creciente de la provista, que alcanzaba entonces a cinco pesos por machete, y ochenta centavos por kilo de galleta. El mismo fatalismo que aceptaba esto con un iana! y una riente mirada a los demas companeros, le dictaba, en elemental desagravio, el deber de huir del obraje en cuanto pudiera. Y si esta ambicion no estaba en todos los pechos, todos los peones comprendian esa mordedura de contra-justicia, que iba, en caso de llegar, a clavar los dientes en la entrana misma del patron. Este, por su parte, llevaba la lucha a su extremo final, vigilando dia y noche a su gente, y en especial a los mensualeros.

Ocupabanse entonces los mensu en la planchada, tumbando piezas entre inacabable griteria, que subia de punto cuando las mulas, impotentes para contener la alzaprima, que bajaba a todo escape, rodaban unas sobre otras dando tumbos, vigas, animales, carretas, todo bien mezclado. Raramente se lastimaban las mulas; pero la algazara era la misma.

Caye, entre risa y risa, meditaba siempre su fuga. Harto ya de revirados y yoparas, que el pregusto de la huida tornaba mas indigestos, detenase aun por falta de revolver, y ciertamente, ante

el winchester del capataz. ¡Pero si tuviera un 44!...

La fortuna llegole esta vez en forma bastante desviada.

La companera de Caye, que desprovista ya de su lujoso atavio lavaba la ropa a los peones, cambio un dia de domicilio. Caye espero dos noches, y a la tercera fue a casa de su reemplazante, donde propino una soberbia paliza a la muchacha. Los dos mensu quedaron solos charlando, resultas de lo cual convinieron en vivir juntos, a cuyo efecto el seductor se instalo con la pareja. Esto era economico y bastante juicioso. Pero como el mensu parecia gustar realmente de la dama--cosa rara en el gremio--Caye ofreciosela en venta por un revolver con balas, que el mismo sacaria del almacen. No obstante esta sencillez, el trato estuvo a punto de romperse, porque a ultima hora Caye pidio se agregara un metro de tabaco en cuerda, lo que parecio excesivo al mensu. Concluyose por fin el mercado, y mientras el fresco matrimonio se instalaba en su rancho, Caye cargaba concienzudamente su 44, para dirigirse a concluir la tarde lluviosa tomando mate con aquellos.

* * * * *

El otono finalizaba, y el cielo, fijo en sequia con chubascos de cinco minutos, se descomponia por fin en mal tiempo constante, cuya humedad hinchaba el hombro de los mensu. Podeley, libre hasta entonces, sintiose un dia con tal desgano al llegar a su viga, que se detuvo, mirando a todas partes que podia hacer. No tenia animo para nada. Volvio a su cobertizo, y en el camino sintio un ligero cosquilleo en la espalda.

Sabia muy bien que eran aquel desgano y aquel hormigueo a flor de estremecimiento. Sentose filosoficamente a tomar mate, y media hora despues un hondo y largo escalofrio recorriole la espalda bajo la camisa.

No habia nada que hacer. Se echo en la cama, tiritando de frio, doblado en gatillo bajo el poncho, mientras los dientes, incontenibles, castaneaban a mas no poder.

Al dia siguiente el acceso, no esperado hasta el crepusculo, torno a mediodia, y Podeley fue a la comisaria a pedir quinina. Tan claramente se denunciaba el chucho en el aspecto del mensu, que el dependiente bajo los paquetes sin mirar casi al enfermo, quien volco tranquilamente sobre su lengua la terrible amargura aquella. Al volver al monte, hallo al mayordomo.

--Vos tambien--le dijo este, mirandolo--y van cuatro. Los otros no importa... poca cosa. Vos sos cumplidor... ?Como esta tu cuenta?

--Falta poco... pero no voy a poder trabajar...

--¡Bah! Curate bien y no es nada... Hasta mañana.

--Hasta mañana--se alejó Podeley apresurando el paso, porque en los talones acababa de sentir un leve cosquilleo.

El tercer ataque comenzó una hora después, quedando Podeley aplomado en una profunda falta de fuerzas, y la mirada fija y opaca, como si no pudiera ir más allá de uno o dos metros.

El descanso absoluto a que se entregó por tres días--bálsamo específico para el mensu, por lo inesperado--no hizo sino convertirle en un bulto castaneteante y arrebuñado sobre un raigón. Podeley, cuya fiebre anterior había tenido honrado y periódico ritmo, no presagió nada bueno para él de esa galopada de accesos casi sin intermitencia. Hay fiebre y fiebre. Si la quinina no había cortado a ras el segundo ataque, era inútil que se quedara allá arriba, a morir hecho un ovillo en cualquier vuelta de picada. Y bajo de nuevo al almacén.

--¡Otra vez vos!--lo recibió el mayordomo.--Eso no anda bien... ¿No tomaste quinina?

--Tome... No me hallo con esta fiebre... No puedo trabajar. Si quieres darme para mi pasaje, te voy a cumplir en cuanto me sane...

El mayordomo contempló aquella ruina, y no estimó en gran cosa la vida que quedaba allí.

--¿Como está tu cuenta?--preguntó otra vez.

--Debo veinte pesos todavía... El sábado entregue... Me hallo muy enfermo...

--Sabes bien que mientras tu cuenta no esté pagada, debes quedar. Abajo... puedes morirte. Curate aquí, y arreglas tu cuenta en seguida.

¿Curarse de una fiebre perniciosa, allí donde se la adquirió? No, por cierto; pero el mensu que se va puede no volver, y el mayordomo prefería hombre muerto a deudor lejano.

Podeley jamás había dejado de cumplir nada, única altanería que se permite ante su patrón un mensu de talla.

--¡No me importa que hayas dejado o no de cumplir!--replicó el mayordomo.--¡Paga tu cuenta primero, y después veremos!

Esta injusticia para con él creó lógicamente y velozmente el deseo de

desquite. Fue a instalarse con Caye, cuyo espiritu conocia bien, y ambos decidieron escaparse el proximo domingo.

Pero al dia siguiente, viernes, hubo en el obraje inusitado movimiento.

--¡Ahi tenes!--grito el mayordomo, tropezando con Podeley.--Anoche se han escapado tres... ¿Eso es lo que te gusta, no? ¡Esos tambien eran cumplidores! ¡Como vos! Pero antes vas a reventar aqui, que salir de la planchada! ¡Y mucho cuidado, vos y todos los que estan oyendo! ¡Ya saben!

La decision de huir, y sus peligros, para los que el mensu necesita todas sus fuerzas, es capaz de contener algo mas que una fiebre perniciosa. El domingo, por lo demas, habia ya llegado; y con falsas maniobras de lavaje de ropa, simulados guitarreos en el rancho de tal o cual, la vigilancia pudo ser burlada, y Podeley y Caye se encontraron de pronto a mil metros de la comisaria.

Mientras no se sintieran perseguidos, no abandonarían la picada; Podeley caminaba mal. Y aun así...

La resonancia peculiar del bosque trajoles, lejana, una voz ronca:

--¡A la cabeza! ¡A los dos!

Y un momento despues surgian de un recodo de la picada, el capataz y tres peones corriendo. La caceria comenzaba.

Caye amartillo su revolver sin dejar de avanzar.

--¡Entregate, ana!--gritole el capataz.

--Entremos en el monte--dijo Podeley.--Yo no tengo fuerza para mi machete.

--¡Volve o te tiro!--llego otra voz.

--Cuando esten mas cerca...--comenzo Caye.--Una bala de winchester paso silbando por la picada.

--¡Entra!--grito Caye a su companero.--Y parapetandose tras un arbol, descargo hacia alla los cinco tiros de su revolver.

Una griteria aguda respondiolo, mientras otra bala de winchester hacia saltar la corteza del arbol.

--¡Entregate o te voy a dejar la cabeza...!

--¡Anda no mas!--insto Caye a Podeley.--Yo voy a...

Y tras nueva descarga, entro en el monte.

Los perseguidores, detenidos un momento por las explosiones, lanzaronse rabiosos adelante, fusilando, golpe tras golpe de winchester, el derrotero probable de los fugitivos.

A 100 metros de la picada, y paralelos a ella, Caye y Podeley se alejaban, doblados hasta el suelo para evitar las lianas. Los perseguidores lo presumian; pero como dentro del monte, el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala en mitad de la frente, el capataz se contentaba con salvas de winchester y aullidos desafiantes. Por lo demas, los tiros errados hoy habian hecho lindo blanco la noche del jueves...

El peligro habia pasado. Los fugitivos se sentaron, rendidos. Podeley se envolvió en el poncho, y recostado en la espalda de su companero, sufrio con dos terribles horas de chucho, el contragolpe de aquel esfuerzo.

Prosiguieron la fuga, siempre a la vista de la picada, y cuando la noche llego, por fin, acamparon. Caye habia llevado chipas, y Podeley encendio fuego, no obstante los mil inconvenientes en un pais donde, fuera de los pavones, hay otros seres que tienen debilidad por la luz, sin contar los hombres.

El sol estaba muy alto ya, cuando a la manana siguiente encontraron al riacho, primera y ultima esperanza de los escapados. Caye corto doce tacuaras sin mas prolija eleccion, y Podeley, cuyas ultimas fuerzas fueron dedicadas a cortar los isipos, tuvo apenas tiempo de hacerlo antes de enroscarse a tiritar.

Caye, pues, construyo solo la jangada--diez tacuaras atadas longitudinalmente con lianas, llevando en cada extremo una atravesada.

A los diez segundos de concluida se embarcaron. Y la hangadilla, arrastrada a la deriva, entro en el Parana.

Las noches son esa epoca excesivamente frescas, y los dos mensu, con los pies en el agua, pasaron la noche helados, uno junto al otro. La corriente del Parana que llegaba cargado de inmensas lluvias, retorcia la jangada en el borbollon de sus remolinos, y aflojaba lentamente los nudos de isipo.

En todo el dia siguiente comieron dos chipas, ultimo resto de provision, que Podeley probó apenas. Las tacuaras taladradas por los

tambus se hundian, y al caer la tarde, la jangada habia descendido a una cuarta del nivel del agua.

Sobre el rio salvaje, encajonado en los lugubres murallones de bosque, desierto del mas remoto iay!, los dos hombres, sumergidos hasta la rodilla, derivaban girando sobre si mismos, detenidos un momento inmoviles ante un remolino, siguiendo de nuevo, sosteniendose apenas sobre las tacuaras casi sueltas que se escapaban de sus pies, en una noche de tinta que no alcanzaban a romper sus ojos desesperados.

El agua llegabales ya al pecho cuando tocaron tierra. ¿Donde? No sabian... un pajonal. Pero en la misma orilla quedaron inmoviles, tendidos de espaldas.

Ya deslumbraba el sol cuando despertaron. El pajonal se extendia veinte metros tierra adentro, sirviendo de litoral a rio y bosque. A media cuadra al sur, el riacho Paranai, que decidieron vadear cuando hubieran recuperado las fuerzas. Pero estas no volvian tan rapidamente como era de desear, dado que los cogollos y gusanos de tacuara son tardos fortificantes. Y durante veinte horas la lluvia transformo al Parana en aceite blanco, y al Paranai en furiosa avenida. Todo imposible. Podeley se incorporo de pronto chorreando agua, apoyandose en el revolver para levantarse, y apunto. Volaba de fiebre.

--iPasa, ana!...

Caye vio que poco podia esperar de aquel delirio, y se inclino disimuladamente para alcanzar a su companero de un palo. Pero el otro insistio:

--iAnda al agua! iVos me trajiste! iBandeá el rio!

Los dedos lividos temblaban sobre el gatillo.

Caye obedecio; dejose llevar por la corriente, y desaparecio tras el pajonal, al que pudo abordar con terrible esfuerzo.

Desde alli, y de atras, acecho a su companero, recogiendo el revolver caido; pero Podeley yacia de nuevo de costado, con las rodillas recogidas hasta el pecho, bajo la lluvia incesante. Al aproximarse Caye alzo la cabeza, y sin abrir casi los ojos, cegados por el agua, murmuro:

--Caye... caray... Frio muy grande...

Llovio aun toda la noche sobre el moribundo, la lluvia blanca y sorda de los diluvios otonales, hasta que a la madrugada Podeley quedo inmovil para siempre en su tumba de agua.

Y en el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el mensu agotó las raíces y gusanos posible; perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná.

El _Silex_, que pasó por allí al atardecer, recogió al mensu ya casi moribundo. Su felicidad transformóse en terror, al darse cuenta al día siguiente de que el vapor remontaba el río.

--¡Por favor te pido!--¡lloriqueo ante el capitán--¡No me bajen en Puerto X! ¡Me van a matar!... ¡Te lo pido de veras!...

El _Silex_ volvió a Posadas, llevando con él al mensu empapado aun en pesadillas nocturnas.

Pero a los diez minutos de bajar a tierra, estaba ya borracho, con nueva contrata, y se encaminaba tambaleando a comprar extractos.

#YAGUAI#

Ahora bien, no podía ser sino allí. Yaguai olfateó la piedra--un sólido bloque de mineral de hierro--y dio una cautelosa vuelta en torno. Bajo el sol a mediodía de Misiones, el aire vibraba sobre el negro penasco, fenómeno este que no seducía al fox-terrier. Allí abajo, sin embargo, estaba la lagartija. Giro nuevamente alrededor, resopló en un intersticio, y, para honor de la raza, rasco un instante el bloque ardiente. Hecho lo cual regreso con paso perezoso, que no impedía un sistemático olfateo a ambos lados.

Entró en el comedor, echándose entre el aparador y la pared, fresco refugio que él consideraba como suyo, a pesar de tener en su contra la opinión de toda la casa. Pero el sombrío rincón, admirable cuando a la depresión de la atmósfera acompaña la falta de aire, tornábase imposible en un día de viento norte. Era este un flamante conocimiento del fox-terrier, en quien luchaba aun la herencia del país templado--Buenos Aires, patria de sus abuelos y suya--donde sucede

precisamente lo contrario. Salio, por lo tanto, afuera, y se sento bajo un naranjo, en pleno viento de fuego, pero que facilitaba inmensamente la respiracion. Y como los perros transpiran muy poco, Yaguai apreciaba cuanto es debido el viento evaporizador sobre la lengua danzante puesta a su paso.

El termometro alcanzaba en ese momento a 40 deg.. Pero los fox-terriers de buena cuna son singularmente falaces en cuanto a promesas de quietud se refiera. Bajo aquel mediodia de fuego, sobre la meseta volcanica que la roja arena tornaba aun mas calcinante, habia lagartijas.

Con la boca ahora cerrada, Yaguai transpuso el tejido de alambre y se hallo en pleno campo de caza. Desde septiembre no habia logrado otra ocupacion a las siestas bravas. Esta vez rastreo cuatro de las pocas que quedaban ya, cazo tres, perdio una, y se fue entonces a banar.

A cien metros de la casa, en la base de la meseta y a orillas del bananal, existia un pozo en piedra viva de factura y forma originales, pues siendo comenzado a dinamita por un profesional, habialo concluido un aficionado con pala de punta. Verdad es que no media sino dos metros de hondura, tendiendose en larga escarpa por un lado, a modo de tajamar. Su fuente, bien que superficial, resistia a secas de dos meses, lo que es bien meritorio en Misiones.

Alli se banaba el fox-terrier, primero la lengua, despues el vientre sentado en el agua, para concluir con una travesia a nado. Volvia luego a la casa, siempre que algun rastro no se atravesara en su camino. Al caer el sol, tornaba al pozo; de aqui que Yaguai sufriera vagamente de pulgas, y con bastante facilidad el calor tropical para el que su raza no habia sido creada.

El instinto combativo del fox-terrier se manifesto normalmente contra las hojas secas; subio luego a las mariposas y su sombra, y se fijo por fin en las lagartijas. Aun en noviembre, cuando tenia ya en jaque a todas las ratas de la casa, su gran encanto eran los saurios. Los peones que por a o b llegaban a la siesta, admiraron siempre la obstinacion del perro, resoplando en cuevitas bajo un sol de fuego, si bien la admiracion de aquellos no pasaba del cuadro de caza.

--Eso--dijo uno un dia, senalando al perro con una vuelta de cabeza,--no sirve mas que para bichitos...

El dueno de Yaguai lo oyo:

--Tal vez--repuso,--pero ninguno de los famosos perros de ustedes seria capaz de hacer lo que hace ese.

Los hombres se sonrieron sin contestar.

Cooper, sin embargo, conocia bien a los perros de monte, y su maravillosa aptitud para la caza a la carera, que su fox-terrier ignoraba. ¿Ensenarle? Acaso; pero el no tenia como hacerlo.

Precisamente esa misma tarde un peon se quejo a Cooper de los venados que estaban concluyendo con los porotos. Pedia escopeta, porque aunque el tenia un perro, no podia sino _a veces_ alcanzarlos de un palo...

Cooper presto la escopeta, y aun propuso ir esa noche al rozado.

--No hay luna--objeto el peon.

--No importa. Suelte el perro y veremos si el mio lo sigue.

Esa noche fueron al plantio. El peon solto a su perro, y el animal se lanzo en seguida en las tinieblas del monte, en busca de un rastro.

Al ver partir a su companero, Yaguai intento en vano forzar la barrera de caraguata. Logrolo al fin, y siguio la pista del otro. Pero a los dos minutos regresaba, muy contento de aquella escapatoria nocturna. Eso si, no quedo agujerito sin olfatear en diez metros a la redonda.

Pero cazar tras el rastro, en el monte, a un galope que puede durar muy bien desde la madrugada hasta las tres de la tarde, eso no. El perro del peon hallo una pista, muy lejos, que perdio en seguida. Una hora despues volvia a su amo, y todos juntos regresaron a la casa.

La prueba, si no concluyente, desanimo a Cooper. Se olvido luego de ello, mientras el fox-terrier continuaba cazando ratas, algun lagarto o zorro en su cueva, y lagartijas.

Entretanto, los dias se sucedian unos a otros, enceguecientes, pesados, en una obstinacion de viento norte que doblaba las verduras en lacios colgajos, bajo el blanco cielo de los mediodias torridos. El termometro se mantenia a 38-40, sin la mas remota esperanza de lluvia. Durante cuatro dias el tiempo se cargo; con asfixiante calma y aumento de calor. Y cuando se perdio al fin la esperanza de que el sur devolviera en torrentes de agua todo el viento de fuego recibido un mes entero del norte, la gente se resigno a una desastrosa sequia.

El fox-terrier vivio desde entonces sentado bajo su naranjo, porque cuando el calor traspasa cierto limite razonable, los perros no respiran bien, echados. Con la lengua de fuera y los ojos entornados, asistio a la muerte progresiva de cuanto era brotacion primaveral. La huerta se perdio rapidamente. El maizal paso del verde claro a una blancura amarillenta, y a fines de Noviembre solo quedaban de el columnitas trucas sobre la negrura desolada del rozado. La mandioca,

heroica entre todas, resistia bien.

El pozo del fox-terrier--agotada su fuente--perdio dia a dia su agua verdosa, y tan caliente que Yaguai no iba a el sino de manana, si bien ahora hallaba rastros de apereas, aguties y hurones, que la sequia del monte forzaba hasta aquel.

En vuelta de su bano, el perro se sentaba de nuevo, viendo aumentar poco a poco el viento, mientras el termometro, refrescado a 15 al amanecer, llegaba a 41 a las dos de la tarde. La sequedad del aire llevaba a beber al fox-terrier cada media hora, debiendo entonces luchar con las avispas y abejas que invadian los baldes, muertas de sed. Las gallinas, con las alas en tierra, jadeaban tendidas a la triple sombra de los bananos, la glorieta y la enredadera de flor roja, sin atreverse a dar un paso sobre la arena abrasada, y bajo un sol que mataba instantaneamente a las hormigas rubias.

Alrededor, cuanto abarcaba los ojos del fox-terrier, los bloques de hierro, el pedregullo volcanico, el monte mismo, danzaba, mareado de calor. Al oeste, en el fondo del valle boscoso, hundido en la depresion de la doble sierra, el Parana yacia, muerto a esa hora en su agua de cinc, esperando la caida de la tarde para revivir. La atmosfera, entonces, ligeramente ahumada hasta esa hora, se velaba al horizonte en denso vapor, tras el cual el sol, cayendo sobre el rio, sosteniase asfixiado en perfecto circulo de sangre. Y mientras el viento cesaba por completo y en el aire aun abrasado Yaguai arrastraba por la meseta su diminuta mancha blanca, las palmeras, recortandose inmoviles sobre el rio cuajado en rubi, infundian en el paisaje una sensacion de lujoso y sombrío oasis.

Los dias se sucedian iguales. El pozo del fox-terrier se seco, y las asperezas de la vida, que hasta entonces evitaban a Yaguai, comenzaron para el esa misma tarde.

Desde tiempo atras, el perrito blanco habia sido muy solicitado por un amigo de Cooper, hombre de selva cuyos muchos ratos perdidos se pasaban en el monte tras los tatetos. Tenia tres perros magnificos para esta caza, aunque muy inclinados a rastrear coaties, lo que envolviendo una perdida de tiempo para el cazador, constituye tambien la posibilidad de un desastre, pues la dentellada de un coati degueella sistematicamente al perro que no supo cogerlo.

Fragoso, habiendo visto un dia trabajar al fox-terrier en un asunto de irara, que Yaguai forzo a estarse definitivamente quieta, dedujo que un perrito que tenia ese talento especial para moder justamente entre cruz y pescuezo, no era un perro cualquiera, por mas corta que tuviera la cola. Por lo que insto repetidas veces a Cooper a que le prestara a Yaguai.

--Yo te lo voy a enseñar bien a usted, patron--le decia.

--Tiene tiempo--respondia Cooper.

Pero en esos dias abrumadores--la visita de Fragoso avivando el recuerdo de aquello--Cooper le entrego su perro a fin de que le enseñara a correr.

Corrio, sin duda, mucho mas de lo que hubiera deseado el mismo Cooper.

Fragoso vivia en la margen izquierda del Yabebiri, y habia plantado en octubre un mandiocal que no producía aun, y media hectarea de maiz y porotos, totalmente perdida. Esto ultimo, especifico para el cazador, tenia para Yaguai muy poca importancia, trastornandole en cambio la nueva alimentacion. El, que en casa de Cooper coleaba ante la mandioca simplemente cocida, para no ofender a su amo, y olfateaba por tres o cuatro lados el locro, para no quebrar del todo con la cocinera, conocio la angustia de los ojos brillantes y fijos en el amo que come, para concluir lamiendo el plato que sus tres companeros habian pulido ya, esperando ansiosamente el punado de maiz sancochado que les daban cada dia.

Los tres perros salian de noche a cazar por su cuenta--maniobra esta que entraba en el sistema educacional del cazador;--pero el hambre, que llevaba a aquellos naturalmente al monte a rastrear para comer, inmovilizaba al fox-terrier en el rancho, unico lugar del mundo donde podia hallar comida. Los perros que no devoran la caza, seran siempre malos cazadores; y justamente la raza a que pertenecia Yaguai, caza desde su creacion por simple sport.

Fragoso intento algun aprendizaje con el fox-terrier. Pero siendo Yaguai mucho mas perjudicial que util al trabajo desenvuelto de sus tres perros, lo relego desde entonces en el rancho a espera de mejores tiempos para esa ensenanza.

Entretanto, la mandioca del ano anterior comenzaba a concluirse, las ultimas espigas de maiz rodaron por el suelo, blancas y sin un grano, y el hambre, ya dura para los tres perros nacidos con ella, royo las entrañas de Yaguai. En aquella nueva vida habia adquirido con pasmosa rapidez el aspecto humillado, servil y traicionero de los perros del pais. Aprendio entonces a merodear de noche en los ranchos vecinos, avanzando con cautela, las piernas dobladas y elasticas, hundiendose lentamente al pie de una mata de espartillo, al menor rumor hostil. Aprendio a no ladrar por mas furor o miedo que tuviera, y a grunir de un modo particularmente sordo, cuando el cuzco de un rancho defendia a este del pillaje. Aprendio a visitar los gallineros, a separar dos platos encimados con el hocico, y a llevarse en la boca una lata con

grasa, a fin de vaciarla en la impunidad del pajonal. Conocio el gusto de las guascas ensebadas, de los zapatones untados de grasa, del hollin pegoteado de una olla, y--alguna vez--de la miel recogida y guardada en un trozo de tacuara. Adquirio la prudencia necesaria para apartarse del camino cuando un pasajero avanzaba, siguiendolo con los ojos, aguachado entre el pasto. Y a fines de enero, de la mirada encendida, las orejas firmes sobre los ojos, y el rabo alto y provocador del fox-terrier, no quedaba sino un esqueletillo sarnoso, de orejas echadas atras y rabo hundido y traicionero, que trotaba furtivamente por los caminos.

La sequia continuaba; el monte quedo poco a poco desierto, pues los animales se concentraban en los hilos de agua que habian sido grandes arroyos. Los tres perros forzaban la distancia que los separaba del abrevadero de las bestias, con exito mediano, pues siendo este muy frecuentado a su vez por los yaguaretei, la caza menor tornabase desconfiada. Fragoso, preocupado con la ruina del rozado y disgustos con el propietario de su tierra, no tenia humor para cazar, ni aun por hambre. Y la situacion amenazaba asi tornarse muy critica, cuando una circunstancia fortuita trajo un poco de aliento a la lamentable jauria.

Fragoso debio ir a San Ignacio, y los cuatro perros, que fueron con el, sintieron en sus narices dilatadas una impresion de frescura vegetal--vaguissima, si se quiere,--pero que acusaba un poco de vida en aquel infierno de calor y seca. En efecto, la region habia sido menos azotada, resultas de lo cual algunos maizales, aunque miserables, se sostenian en pie.

No comieron ese dia; pero al regresar jadeando detras del caballo, los perros no olvidaron aquella sensacion de frescura, y a la noche siguiente salian juntos en mudo trote hacia San Ignacio. En la orilla del Yabebiri se detuvieron oliendo el agua y levantando el hocico tremulo a la otra costa. La luna salia entonces, con su amarillenta luz de menguante. Los perros avanzaron cautelosamente sobre el rio a flor de piedra, saltando aqui, nadando alla, en un paso que en agua normal no da fondo a tres metros.

Sin sacudirse casi, reanudaron el trote silencioso y tenaz hacia el maizal mas cercano. Alli el fox-terrier vio como sus companeros quebraban los tallos con los dientes, devorando en secos mordiscos que entraban hasta el marlo, las espigas en choclo. Hizo lo mismo; y durante una hora, en el rozado negro de arboles quemados, que la funebre luz del menguante volvia mas espectral, los perros se movieron de aqui para alla entre las canas, grunendose mutuamente.

Volvieron tres veces mas, hasta que la ultima noche un estampido demasiado cercano los puso en guardia. Mas coincidiendo esta aventura con la mudanza de Fragoso a San Ignacio, los perros no sintieron mucho.

* * * * *

Fragoso habia logrado por fin trasladarse alla, en el fondo de la colonia. El monte, entretejido de tacuapi, denunciaba tierra excelente; y aquellas inmensas madejas de bambu, tendidas en el suelo con el machete, debian de preparar magnificos rozados.

Cuando Fragoso se instalo, el tacuapi comenzaba a secarse. Rozo y quemo rapidamente un cuarto de hectarea, confiando en algun milagro de lluvia. El tiempo se descompuso, en efecto; el cielo blanco se torno plomo, y en las horas mas calientes se transparentaban en el horizonte lividas orlas de cumulos. El termometro a 39 y el viento norte soplando con furia, trajeron al fin doce milimetros de agua, que Fragoso aprovecho para su maiz, muy contento. Lo vio nacer, lo vio crecer magnificamente hasta cinco centimetros, pero nada mas.

En el tacuapi, bajo el y alimentandose acaso de sus brotos, viven infinidad de roedores. Cuando aquel se seca, sus huespedes se desbandan, el hambre los lleva forzosamente a las plantaciones; y de este modo los tres perros de Fragoso, que salian una noche, volvieron en seguida restregandose el hocico mordido. Fragoso mato esa misma noche cuatro ratas que asaltaban su lata de grasa.

Yaguai no estaba alli. Pero a la noche siguiente, el y sus companeros se internaban en el monte (aunque el fox-terrier no corria tras el rastro, sabia perfectamente desenfundar tatus y hallar nidos de urues), cuando el primero se sorprendio del rodeo que efectuaban sus companeros para no cruzar el rozado. Yaguai avanzo por este, no obstante; y un momento despues lo mordian en una pata, mientras rapidas sombras corrian a todos lados.

Yaguai vio lo que era; e instantaneamente, en plena barbarie de bosque tropical y miseria, surgieron los ojos brillantes, el rabo alto y duro, y la actitud batalladora del admirable perro ingles. Hambre, humillacion, vicios adquiridos, todo se borro en un segundo ante las ratas que salian de todas partes. Y cuando volvio por fin a echarse, ensangrentado, muerto de fatiga, tuvo que saltar tras las ratas hambrientas que invadian literalmente el rancho.

Fragoso quedo encantado de aquella brusca energia de nervios y musculos que no recordaba mas, y subio a su memoria el recuerdo del viejo combate con la irara; era la misma mordida sobre la cruz: un golpe seco de mandibula, y a otra rata.

Comprendio tambien de donde provenia aquella nefasta invasion, y con larga serie de juramentos en voz alta, dio su maizal por perdido. ?Que podia hacer Yaguai solo? Fue al rozado, acariciando al fox-terrier, y

silbo a sus perros; pero apenas los rastreadores de tigres sentían los dientes de las ratas en el hocico, chillaban, restregándolo a dos patas. Fragoso y Yaguai hicieron solos el gasto de la jornada, y si el primero saco de ella la muñeca dolorida, el segundo echaba al respirar burbujas sanguinolentas por la nariz.

En doce días, a pesar de cuanto hicieron Fragoso y el fox-terrier para salvarlo, el rozado estaba perdido. Las ratas, al igual de las martinetas, saben muy bien desenterrar el grano adherido aun a la plantita. El tiempo, otra vez de fuego, no permitía ni la sombra de nueva plantación, y Fragoso se vio forzado a ir a San Ignacio en busca de trabajo, llevando al mismo tiempo su perro a Cooper, que él no podía ya entretener poco ni mucho. Lo hacía con verdadera pena, pues las últimas aventuras, colocando al fox-terrier en su verdadero teatro de caza, habían levantado muy alta la estima del cazador por el perrito blanco.

En el camino, el fox-terrier oyó, lejano, el ruido de carretería de los pajonales del Yabebiri ardiendo con la sequía; vio a la vera del bosque a las vacas que soportando la nube de tabanos, doblaban los catiguas con el pecho, avanzando montadas sobre el tronco arqueado hasta alcanzar las hojas. Vio al mismo monte subtropical secándose en los pedregales, y sobre el brumoso horizonte de las tardes de 38-40, volvió a ver el sol cayendo asfixiado en un círculo rojo y mate.

Media hora después llegaban a San Ignacio, y siendo ya tarde para llegar hasta lo de Cooper, Fragoso aplazó para la mañana siguiente su visita. Los tres perros, aunque muertos de hambre, no se aventuraron mucho a merodear en país desconocido, con excepción de Yaguai, al que el recuerdo bruscamente despierto de las viejas carreras delante del caballo de Cooper, llevaba en línea recta a casa de su amo.

* * * * *

Las circunstancias anormales porque pasaba el país con la sequía de cuatro meses--y es preciso saber lo que esto supone en Misiones--hacia que los perros de los peones, ya famélicos en tiempo de abundancia, llevarán sus pillajes nocturnos a un grado intolerable. En pleno día, Cooper había tenido ocasión de perder tres gallinas, arrebatadas por los perros hacia el monte. Y si se recuerda que el ingenio de un poblador haragán llega a enseñar a sus cachorros esta maniobra para aprovecharse ambos de la presa, se comprenderá que Cooper perdiera la paciencia, descargando irremisiblemente su escopeta sobre todo ladrón nocturno. Aunque no usaba sino perdigones, la lección era asimismo dura.

Así una noche, en el momento que se iba a acostar, percibió su oído alerta el ruido de las unas enemigas, tratando de forzar el tejido de

alambre. Con un gesto de fastidio descolgo la escopeta, y saliendo afuera vio una mancha blanca que avanzaba dentro del patio. Rapidamente hizo fuego, y a los aullidos transpasantes del animal arrastrandose sobre las patas traseras, tuvo un fugitivo sobresalto, que no pudo explicar y se desvanecio en seguida. Llego hasta el lugar, pero el perro habia desaparecido ya, y entro de nuevo.

--?Que fue, papa?--le pregunto desde la cama su hija.--?Un perro?

--Si--repuso Cooper colgando la escopeta.--Le tire un poco de cerca...

--?Grande el perro, papa?

--No, chico.

Paso un momento.

--iPobre Yaguai!--prosiguio Julia.--iComo estara!

Subitamente Cooper recordo la impresion sufrida al oir aullar al perro: algo de su Yaguai habia alli... Pero pensando tambien en cuan remota era esa probabilidad, se durmio.

Fue a la manana siguiente, muy temprano, cuando Cooper, siguiendo el rastro de sangre, hallo a Yaguai muerto al borde del pozo del bananal.

De pesimo humor volvio a casa, y la primer pregunta de Julia fue por el perro chico.

--?Murio, papa?

--Si, alla en el pozo... es Yaguai.

Cogio la pala, y seguido de sus dos hijos consternados, fue al pozo. Julia, despues de mirar un momento inmovil, se acerco despacio a sollozar junto al pantalon de Cooper.

--iQue hiciste, papa!

--No sabia, chiquita... Apartate un momento.

En el bananal enterro a su perro, apisono la tierra encima, y regreso profundamente disgustado, llevando de la mano a sus dos chicos, que lloraban despacio para que su padre no los sintiera.

#LOS PESCADORES DE VIGAS#

El motivo fue cierto juego de comedor que mister Hall no tenia aun, y su fonografo fue quien le sirvio de anzuelo.

Candiyu lo vio en la oficina provisoria de la _Yerba Company_, donde mister Hall maniobraba su fonografo a puerta abierta.

Candiyu, como buen indigena, no manifesto sorpresa alguna, contentandose con detener su caballo un poco al traves delante del chorro de luz, y mirar a otra parte. Pero como un ingles, a la caida de la noche, en mangas de camisa por el calor, y con una botella de whisky al lado, es cien veces mas circunspecto que cualquier mestizo, mister Hall no levanto la vista del disco. Con lo que vencido y conquistado, Candiyu concluyo por arrimar su caballo a la puerta, en cuyo umbral apoyo el codo.

--Buenas noches, patron ¡Linda musica!

--Si, linda--repuso mister Hall.

--¡Linda!--repitio el otro.--¡Cuanto ruido!

--Si, mucho ruido--asintio mister Hall, que hallaba no desprovistas de profundidad las observaciones de su visitante.

Candiyu admiraba los nuevos discos:

--¿Te costo mucho a usted, patron?

--Costo... ¿que?

--Ese hablero... los mozos que cantan.

La mirada turbia, inexpresiva e insistente de mister Hall, se aclaró. El contador comercial surgia.

--¡Oh, cuesta mucho!... ¿Usted quiere comprar?

--Si usted quiere venderme...--contesto llanamente Candiylu, convencido de la imposibilidad de tal compra. Pero mister Hall proseguia mirandolo con pesada fijeza, mientras la membrana saltaba del disco a fuerza de marchas metalicas.

--Vendo barato a usted... icincuenta pesos!

Candiylu sacudio la cabeza, sonriendo al aparato y a su maquinista, alternativamente:

--iMucha plata! No tengo.

--?Usted que tiene, entonces?

El hombre se sonrio de nuevo, sin responder.

--?Donde usted vive?--prosiguió mister Hall, evidentemente decidido a desprenderse de su gramofono.

--En el puerto.

--iAh! yo conozco usted... ?Usted llama Candiylu?

--Asi es.

--?Y usted pesca vigas?

--A veces, alguna viguita sin dueño...

--iVendo por vigas!... Tres vigas aserradas. Yo mando carreta.
?Conviene?

Candiylu se reia.

--No tengo ahora. Y esa... maquinaria, tiene mucha delicadeza?

--No; boton aca, y boton aca... yo enseno. ?Cuando tiene madera?

--Alguna creciente... Ahora debe venir una. ?Y que palo quieres usted?

--Palo rosa. ?Conviene?

--iHum!... No baja ese palo casi nunca... Mediante una creciente grande, solamente. iLindo palo! Te gusta palo bueno, a usted.

--Y usted lleva buen gramofono. ?Conviene?

El mercado prosiguió a son de cantos británicos, el indigena

esquivando la via recta, y el contador acorralandolo en el pequeno circulo de la precision. En el fondo, y descontados el calor y el whisky, el ciudadano ingles no hacia un mal negocio, cambiando un perro gramofono por varias docenas de bellas tablas, mientras el pescador de vigas, a su vez, entregaba algunos dias de habitual trabajo a cuenta de una maquina prodigiosamente ruidera.

Por lo cual el mercado se realizo, a tanto tiempo de plazo.

Candiyu vive en la costa del Parana, desde hace treinta anos; y si su higado es aun capaz de combinar cualquier cosa despues del ultimo ataque de fiebre, en diciembre pasado, debe vivir todavia unos meses mas. Pasa ahora los dias sentado en su catre de varas, con el sombrero puesto. Solo sus manos, lividas zarpas veteadas de verde que penden inmensas de las muñecas, como proyectadas en primer termino en una fotografia, se mueven monotonamente sin cesar, con temblor de loro implume.

Pero en aquel tiempo Candiyu era otra cosa. Tenia entonces por oficio honorable el cuidado de un bananal ajeno, y--poco menos licito--el de pescar vigas. Normalmente, y sobre todo en epoca de creciente, derivan vigas escapadas de los obrajes, bien que se desprendan de una jangada en formacion, bien que un peon bromista corte de un machetazo la soga que las retiene. Candiyu era poseedor de un anteojo telescopado, y pasaba las mananas apuntando al agua, hasta que la linea blanquecina de una viga, destacandose en el horizonte montuoso, lo lanzaba en su chalana al encuentro de la presa. Vista la viga a tiempo, la empresa no es extraordinaria, porque la pala de un hombre de coraje, recostado o halando de un pieza de 10 x 40, vale cualquier remolcador.

* * * * *

Alla en el obraje de Castelhum, mas arriba de Puerto Felicidad, las lluvias habian comenzado despues de setenta y cinco dias de seca absoluta que no dejo llanta en las alzaprimas. El haber realizable del obraje consistia en ese momento en siete mil vigas--bastante mas que una fortuna. Pero como las dos toneladas de una viga, mientras no estan en el puerto, no pesan dos escrupulos en caja, Castelhum y Cia. distaban muchisimas leguas de estar contentos.

De Buenos Aires llegaron ordenes de movilizacion inmediata; el encargado del obraje pidio mulas y alzaprimas; le respondieron que con el dinero de la primera jangada a recibir le remitirian las mulas, y el gerente contesto que con esa mulas anticipadas, les mandaria la primer jangada.

No habia modo de entenderse. Castelhum subio hasta el obraje y vio el stock de madera en el campamento, sobre la barranca del Nacanguazu

al norte.

--?Cuanto?--pregunto Castelhum a su encargado.

--Treinticinco mil pesos--repuso este.

Era lo necesario para trasladar las vigas al Parana. Y sin contar la estacion impropia.

Bajo la lluvia que unia en un solo hilo de agua su capa de goma y su caballo, Castelhum considero largo rato el arroyo arremolinado. Senalando luego el torrente con un movimiento del capuchon:

--?Las aguas llegaran a cubrir el salto?--pregunto a su companero.

--Si llueve mucho, si.

--?Tiene todos los hombres en el obraje?

--Hasta este momento; esperaba ordenes tuyas.

--Bien--dijo Castelhum.--Creo que vamos a salir bien. Mister Fernandez: Esta misma tarde refuerce la maroma en la barra, y comience a arrimar todas las vigas aqui a la barranca. El arroyo esta limpio, segun me dijo. Manana de manana bajo a Posadas, y desde entonces, con el primer temporal que venga, eche los palos al arroyo. ?Entiende? Una buena lluvia.

El encargado lo miro abriendo cuanto pudo los ojos.

--La maroma va a ceder antes que lleguen cien vigas.

--Ya se, no importa. Y nos costara muchisimos miles. Volvamos y hablaremos mas largo.

Fernandez se encogio de hombros y silbo a los capataces.

En el resto del dia, sin lluvia pero empapado en calma de agua, los peones tendieron de una orilla a otra en la barra del arroyo, la cadena de vigas, y el tumbaje de palos comenzo en el campamento. Castelhum bajo a Posadas sobre una agua de inundacion que iba corriendo nueve millas, y que al salir del Guayra se habia alzado siete metros la noche anterior.

Tras gran sequia, grandes lluvias. A mediodia comenzo el diluvio, y durante cincuenta y dos horas consecutivas el monte trono de agua. El arroyo, venido a torrente, paso a rugiente avalancha de agua ladrillo. Los peones, calados hasta los huesos, con su flacura en relieve por la

ropa pegada al cuerpo, despenaban las vigas por la barranca. Cada esfuerzo arrancaba un unisono grito de animo, y cuando la monstruosa viga rodaba dando tumbos y se hundia con un canonazo en el agua, todos los peones lanzaban su ia...iju! de triunfo. Y luego, los esfuerzos malgastados en el barro liquido, la zafadura de las palancas, las costaladas bajo la lluvia torrencial. Y la fiebre.

Bruscamente, por fin, el diluvio ceso. En el subito silencio circunstante, se oyo el tronar de la lluvia todavia sobre el bosque inmediato. Mas sordo y mas hondo, el retumbo del Nacanguazu. Algunas gotas, distanciadas y livianas, caian aun del cielo exhausto. Pero el tiempo proseguia cargado, sin el mas ligero soplo. Se respiraba agua, y apenas los peones hubieron descansado un par de horas, la lluvia recomenzo--la lluvia a plomo, maciza y blanca de las crecidas. El trabajo urgia--los sueldos habian subido valientemente--y mientras el temporal siguio, los peones continuaron gritando, cayendose y tumbando bajo el agua fria.

En la barra del Nacanguazu, la barrera flotante contuvo a los primeros palos que llegaron, y resistio arqueada y gimiendo a muchas mas; hasta que al empuje incontrastable de las vigas que llegaban como catapultas contra la maroma, el cable cedio.

* * * * *

Candiyu observaba el rio con su anteojo, considerando que la creciente actual, que alli en San Ignacio habia subido dos metros mas el dia anterior--llevandose por lo demas su chalana--seria mas alla de Posadas, formidable inundacion. Las maderas habian comenzado a descender, pero todas ellas, a juzgar por su alta flotacion, eran cedros o poco menos, y el pescador reservaba prudentemente sus fuerzas.

Esa noche el agua subio un metro aun, y a la tarde siguiente Candiyu tuvo la sorpresa de ver en el extremo de su anteojo una barra, una verdadera jangada de vigas sueltas que doblaban la punta de Itacurubi. Madera de lomo blanquecino, y perfectamente seca.

Alli estaba su lugar. Salto en su guabiroba, y paleo al encuentro de la caza.

Ahora bien, en una creciente del Alto Parana se encuentran muchas cosas antes de llegar a la viga elegida. Arboles enteros, desde luego, arrancados de cuajo y con las raices negras al aire, como pulpos. Vacas y mulas muertas, en compania de buen lote de animales salvajes ahogados, fusilados o con una flecha plantada aun en el vientre. Altos conos de hormigas amontonadas sobre un raigon. Algun tigre, tal vez; camalotes y espuma a discrecion,--sin contar, claro esta, las viboras.

Candiyu esquivo, derivo, tropezo y volco muchas veces mas de las necesarias para llegar a la presa. Al fin la tuvo; un machetazo puso al vivo la veta sanguinea del palo rosa, y recostandose a la viga pudo derivar con ella oblicuamente algun trecho. Pero las ramas, los arboles, pasaban sin cesar arrastrandolo. Cambio de tactica; enlazo su presa, y comenzo entonces la lucha muda y sin tregua, echando silenciosamente el alma a cada palada.

Una viga, derivando con una gran creciente, lleva un impulso suficientemente grande para que tres hombres titubeen antes de atreverse con ella. Pero Candiyu unia a su gran aliento, treinta anos de piraterias en rio bajo o alto, deseando--ademas--ser dueno de un gramofono.

La noche, negra, le deparo incidentes a su plena satisfaccion. El rio, a flor de ojo casi, corria velozmente con untuosidad de aceite. A ambos lados pasaban y pasaban sin cesar sombras densas. Un hombre ahogado tropezo con la guabiroba; Candiyu se inclino y vio que tenia la garganta abierta. Luego visitantes incomodos, viboras al asalto, las mismas que en las crecidas trepan por las ruedas de los vapores hasta los camarotes.

El herculeo trabajo proseguia, la pala temblaba bajo el agua, pero era arrastrado a pesar de todo. Al fin se rindio; cerro mas el angulo de abordaje, y sumo sus ultimas fuerzas para alcanzar el borde de la canal, que rasaba los penascos del Teyucuaré. Durante diez minutos el pescador de vigas, los tendones del cuello duros y los pectorales como piedra, hizo lo que jamas volvera a hacer nadie para salir de la canal en una creciente, con una viga a remolque. La guabiroba se estrello por fin contra las piedras, se tumbo, justamente cuando a Candiyu quedaba la fuerza suficiente--y nada mas,--para sujetar la sogá y desplomarse de boca.

Solamente un mes mas tarde tuvo mister Hall sus tres docenas de tablas, y veinte segundos despues,--ni mas ni menos--entrego a Candiyu el gramofono, incluso veinte discos.

La firma Castelhum y Cia., no obstante la flotilla de lanchas a vapor que lanzo contra las vigas--y esto por bastante mas de treinta dias--perdio muchas. Y si alguna vez Castelhum llega a San Ignacio y visita a mister Hall, admirara sinceramente los muebles del citado contador, hechos de palo rosa.

#LA MIEL SILVESTRE#

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y en consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Ciertamente es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero de todos modos el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha, y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes les buscaban. Estaban bastante atonitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores--iniciados también en Julio Verne--sabían aun andar en dos pies y recordaban el habla.

Acaso, sin embargo, la aventura de los dos robinsones fuera más formal, a haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos, y a tal extremo arrastro a Gabriel Benincasa el orgullo de sus strom-boot.

Benincasa, habiendo concluido sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No que su temperamento fuera ese, pues antes bien era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara uniformemente rosada, en razón de gran bienestar. En consecuencia, lo suficientemente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quien sabe qué fortuita e infernal comida del bosque. Pero así como el soltero que fue siempre juicioso, cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa. Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos strom-boot.

Apenas salido de Corrientes, había calzado sus botas fuertes, pues los yacares de la orilla calentaban ya el paisaje. Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo este que contener el desenfado de su ahijado.

--?A donde vas ahora?--le habia preguntado sorprendido.

--Al monte; quiero recorrerlo un poco--repuso Benincasa, que acababa de colgarse el winchester al hombro.

--iPero infeliz! no vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor, deja esa arma y manana te hare acompanar por un peon.

Benincasa renuncio. No obstante, fue hasta la vera del bosque y se detuvo. Intento vagamente un paso adentro, y quedo quieto. Metiose las manos en los bolsillos, y miro detenidamente aquella inextricable marana, silbando debilmente aires trancos. Despues de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retorno bastante desilusionado.

Al dia siguiente, sin embargo, recorrio la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvio profundamente dormido, Benincasa no deploro el paseo. Las fieras llegarian poco a poco.

Llegaron estas a la segunda noche--aunque de un caracter singular.

Dormia profundamente, cuando fue despertado por su padrino.

--iEh, dormilon! levantate que te van a comer vivo.

Benincasa se sento bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movian de un lado a otro en la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

--?Que hay, que hay?--pregunto, echandose al suelo.

--Nada... cuidado con los pies; la correccion.

Benincasa habia sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos _correccion_. Son pequenas, negras, brillantes, y marchan velozmente en rios mas o menos anchos. Son esencialmente carnivoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: aranas, grillos, alacranes, sapos, viboras, y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminacion absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincon ni agujero profundo donde no se precipite el rio devorador. Los perros aullan, los bueyes mugen, y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roido en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en el lugar uno, dos, hasta cinco dias, segun su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten sin embargo a la creolina o droga similar, y como en el

obraje abundaba aquella, antes de una hora quedo libre de la correccion.

Benincasa se observaba muy de cerca en los pies la placa livida de la mordedura.

--Pican muy fuerte, realmente--dijo sorprendido, levantando la cabeza a su padrino.

Este, para quien la observacion no tenia ya ningun valor, no respondio, felicitandose en cambio de haber contenido a tiempo la invasion. Benincasa reanudo el sueno, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al dia siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues habia concluido por comprender que tal expediente le seria en el monte mucho mas util que el fusil. Ciertamente es que su pulso no era maravilloso y su acierto, mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas, todo en uno.

El monte crepuscular y silencioso lo canso pronto. Dabale la impresion--exacta por lo demas--de un escenario visto de dia. De la bullente vida tropical, no hay mas que el teatro helado; ni un animal, ni un pajaro, ni un ruido casi. Benincasa volvia, cuando un sordo zumbido le llamo la atencion. A diez metros de el, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acerco con cautela, y vio en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamano de un huevo.

--Esto es miel--se dijo el contador publico con intima gula.--Deben de ser bolitas de cera, llenas de miel...

Pero entre el, Benincasa, y las bolsitas, estaban las abejas. Despues de un momento de desencanto, penso en el fuego: levantaria una buena humareda. La suerte quiso que mientras el ladron acercaba cautelosamente la hojarasca humeda, cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogio una en seguida, y oprimiendole el abdomen constato que no tenia aguijon. Su saliva, ya liviana, se clarifico en milifica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendio las bolsitas de cera, y alejandose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto de las abejas, se sento en un raigon. De las doce bolas, siete contenian polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeo golosamente. Sabia distintamente a algo. ¿A que? El contador no pudo precisarlo. Acaso a resina de frutales o de eucalipto. Y por igual motivo, tenia la densa

miel un vago dejo aspero. ¡Mas que perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que solo cinco bolsitas le serian utiles, comenzo. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, despues de haber permanecido medio minuto con la boca inutilmente abierta. Entonces la miel asomo, adelgazandose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron asi dentro de la boca de Benincasa. Fue inutil que prolongara la suspension y mucho mas que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entretanto, la sostenida posicion de la cabeza en alto lo habia mareado un poco. Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa considero de nuevo el monte crepuscular. Los arboles y el suelo tomaban posturas por demas oblicuas, y su cabeza acompanaba el vaiven del paisaje.

--Que curioso mareo...--penso el contador--y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se habia visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. ¡Sentia su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

--¡Es muy raro, muy raro, muy raro!--se repitio estupidamente Benincasa, sin escrudinar sin embargo el motivo de esa rareza.--Como si tuviera hormigas... la correccion--concluyo.

Y de pronto la respiracion se le corto en seco, de espanto.

--¡Debe de ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizo el cabello de terror; no habia podido ni aun moverse. Ahora la sensacion de plomo y el hormigueo subian hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir alli, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibio todo medio de defensa.

--¡Voy a morir ahora!... ¡De aqui a un rato voy a morir!... ¡Ya no puedo mover la mano!...

En su panico constato sin embargo que no tenia fiebre ni ardor de garganta, y el corazon y pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambio de forma.

--¡Estoy paralitico, es la paralisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una invencible somnolencia comenzaba a apoderarse de el, dejandole integras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. Creyo asi notar que el suelo oscilante se volvia negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subio a su memoria el recuerdo de la correccion, y en su pensamiento se fijo como una suprema angustia, la posibilidad de que eso negro que invadia el suelo...

Tuvo aun fuerzas para arrancarse a ese ultimo espanto, y de pronto lanzo un grito, un verdadero alarido en que la voz del hombre recobra la tonalidad del nino aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado rio de hormigas negras. Alrededor de el la correccion devoradora oscurecia el suelo, y el contador sintio por bajo el calzoncillo, el rio de hormigas carnivoras que subian.

* * * * *

Su padrino hallo por fin dos dias despues, sin la menor particula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa. La correccion que merodeaba aun por alli, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es comun que la miel silvestre tenga esas propiedades narcoticas o paralizantes, pero se la halla. Las flores con igual caracter abundan en el tropico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoria de los casos su condicion--tal el dejo a resina de eucalipto que creyo sentir Benincasa.

#NUESTRO PRIMER CIGARRO#

Ninguna epoca de mayor alegria que la que nos proporciono a Maria y a mi, nuestra tia con su muerte.

Ines volvia de Buenos Aires, donde habia pasado tres meses. Esa noche, cuando nos acostabamos, oimos que Ines decia a mama:

--¡Que extrano!... Tengo las cejas hinchadas.

Mama examino seguramente las cejas de tia, pues despues de un rato contesto:

--Es cierto... ?No sientes nada?

--No... sueno.

Al dia siguiente, hacia las dos de la tarde, notamos de pronto fuerte agitacion en casa, puertas que se abrian y no se cerraban, dialogos cortados de exclamaciones, y semblantes asustados. Ines tenia viruela, y de cierta especie hemorragica que vivia en Buenos Aires.

Desde luego, a mi hermana y a mi nos entusiasmo el drama. Las criaturas tienen casi siempre la desgracia de que las grandes cosas no pasen en su casa. Esta vez nuestra tia--icasualmente nuestra tia!--ienferma de viruela! Yo, chico feliz, contaba ya en mi orgullo la amistad de un agente de policia, y el contacto con un payaso que saltando las gradas habia tomado asiento a mi lado. Pero ahora el gran acontecimiento pasaba en nuestra propia casa; y al comunicarlo al primer chico que se detuvo en la puerta de calle a mirar, habia ya en mis ojos la vanidad con que una criatura de riguroso luto pasa por primera vez ante sus vecinillos atonitos y envidiosos.

Esa misma tarde salimos de casa, instalandonos en la unica que pudimos hallar con tanta premura, una vieja quinta de los alrededores. Una hermana de mama, que habia tenido viruela en su ninez, quedo al lado de Ines.

Seguramente en los primeros dias mama paso crueles angustias por sus hijos que habian besado a la virolenta. Pero en cambio nosotros, convertidos en furiosos Robinsones, no teniamos tiempo para acordarnos de nuestra tia. Hacia mucho tiempo que la quinta dormia en su sombrío y humedo sosiego. Naranjos blanquecinos de diaspis; duraznos rajados en la horqueta; membrillos con aspecto de mimbres; higueras rastreantes a fuerza de abandono, aquello daba, en su tupida hojarasca que ahogaba los pasos, fuerte sensacion de paraíso.

Nosotros no eramos precisamente Adan y Eva; pero si heroicos Robinsones, arrastrados a nuestro destino por una gran desgracia de familia: la muerte de nuestra tia, acaecida cuatro dias despues de comenzar nuestra exploracion.

Pasabamos el dia entero huroneando por la quinta bien que las higueras, demasiado tupidas al pie, nos inquietaran un poco. El pozo tambien suscitaba nuestras preocupaciones geograficas. Era este un viejo pozo inconcluso, cuyos trabajos se habian detenido a los catorce metros sobre el fondo de piedra, y que desaparecia ahora entre los

culantrillos y doradillas de sus paredes. Era, sin embargo, menester explorarlo, y por vía de avanzada logramos con infinitos esfuerzos llevar hasta su borde una gran piedra. Como el pozo quedaba oculto tras un macizo de canas, nos fue permitida esta maniobra sin que mama se enterase. No obstante, Maria, cuya inspiración poética primo siempre en nuestras empresas, obtuvo que aplazáramos el fenómeno hasta que una gran lluvia, llenando el pozo, nos proporcionara satisfacción artística, a la par que científica.

Pero lo que sobre todo atrajo nuestros asaltos diarios fue el canaveral. Tardamos dos semanas enteras en explorar como era debido aquel diluviano enredo de varas verdes, varas secas, varas verticales, varas dobladas, atravesadas, rotas hacia tierra. Las hojas secas, detenidas en su caída, entretejían el macizo, que llenaba el aire de polvo y briznas al menor contacto.

Aclaramos el secreto, sin embargo; y sentados con mi hermana en la sombría guarida de algún rincón, bien juntos y mudos en la semioscuridad, gozamos horas enteras el orgullo de no sentir miedo.

Fue allí donde una tarde, avengonzados de nuestra poca iniciativa, inventamos fumar. Mama era viuda; con nosotros vivían habitualmente dos hermanas suyas, y en aquellos momentos un hermano, precisamente el que había venido con Inés de Buenos Aires.

Este nuestro tío de veinte años, muy elegante y presumido, habíase atribuido sobre nosotros dos cierta potestad que mama, con el disgusto actual y su falta de carácter, fomentaba.

Maria y yo, por de pronto, profesábamos cordialísima antipatía al padrastrillo.

--Te aseguro--decía él a mama, señalándonos con el mentón--que desearía vivir siempre contigo para vigilar a tus hijos. Te van a dar mucho trabajo.

--¡Dejalos!--respondía mama cansada.

Nosotros no decíamos nada; pero nos mirábamos por encima del plato de sopa.

A este severo personaje, pues, habíamos robado un paquete de cigarrillos; y aunque nos tentaba iniciarnos subitamente en la viril virtud, esperamos el artefacto. Este consistía en una pipa que yo había fabricado con un trozo de cana, por depósito; una varilla de cortina, por boquilla; y por cemento, masilla de un vidrio recién colocado. La pipa era perfecta: grande, liviana y de varios colores.

En nuestra madriguera del canaveral cargamosla Maria y yo con religiosa y firme unción. Cinco cigarrillos dejaron su tabaco adentro; y sentandonos entonces con las rodillas altas, encendi la pipa y aspire. Maria, que devoraba mi acto con los ojos, noto que los míos se cubrían de lagrimas: jamas se ha visto ni vera cosa, mas abominable. Degluti, sin embargo, valerosamente la nauseosa saliva.

--?Rico?--me pregunto Maria ansiosa, tendiendo la mano.

--Rico--le conteste pasandole la horrible maquina.

Maria chupo, y con mas fuerza aun. Yo, que la observaba atentamente, note a mi vez sus lagrimas y el movimiento simultaneo de labios, lengua y garganta, rechazando aquello. Su valor fue mayor que el mio.

--Es rico--dijo con los ojos llorosos y haciendo casi un puchero. Y se llevo heroicamente otra vez a la boca la varilla de bronce.

Era inminente salvarla. El orgullo, solo el, la precipitaba de nuevo a aquel infernal humo con gusto a sal de Chantaud, el mismo orgullo que me habia hecho alabarle la nausebunda fogata.

--iPsht!--dije bruscamente, prestando oído;--me parece el gargantilla del otro día... debe de tener nido aquí...

Maria se incorporo, dejando la pipa de lado; y con el oído atento y los ojos escrudnantes, nos alejamos de allí, ansiosos aparentemente de ver al animalito, pero en verdad asidos como moribundos a aquel honorable pretexto de mi invención, para retirarnos prudentemente del tabaco, sin que nuestro orgullo sufriera.

Un mes mas tarde volvi a la pipa de cana, pero entonces con muy distinto resultado.

Por alguna que otra travesura nuestra, el padrastrillo habianos ya levantado la voz mucho mas duramente de lo que podiamos permitirle mi hermana y yo. Nos quejamos a mama.

--iBah!, no hagan caso--nos respondio, sin oírnos casi;--el es así.

--iEs que nos va a pegar un día!--gimoteo Maria.

--Si ustedes no le dan motivos, no. ¿Que le han hecho?--anadio dirigiendose a mi.

--Nada, mama... Pero yo no quiero que me toque!--objete a mi vez.

En este momento entro nuestro tío.

--¡Ah! aquí esta el buena pieza de tu Eduardo... ¡Te va a sacar canas este hijo, ya veras!

--Se quejan de que quieres pegarles.

--¿Yo?--exclamo el padrastrillo midiendome.--No lo he pensado aun. Pero en cuanto me faltes al respeto...

--Y haras bien--asintio mama.

--¡Yo no quiero que me toque!--repeti enfurrunado y rojo.--¡El no es papa!

--Pero a falta de tu pobre padre, es tu tio. ¡En fin, dejenme tranquila!--concluyo apartandonos.

Solos en el patio, Maria y yo nos miramos con altivo fuego en los ojos.

--¡Nadie me va a pegar a mi!--asente.

--¡No... ni a mi tampoco!--apoyo ella, por la cuenta que le iba.

--¡Es un zonzo!

Y la inspiracion vino bruscamente, y como siempre, a mi hermana, con furibunda risa y marcha triunfal:

--¡Tio Alfonso... es un zonzo! ¡Tio Alfonso... es un zonzo!

Cuando un rato despues tropece con el padrastrillo, me parecio, por su mirada, que nos habia oido. Pero ya habiamos planteado la historia del Cigarro Pateador, epiteto este a la mayor gloria de la mula Maud.

El cigarro pateador consistio, en sus lineas elementales, en un cohete que rodeado de papel de fumar, fue colocado en el atado de cigarrillos que tio Alfonso tenia siempre en su velador, usando de ellos a la siesta.

Un extremo habia sido cortado a fin de que el cigarro no afectara excesivamente al fumador. Con el violento chorro de chispas habia bastante, y en su total, todo el exito estribaba en que nuestro tio, adormilado, no se diera cuenta de la singular rigidez de su cigarrillo.

Las cosas se precipitan a veces de tal modo, que no hay tiempo ni aliento para contarlas. Solo se que una siesta el padrastrillo salio

como una bomba de su cuarto, encontrando a mama en el comedor.

--¡Ah, estas aca! ¿Sabes lo que han hecho? ¡Te juro que esta vez se van a acordar de mi!

--¡Alfonso!

--¿Que? ¡No faltaba mas que tu tambien!... ¡Si no sabes educar a tus hijos, yo lo voy a hacer!

Al oir la voz furiosa del tio, yo, que me ocupaba inocentemente con mi hermana en hacer rayitas en el brocal del aljibe, evolucione hasta entrar por la segunda puerta en el comedor, y colocarme detras de mama. El padrastrillo me vio entonces y se lanzo sobre mi.

--¡Yo no hice nada!--grite.

--¡Esperate!--rugio mi tio, corriendo tras de mi alrededor de la mesa.

--¡Alfonso, dejalo!

--¡Despues te lo dejare!

--¡Yo no quiero que me toque!

--¡Vamos, Alfonso! ¡Pareces una criatura!

Esto era lo ultimo que se podia decir al padrastrillo. Lanzo un juramento y sus piernas en mi persecucion con tal velocidad, que estuvo a punto de alcanzarme. Pero en ese instante salia yo como de una honda por la puerta abierta, y disparaba hacia la quinta, con mi tio detras.

En cinco segundos pasamos como una exhalacion por los durazneros, los naranjos y los perales, y fue en este momento cuando la idea del pozo, y su piedra, surgio terriblemente nitida.

--¡No quiero que me toque!--grite aun.

--¡Esperate!

En ese instante llegamos al canaveral.

--¡Me voy a tirar al pozo!--aulle para que mama me oyera.

--¡Yo soy el que te voy a tirar!

Bruscamente desapareci a sus ojos tras las canas; corriendo siempre,

di un empujon a la piedra exploradora que esperaba una lluvia, y salte de costado, hundiendome bajo la hojarasca.

Tio desemboco en seguida, a tiempo que dejando de verme, sentia alla en el fondo del pozo el abominable zumbido de un cuerpo que se aplastaba.

El padrastrillo se detuvo, totalmente livido; volvio a todas partes sus ojos dilatados, y se aproximó al pozo. Trato de mirar adentro, pero los culantrillos se lo impidieron. Entonces parecio reflexionar, y despues de una atenta mirada al pozo y sus alrededores, comenzo a buscarme.

Como desgraciadamente para el caso, hacia poco tiempo que el tio Alfonso cesara a su vez de esconderse para evitar los cuerpo a cuerpo con sus padres, conservaba aun muy frescas las estrategias subsecuentes, e hizo por mi persona cuanto era posible hacer para hallarme.

Descubrio en seguida mi cubil, volviendo pertinazmente a el con admirable olfato; pero fuera de que la hojarasca diluviana me ocultaba del todo, el ruido de mi cuerpo estrellandose obsediaba a mi tio, que no buscaba bien, en consecuencia.

Fue pues resuelto que yo yacia aplastado en el fondo del pozo, dando entonces principio a lo que llamariamos mi venganza postuma. El caso era bien claro: ¿con que cara mi tio contaria a mama que yo me habia suicidado para evitar que el me pegara?

Pasaron diez minutos.

--¡Alfonso!--sono de pronto la voz de mama en el patio.

--¿Mercedes?--respondio aquel tras una brusca sacudida.

Seguramente mama presintio algo, porque su voz sono de nuevo, alterada.

--¿Y Eduardo? ¿Donde esta?--agrego avanzando.

--¡Aqui, conmigo!--contesto riendo.--Ya hemos hecho las paces.

Como de lejos mama no podia ver su palidez ni la ridicula mueca que el pretendia ser beatifica sonrisa, todo fue bien.

--¿No le pegaste, no?--insistio aun mama.

--No. ¡Si fue una broma!

Mama entro de nuevo. ¡Broma! Broma comenzaba a ser la mía para el padrastrillo.

Celia, mi tía mayor, que había concluido de dormir la siesta, cruzo el patio y Alfonso la llamo en silencio con la mano. Momentos después Celia lanzaba un ¡oh! ahogado, llevándose las manos a la cabeza.

--¡Pero, como! ¡Que horror! ¡Pobre, pobre Mercedes! ¡Que golpe!

Era menester resolver algo antes que Mercedes se enterara. ¿Sacarme, con vida aun?... El pozo tenía catorce metros sobre piedra viva. Tal vez, quien sabe... Pero para ello sería preciso traer sogas, hombres; y Mercedes...

--¡Pobre, pobre madre!--repetía mi tía.

Justo es decir que para mí, el pequeño héroe, mártir de su dignidad corporal, no hubo una sola lágrima. Mama acaparaba todos los entusiasmos de aquel dolor, sacrificándole ellos la remota probabilidad de vida que yo pudiera aun conservar allá abajo. Lo cual, hiriendo mi doble vanidad de muerto y de vivo, avivó mi sed de venganza.

Media hora después mamá volvió a preguntar por mí, respondiéndole Celia con tan pobre diplomacia, que mamá tuvo en seguida la seguridad de una catástrofe.

--¡Eduardo, mi hijo!--clamó arrancándose de las manos de su hermana que pretendía sujetarla, y precipitándose a la quinta.

--¡Mercedes! ¡Te juro que no! ¡Ha salido!

--¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡Alfonso!

Alfonso corrió a su encuentro, deteniéndola al ver que se dirigía al pozo. Mama no pensaba en nada concreto; pero al ver el gesto horrorizado de su hermano, recordo entonces mi exclamación de una hora antes, y lancé un espantoso alarido.

--¡Ay! ¡Mi hijo! ¡Se ha matado! ¡Déjame, déjenme! ¡Mi hijo, Alfonso!
¡Me lo has muerto!

Se llevaron a mamá sin sentido. No me había conmovido en lo más mínimo la desesperación de mamá, puesto que yo--motivo de aquella--estaba en verdad vivo y bien vivo, jugando simplemente en mis ocho años con la emoción, a manera de los grandes que usan de las sorpresas semi-trágicas: ¡el gusto que va a tener cuando me vea!

Entretanto, gozaba yo intimo deleite con el fracaso del padrastrillo.

--iHum!... iPegarme!--rezongaba yo, aun bajo la hojarasca.
Levantandome entonces con cautela, senteme en cucullas en mi cubil y
recogi la famosa pipa bien guardada entre el follaje. Aquel era el
momento de dedicar toda mi seriedad a agotar la pipa.

El humo de aquel tabaco humedecido, seco, vuelto a humedecer y resecar
infinitas veces, tenia en aquel momento un gusto a cumbari, solucion
Coirre y sulfato de soda, mucho mas ventajoso que la primera vez.
Emprendi, sin embargo, la tarea que sabia dura, con el ceno contraido
y los dientes crispados sobre la boquilla.

Fume, quiero creer que cuarta pipa. Solo recuerdo que al final el
canaveral se puso completamente azul y comenzo a danzar a dos dedos de
mis ojos. Dos o tres martillos de cada lado de la cabeza comenzaron a
destrozarme las sienes, mientras el estomago, instalado en plena boca,
aspiraba el mismo directamente las ultimas bocanadas de humo.

* * * * *

Volvi en mi cuando me llevaban en brazos a casa. A pesar de lo
horriblemente enfermo que me encontraba, tuve el tacto de continuar
dormido, por lo que pudiera pasar. Senti los brazos delirantes de mama
sacudiendome.

--iMi hijo querido! iEduardo, mi hijo! iAh, Alfonso, nunca te
perdonare el dolor que me has causado!

--iPero, vamos!--deciale mi tia mayor--ino seas loca, Mercedes! iYa
ves que no tiene nada!

--iAh!--repuso mama llevandose las manos al corazon en un inmenso
suspiro.--iSi, ya paso!... Pero dime, Alfonso, ?como pudo no haberse
hecho nada? iEse pozo, Dios mio!...

El padrastrillo, quebrantado a su vez, hablo vagamente de
desmoronamiento, tierra blanda, prefiriendo para un momento de mayor
calma la solucion verdadera, mientras la pobre mama no se percataba de
la horrible infeccion de tabaco que exhalaba su suicida.

Abri al fin los ojos, me sonrei y volvi a dormirme, esta vez honrada y
profundamente.

Tarde ya, el tio Alfonso me despierto.

--?Que merecerias que te hiciera?--me dijo con sibilante rencor.--iLo

que es mañana, le cuento todo a tu madre, y ya veras lo que son gracias!

Yo veia aun bastante mal, las cosas bailaban un poco, y el estomago continuaba todavia adherido a la garganta. Sin embargo, le respondi:

--iSi le cuentas algo a mama, lo que es esta vez te juro que me tiro!

?Los ojos de un joven suicida que fumo heroicamente su pipa, expresan acaso desesperado valor?

Es posible. De todos modos, el padrastrillo, despues de mirarme fijamente, se encogio de hombros, levantando hasta mi cuello la sabana un poco caida.

--Me parece que mejor haria en ser amigo de este microbio--murmuro.

--Creo lo mismo--le respondi.

Y me dormi.

#LA MENINGITIS Y SU SOMBRA#

No vuelvo de mi sorpresa. ?Que diablos quieren decir la carta de Funes, y luego la charla del medico? Confieso no entender una palabra de todo esto.

He aqui las cosas. Hace cuatro horas, a las 7 de la mañana, recibo una tarjeta de Funes, que dice asi:

_Estimado amigo:

Si no tiene inconveniente, le ruego que pase esta noche por casa. Si tengo tiempo ire a verlo antes. Muy suyo

Luis Maria Funes_.

Aquí ha comenzado mi sorpresa. No se invita a nadie, que yo sepa, a las siete de la mañana para una presunta conversación en la noche, sin un motivo serio. ¿Que me puede querer Funes? Mi amistad con él es bastante vaga, y en cuanto a su casa, he estado allí una sola vez. Por cierto que tiene dos hermanas bastante monas.

Así, pues, he quedado intrigado. Esto en cuanto a Funes. Y he aquí que una hora después, en el momento en que salía de casa, llega el doctor Ayestarain, otro sujeto de quien he sido condiscípulo en el colegio nacional, y con quien tengo en suma la misma relación a lo lejos que con Funes.

Y el hombre me habla de a, b y c, para concluir:

--Veamos, Duran: Vd. comprende de sobra que no he venido a verlo a esta hora para hablarle de pavadas; ¿no es cierto?

--Me parece que sí--no pude menos que responderle.

--Es claro. Así, pues, me va a permitir una pregunta, una sola. Todo lo que tenga de indiscreta, se lo explicare en seguida. ¿Me permite?

--Todo lo que quiera--le respondí francamente, aunque poniéndome al mismo tiempo en guardia.

Ayestarain me miró entonces sonriendo, como se sonríen los hombres entre ellos, y me hizo esta pregunta disparatada:

--¿Que clase de inclinación siente Vd. hacia María Elvira Funes?

¡Ah, ah! ¡Por aquí andaba la cosa, entonces! ¡María Elvira Funes, hermana de Luis María Funes, todos en María! ¡Pero si apenas conocía a esa persona! Nada extraño, pues, que mirara al médico como quien mira a un loco.

--¿María Elvira Funes?--repetí.--Ningún grado ni ninguna inclinación. La conozco apenas. Y ahora...

--No, permítame--me interrumpió.--Le aseguro que es una cosa bastante seria... ¿Me podría dar palabra de compañero de que no hay nada entre Vds. dos?

--¡Pero esta loco!--le dije al fin.--¡Nada, absolutamente nada! Apenas la conozco, vuelvo a repetirle, y no creo que ella se acuerde de haberme visto jamás. He hablado un minuto con ella, ponga dos, tres, en su propia casa, y nada más. No tengo, por lo tanto, le repito por décima vez, inclinación particular hacia ella.

--Es raro, profundamente raro...--murmuro el hombre, mirandome fijamente.

Comenzaba ya a serme pesado el galeno, por eminente que fuese--y lo era,--pisando un terreno con el que nada tenian que ver sus aspirinas.

--Creo que tengo ahora el derecho...

Pero me interrumpio de nuevo:

--Si, tiene derecho de sobra... ?Quiere esperar hasta esta noche? Con dos palabras podra comprender que el asunto es de todo, menos de broma... La persona de quien hablamos esta gravemente enferma, casi a la muerte... ?Entiende algo?--concluyo mirandome bien a los ojos.

Yo hice lo mismo con el durante un rato.

--Ni una palabra--le conteste.

--Ni yo tampoco--apoyo encogiendose de hombros.--Por eso le he dicho que el asunto es bien serio... Por fin esta noche sabremos algo. ?Ira alla? Es indispensable.

--Ire--le dije, encogiendome a mi vez de hombros.

Y he aqui por que he pasado todo el dia preguntandome como un idiota que relacion puede existir entre la enfermedad gravisima de una hermana de Funes, que apenas me conoce, y yo, que la conozco apenas.

* * * * *

Vengo de lo de Funes. Es la cosa mas extraordinaria que haya visto en mi vida. Metempsicosis, espiritismos, telepatias y demas absurdos del mundo interior, no son nada en comparacion de este mi propio absurdo en que me veo envuelto. Es un pequeno asunto para volverse loco. Vease:

Fui a lo de Funes. Luis Maria me llevo al escritorio. Hablamos un rato, esforzandonos como dos zonzos, puesto que comprendiendolo asi evitabamos mirarnos, en charlar de bueyes perdidos. Por fin entro Ayestarain, y Luis Maria salio, dejandome sobre la mesa el paquete de cigarrillos, pues se me habian concluido. Mi ex condiscipulo me conto entonces lo que en resumen es esto:

Cuatro o cinco noches antes, al concluir un recibo en su propia casa, Maria Elvira se habia sentido mal--cuestion de un bano demasiado frio esa tarde, segun opinion de la madre. Lo cierto es que habia pasado la noche fatigada, y con buen dolor de cabeza. A la manana siguiente,

mayor quebranto, fiebre; y a la noche, una meningitis, con todo su cortejo. El delirio, sobre todo, franco y prolongado a mas no pedir. Concomitantemente, una ansiedad angustiosa, imposible de calmar. Las proyecciones psicologicas del delirio, por decirlo asi, se erigieron y giraron desde la primera noche alrededor de un solo asunto, uno solo, pero que absorbe su vida entera. Es una obsesion--prosiguio Ayestarain,--una sencilla obsesion a 42 deg.. Tiene constantemente fijos los ojos en la puerta, pero no llama a nadie. Su estado nervioso se resiente de esa muda ansiedad que la esta matando, y desde ayer hemos pensado con mis colegas en calmar eso... No puede seguir asi. ?Y sabe Vd.--concluyo--a quien nombra cuando el sopor la aplasta?

--No se...--le respondi, sintiendo que mi corazon cambiaba bruscamente de ritmo.

--A Vd.--me dijo, pidiendome fuego.

Quedamos, bien se comprende, un rato mudos.

--?No entiende todavia?--dijo al fin.

--Ni una palabra...--murmure aturdido, tan aturdido, como puede estarlo un adolescente que a la salida del teatro ve a la primera gran actriz que desde la penumbra del coche mantiene abierta hacia el la portezuela... Pero yo tenia ya casi treinta anos, y pregunte al medico que explicacion razonable se podia dar de eso.

--?Explicacion? Ninguna. Ni la mas minima. ?Que quiere Vd. que se sepa de eso? Ah, bueno... Si quiere una a toda costa, supongase que en una tierra hay un millon, dos millones de semillas distintas, como en cualquier parte. Viene un terremoto, remueve como un demonio eso, tritura el resto, y brota una semilla, una cualquiera, de arriba o del fondo, lo mismo da. Una planta magnifica... ?Le basta eso? No podria decirle una palabra mas. ?Por que Vd., precisamente, que apenas la conoce, y a quien la enferma no conoce tampoco mas, ha sido en su cerebro delirante la semilla privilegiada? ?Que quiere que se sepa de esto?

--Sin duda...--repuso a su mirada siempre interrogante, sintiendome al mismo tiempo bastante enfriado al verme convertido en sujeto gratuito de divagacion cerebral, primero, y en agente terapeutico, despues.

En ese momento entro Luis Maria.

--Mama lo llama--dijo al medico. Y volviendose a mi, con una sonrisa forzada:

--?Lo entero Ayestarain de lo que pasa?... Seria cosa de volverse loco

con otra persona...

Esto de _otra persona_ merece una explicacion. Los Funes, y en particular la familia de que comenzaba a formar tan ridicula parte, tienen un fuerte orgullo; por motivos de abolengo, supongo, y por su fortuna, que me parece lo mas cierto. Siendo asi, se daban por pasablemente satisfechos con que las fantasias amorosas del hermoso retono se hubieran detenido en mi, Carlos Duran, ingeniero, en vez de mariposear sobre un sujeto cualquiera de insuficiente posicion social. Asi, pues, agradeci en mi fuero interno el distingo de que me hacia honor el joven patricio.

--Es extraordinario...--recomenzo Luis Maria, haciendo correr con disgusto los fosforos sobre la mesa. Y un momento despues, con una nueva sonrisa forzada:

--?No tendria inconveniente en acompanarnos un rato? ?Ya sabe, no? Creo que vuelve Ayestarain.

En efecto, este entraba.

--Empieza otra vez...--sacudio la cabeza, mirando unicamente a Luis Maria. Luis Maria se dirigio entonces a mi con la tercera sonrisa forzada de esa noche:

--?Quiere que vayamos?

--Con mucho gusto--le dije. Y fuimos.

Entro el medico sin hacer ruido, entro Luis Maria, y por fin entre yo, todos con cierto intervalo. Lo que primero me choco, aunque debia haberlo esperado, fue la penumbra del dormitorio. La madre y la hermana, de pie, me miraron fijamente, respondiendo con una corta inclinacion de cabeza a la mia, pues crei no deber pasar de alli. Ambas me parecieron mucho mas altas. Mire la cama, y vi, bajo la bolsa de hielo, dos ojos abiertos vueltos a mi. Mire al medico, titubeando, pero este me hizo una imperceptible sena con los ojos, y me acerque a la cama.

Yo tengo alguna idea, como todo hombre, de lo que son dos ojos que nos aman, cuando uno se va acercando mucho a ellos. Pero la luz de aquellos ojos, la felicidad en que se iban anegando mientras me acercaba, el mareado relampagueo de dicha, hasta el estrabismo, cuando me incline sobre ellos, jamas en un amor normal a 37 deg. los volvere a hallar.

Balbuceo algunas palabras, pero con tanta dificultad de sus labios resecos, que nada oi. Creo que me sonrei como un estúpido (ique iba a

hacer, quiero que me digan!), y ella tendio entonces su brazo hacia mi. Su intencion era tan inequivoca que le tome la mano,

--Sientese ahi--murmuro.

Luis Maria corrio el sillon hacia la cama y me sente.

Vease ahora si ha sido dado a persona alguna una situacion mas extrana y disparatada:

Yo, en primer termino, puesto que era el heroe, teniendo en la mia una mano ardida en fiebre y en un amor totalmente equivocado. En el lado opuesto, de pie, el medico. A los pies de la cama, sentado, Luis Maria. Apoyadas en el respaldo, en el fondo, la madre y la hermana. Y todos sin hablar, mirandonos con el ceno fruncido.

?Que iba a hacer? ?Que iba a decir? Preciso es que piensen un momento en esto. La enferma, por su parte, arrancaba a veces sus ojos de los mios, y recorria con dura inquietud los rostros presentes uno tras otro, sin reconocerlos, para dejar caer otra vez su mirada sobre mi, confiada en profunda felicidad.

?Que tiempo estuvimos asi? No se; acaso media hora, acaso mucho mas. Un momento intente retirar la mano, pero la enferma la oprimio mas entre la suya.

--Todavia no...--murmuro, tratando de hallar mas comoda postura a su cabeza. Todos acudieron, se estiraron las sabanas, se renovo el hielo, y otra vez los ojos se fijaron en inmovil dicha. Pero de vez en cuando tornaban a apartarse inquietos y recorrian las caras desconocidas. Dos o tres veces mire exclusivamente al medico; pero este bajo las pestanas, indicandome que esperara. Y tuvo razon, al fin, porque de pronto, bruscamente, como un derrumbe de sueno, la enferma cerro los ojos y se durmio.

Salimos todos, menos la hermana, que ocupo mi lugar en el sillon. No era facil decir algo--yo al menos. La madre por fin se dirigio a mi con una triste y seca sonrisa:

--Que cosa mas horrible, ?no? iDa pena!

iHorrible, horrible! No era la enfermedad, sino la situacion lo que les parecia horrible. Estaba visto que todas las galanterias iban a ser para mi en aquella casa. Primero el hermanito, luego la madre. Ayestarain, que nos habia dejado un instante, salio muy satisfecho del estado de la enferma; descansaba con una placidez desconocida aun. La madre miro a otro lado, y yo mire al medico: podia irme, claro que si, y me despedi.

* * * * *

He dormido mal, lleno de sueños que nada tienen que ver con mi habitual vida. Y la culpa de ello está en la familia Funes, con Luis María, madre, hermanas, médicos y parientes colaterales. Porque si se concreta bien la situación, ella da lo siguiente:

Hay una joven de diez y nueve años, muy bella sin duda alguna, que apenas me conoce y a quien le soy profunda y totalmente indiferente. Esto en cuanto a María Elvira. Hay, por otro lado, un sujeto joven también--ingeniero, si se quiere--que no recuerda haber pensado dos veces seguidas en la joven en cuestión. Todo esto es razonable, inteligible y normal.

Pero he aquí que la joven hermosa se enferma, de meningitis o cosa por el estilo, y en el delirio de la fiebre, única y exclusivamente en el delirio, se siente abrasada de amor. ¿Por un primo, un hermano de sus amigos, un joven mundano que ella conoce bien? No señor; por mí.

¿Es esto bastante idiota? Tomo, pues, una determinación, que hare conocer al primero de esa bendita casa que llegue a mi puerta.

* * * * *

Si, es claro. Como lo esperaba, Ayestarain estuvo este mediodía a verme. No pude menos que preguntarle por la enferma, y su meningitis.

--¿Meningitis?--me dijo--¡Sabe Dios lo que es! Al principio parecía, y anoche también... Hoy ya no tenemos idea de lo que será.

--Pero, en fin--objeto,--siempre una enfermedad cerebral...

--Y medular, claro está... Con unas lesioncillas quien sabe donde... ¿Vd. entiende algo de medicina?

--Muy vagamente...

--Bueno; hay una fiebre remitente, que no sabemos de donde sale... Era un caso para marchar a todo escape a la muerte... Ahora hay remisiones--tac--tac--tac, justas como un reloj...

--Pero el delirio--insisti--¿existe siempre?

--¡Ya lo creo! Hay de todo allí... Y a propósito, esta noche lo esperamos.

Ahora me había llegado el turno de hacer medicina a mi modo. Le dije

que mi propia sustancia habia cumplido ya su papel curativo la noche anterior, y que no pensaba ir mas.

Ayestarain me miro fijamente:

--?Por que? ?Que le pasa?

--Nada, sino que no creo sinceramente ser necesario alla... Digame: ?Vd. tiene idea de lo que es estar en una posicion humillantemente ridicula; si o no?

--No se trata de eso...

--Si, se trata de eso, de desempenar un papel estúpido... ¡Curioso que no comprenda!

--Comprendo de sobra... Pero me parece algo asi como...--no se ofenda--cuestion de amor propio.

--Muy lindo!--salte--¡Amor propio! ¡Y no se les ocurre otra cosa! ¡Les parece cuestion de amor propio ir a sentarse como un idiota para que me tomen la mano la noche entera ante toda la parentela con el ceno fruncido! Si a Vds. les parece una simple cuestion de amor propio, arreglense entre Vds. Yo tengo otras cosas que hacer.

Ayestarain comprendio al parecer la parte de verdad que habia en lo anterior, porque no insistio, y hasta que se fue no volvimos a hablar de aquello.

Todo esto esta bien. Lo que no lo esta tanto es que hace diez minutos acabo de recibir una esquelita del medico, asi concebida:

_Amigo Duran:

Con todo su bagaje de rencores, nos es indispensable esta noche. Supongase una vez mas que Vd. hace de cloral, bromal, el hipnotico que menos le irrite los nervios, y vengase_.

Dije un momento antes que lo malo era la precedente carta. Y tengo razon, porque desde esta manana no espero sino esa carta...

* * * * *

Durante siete noches consecutivas--de once a una de la manana, momento en que remitia la fiebre, y con ella el delirio--he permanecido al lado de Maria Elvira Funes, tan cerca como pueden estarlo dos amantes.

Me ha tendido a veces su mano como la primera noche, y otras se ha preocupado de deletrear mi nombre, mirandome. Se a ciencia cierta, pues, que me ama profundamente en ese estado, no ignorando tampoco que en sus momentos de lucidez no tiene la menor preocupacion por mi existencia, presente o futura. Esto crea asi un caso de sicologia singular de que un novelista podria sacar algun partido. Por lo que a mi se refiere, se decir que esta doble vida sentimental me ha tocado fuertemente el corazon. El caso es este: Maria Elvira, si es que acaso no lo he dicho, tiene los ojos mas admirables del mundo. Esta bien que la primera noche yo no viera en su mirada sino el reflejo de mi propia ridiculez de remedio innocuo. La segunda noche senti menos mi insuficiencia real. La tercera vez no me costo esfuerzo alguno sentirme el ente dichoso que simulaba ser, y desde entonces vivo y sueño ese amor con que la fiebre enlaza su cabeza a la mia.

?Que hacer? Bien se que todo esto es transitorio, que de dia ella no sabe quien soy, y que yo mismo acaso no la ame cuando la vea de pie. Pero los sueños de amor, aunque sean de dos horas y a 40 deg., se pagan en el dia, y mucho me temo que si hay una persona en el mundo a la cual este expuesto a amar a plena luz, ella no sea mi vano amor nocturno... Amo, pues, una sombra, y pienso con angustia en el dia en que Ayestarain considere a su enferma fuera de peligro, y no precise mas de mi.

Crueldad esta que apreciaran en toda su calida simpatia, los hombres que estan enamorados--de una sombra o no.

* * * * *

Ayestarain acaba de salir. Me ha dicho que la enferma sigue mejor, y que mucho se equivoca, o me vere uno de estos dias libre de la presencia de Maria Elvira.

--Si, companero--me dice. Libre de veladas ridiculas, de amores cerebrales, y cenos fruncidos... ?Se acuerda?

Mi cara no debe expresar suprema alegria, porque el taimado galeno se echa a reir y agrega:

--Le vamos a dar en cambio una compensacion... Los Funes han vivido estos quince dias con la cabeza en el aire, y no extrane, pues, si han olvidado muchas cosas, sobre todo en lo que a Vd. se refiere... Por lo pronto, hoy cenamos alla. Sin su bienaventurada persona--dicho sea de paso--y el amor de marras, no se en que hubiera acabado aquello... ?Que dice Vd.?

--Digo--le he respondido--que casi estoy tentado de declinar el honor que me hacen los Funes, admitiendome a su mesa...

Ayestarain se echo a reir.

--¡No embrome!... Le repito que no sabian donde tenian la cabeza...

--Pero para opio, y morfina, y calmante de mademoiselle, si, eh? Para eso no se olvidaban de mi!

Mi hombre se puso serio y me miro detenidamente.

--¿Sabe lo que pienso, companero?

--Diga.

--Que usted es el individuo mas feliz de la tierra.

--¿Yo, feliz?...

--O mas suertudo. ¿Entiende ahora?

Y quedo mirandome. ¡Hum!--me dije a mi mismo:

O yo soy un idiota, que es lo mas posible, o este galeno merece que lo abrace hasta romperle el termometro dentro del bolsillo. El maligno tipo sabe mas de lo que parece, y acaso, acaso... Pero vuelvo a lo de idiota, que es lo mas seguro.

--¿Feliz?...--insisti sin embargo--¿Por el amor estrafalario que Vd. ha inventado con su meningitis?

Ayestarain torno a mirarme fijamente, pero esta vez crei notar un vago, vaguisimo dejo de amargura.

--Y aunque no fuera mas que eso, grandisimo zonzo...--ha murmurado, cogiendome del brazo para salir.

En el camino--hemos ido al Aguila, a tomar el vermut--me ha explicado bien claro tres cosas.

1 deg.: que mi presencia, al lado de la enferma, era absolutamente necesaria, dado el estado de profunda excitacion--depresion--todo en uno--de su delirio.--2 deg.: que los Funes lo habian comprendido asi, ni mas ni menos, a despecho de lo raro, subrepticio e inconveniente que pudiera parecer la aventura, constandoles, esta claro, lo artificial de todo aquel amor.--3 deg.: que los Funes han confiado sencillamente en mi educacion, para que me de cuenta--sumamente clara--del sentido terapeutico que ha tenido mi presencia ante la enferma, y la de la enferma ante mi.

--Sobre todo lo ultimo, ¿eh?--he agregado a guisa de comentario.--El objeto de toda esta charla es este: que no vaya yo jamas a creer que Maria Elvira siente la menor inclinacion real hacia mi. ¿Es eso?

--¡Claro!--se ha encogido de hombros el medico.--Pongase Vd. en su lugar...

Y tiene razon el bendito hombre. Porque a la sola probabilidad de que ella...

Anoche cene en lo de Funes. No era precisamente una comida alegre, si bien Luis Maria, por lo menos, estuvo muy cordial conmigo. Querria decir lo mismo de la madre, pero por mas esfuerzos que hacia para hacerme grata la mesa, evidentemente no ve en mi sino a un intruso a quien en ciertas horas su hija prefiere un millon de veces. Esta celosa, y no debemos condenarla. Por lo demas, se alternaban con su hija para ir a ver a la enferma. Esta habia tenido un buen dia, tan bueno que por primera vez despues de quince dias no hubo esa noche subida seria de fiebre, y aunque me quede hasta la una por pedido de Ayestarain, tuve que volverme a casa sin haberla visto un instante. ¿Se comprende esto? ¡No verla en todo el dia! ¡Ah! Si por bendicion de Dios, la fiebre, fiebre de 40, 80, 120 deg., cualquier fiebre, cayera esta noche sobre su cabeza...

Y aqui esta: esta sola linea del bendito Ayestarain:

Delirio de nuevo. Venga en seguida.

* * * * *

Todo lo antedicho es suficiente para enloquecer bien que mal a un hombre discreto. Vease esto ahora:

Cuando entre anoche, Maria Elvira me tendio su brazo como la primera vez. Acosto su cara sobre la mejilla izquierda, y comoda asi, fijo los ojos en mi. No se que me decian sus ojos; posiblemente me daban toda su vida y toda su alma en una entrega infinitamente dichosa. Sus labios me dijeron algo, y tuve que inclinarme para oir:

--Soy feliz--se sonrio.

Pasado un momento sus ojos me llamaron de nuevo, y me incline otra vez.

--Y despues...--murmuro apenas, cerrando los ojos con lentitud. Creo que tuvo una subita fuga de ideas. Pero la luz, la insensata luz que

extravia la mirada en los relampagos de felicidad, inundo de nuevo sus ojos. Y esta vez oi bien claro, senti claramente sobre mi rostro esta pregunta:

--Y cuando sane y no tenga mas delirio...?me querras todavia?

iLocura que se ha sentado a horcadas sobre mi corazon! i_Después_!
iCuando no tenga _mas delirio_! ?Pero estabamos todos locos en la casa, o habia alli, proyectado fuera de mi mismo, un eco a mi incesante angustia del _después_? ?Como es posible que ella dijera eso? ?Habia meningitis o no? ?Habia delirio o no? Luego mi Maria Elvira...

No se que conteste; presumo que cualquier cosa a escandalizar a la parentela completa si me hubieran oido. Pero apenas habia murmurado yo; apenas habia murmurado ella con una sonrisa... y se durmio.

De vuelta a casa, mi cabeza era un vertigo vivo, con locos impulsos de saltar al aire y lanzar alaridos de felicidad. ?Quien, de entre nosotros, puede jurar que no hubiera sentido lo mismo? Porque las cosas, para ser claras, deben ser planteadas asi: La enferma con delirio, que por una aberracion sicologica cualquiera, ama, _unicamente_ en su delirio, a X. Esto por un lado. Por el otro, el mismo X, que desgraciadamente para el, no se siente con fuerzas para concretarse exclusivamente a su papel medicamentoso. Y he aqui que la enferma, con su meningitis y su inconsciencia--su incontestable inconsciencia--murmura a nuestro amigo:

Y cuando no tenga mas delirio... me querras todavia?

Esto es lo que yo llamo un pequeno caso de locura, claro y rotundo. Anoche, cuando llegaba a casa, crei un momento haber hallado la solucion, que seria esta: Maria Elvira, en su fiebre, sonaba que estaba despierta. ?A quien no ha sido dado sonar que esta sonando? Ninguna explicacion mas sencilla, claro esta.

Pero cuando por pantalla de ese amor mentido hay dos ojos inmensos, que empapandonos de dicha se anegan ellos mismos en un amor que no se puede mentir: cuando se ha visto a esos ojos recorrer con dura extraneza los rostros familiares, para caer en extatica felicidad ante uno mismo, pese al delirio y cien mil delirios como ese, uno tiene el derecho de sonar toda la noche con aquel amor--o seamos mas explicitos: con Maria Elvira Funes.

* * * * *

iSueno, sueno y sueno! Han pasado dos meses, y creo a veces sonar aun. ?Fui yo o no, por Dios bendito, aquel a quien se le tendio la mano, y

el brazo desnudo hasta el codo, cuando la fiebre tornaba hostiles aun los rostros bien amados de la casa? ¿Fui yo o no el que apacigué en sus ojos, durante minutos inmensos de eternidad, la mirada mareada de amor de mi Maria Elvira?

Si, fui yo. Pero eso esta acabado, concluido, finalizado, muerto, inmaterial, como si nunca hubiera sido. Y sin embargo...

Volvi a verla a los veinte dias despues. Ya estaba sana, y cene con ellos. Hubo al principio una evidente alusion a los desvarios sentimentales de la enferma, todo con gran tacto de la casa, en lo que coopere cuanto me fue posible, pues en esos veinte dias transcurridos no habia sido mi preocupacion menor, pensar en la discrecion de que debia yo hacer gala en esa primera entrevista.

Todo fue a pedir de boca, no obstante.

--Y Vd.--me dijo la madre sonriendo--¿ha descansado del todo de las fatigas que le hemos dado?

--Oh, era muy poca cosa!... Y aun--conclui riendo tambien--estaria dispuesto a soportarlas de nuevo...

Maria Elvira se sonrio a su vez.

--Vd. si; pero yo, no, le aseguro!

La madre la miro con tristeza:

--iPobre, mi hija! Cuando pienso en los disparates que se te han ocurrido... En fin--se volvio a mi con agrado.--Vd. es ahora--podriamos decir--de la casa, y le aseguro que Luis Maria lo estima muchisimo.

El aludido me puso la mano en el hombro y me ofrecio cigarrillos.

--Fume, fume, y no haga caso.

--iPero Luis Maria!--le reprocho la madre, semi-seria--cualquiera creeria al oirte que le estamos diciendo mentiras a Duran!

--No, mama; lo que dices esta perfectamente bien dicho; pero Duran me entiende.

Lo que yo entendia era que Luis Maria queria cortar con amabilidades mas o menos sosas; pero no se lo agradeci en lo mas minimo.

Entretanto, cuantas veces podia, sin llamar la atencion, fijaba los ojos en Maria Elvira. ¡Al fin! Ya la tenia ante mi, sana, bien sana.

Habia esperado y temido con ansia ese instante. Habia amado una sombra, o mas bien dicho, dos ojos y treinta centimetros de brazo, pues el resto era una larga mancha blanca. Y de aquella penumbra, como de un capullo taciturno, se habia levantado aquella esplendida figura fresca, indiferente y alegre, que no me conocia. Me miraba como se mira a un amigo de la casa, en el que es preciso detener un segundo los ojos, cuando se cuenta algo o se comenta una frase risuena. Pero nada mas. Ni el mas leve rastro de lo pasado, ni siquiera afectacion de no mirarme, con lo que habia yo contado como ultimo triunfo de mi juego. Era un sujeto--no digamos sujeto, sino ser--absolutamente desconocido para ella. Y piensese ahora en la gracia que me haria recordar, mientras la miraba, que una noche, esos mismos ojos ahora frivolos me habian dicho, a ocho dedos de los mios:

--?Y cuando este sana... me querras todavia?

iA que buscar luces, fuegos fatuos de una felicidad muerta, sellada a fuego en el cofrecillo hormigueante de una fiebre cerebral!
Olvidarla... Siendo lo que hubiera deseado, era precisamente lo que no podia hacer.

Mas tarde, en el hall, halle modo de aislarme con Luis Maria, mas colocando a este entre su hermana y yo; podia asi mirarla impunemente, so pretexto de que mi vista iba naturalmente mas alla de mi interlocutor. Y es extraordinario como su cuerpo, desde el mas invisible cabello de su cabeza al tacon de sus zapatos, era un vivo deseo, y como al cruzar el hall para ir adentro, cada golpe de su falda contra el charol iba arrastrando mi alma como un papel.

Volvio, se rio, cruzo rozando a mi lado, sonriendome forzosamente, pues estaba a su paso, mientras yo, como un idiota, continuaba sonando con una subita detencion a mi lado, y no una, sino dos manos, puestas sobre mis sienes:

--Y bien: ahora que me has visto de pie: ?me quieres todavia?

iBah! Muerto, bien muerto, me despedi, y oprimi un instante aquella mano fria, amable y rapida.

* * * * *

Hay, sin embargo, una cosa absolutamente cierta, y es esta: Maria Elvira puede no recordar lo que sintio en sus dias de fiebre, admito esto. Pero esta perfectamente enterada de lo que paso, por los cuentos posteriores. Luego, es imposible que yo este para ella desprovisto del menor interes. De encantos--iDios me perdone!--todo lo que ella quiera. Pero de interes, el hombre con quien se ha sonado veinte noches seguidas, eso no. Por lo tanto, su perfecta indiferencia a mi

respecto, no es racional. ¿Que ventajas, que remota probabilidad de dicha puede reportarme constatar esto? Ninguna, que yo vea. Maria Elvira se precave asi contra mis posibles pretensiones por aquello; he aqui todo.

En lo que no tiene razon. Que me guste desesperadamente, muy bien. Pero que vaya yo a exigir el pago de un pagare de amor firmado sobre una carpeta de meningitis, idiablo! eso no.

* * * * *

Nueve de la manana.--No es hora sobremanera decente de acostarse, pero asi es. Del baile de lo de Rodriguez Pena, a Palermo. Luego al bar. Todo perfectamente solo. Y ahora a la cama.

Pero no sin disponerme a concluir el paquete de cigarrillos, antes de que el sueno venga. Y aqui esta la causa: baile anoche con Maria Elvira. Y despues de bailar, hablamos asi:

--Estos puntitos de la pupila--me dijo, frente uno de otro en la mesita,--no se me han ido aun. No se que sera... Antes de mi enfermedad no los tenia.

Precisamente nuestra vecina de mesa acababa de hacerle notar ese detalle. Con lo que sus ojos no quedaban sino mas luminosos.

Apenas comence a responderle, me di cuenta de la caida; pero ya era tarde.

--Si,--le dije, observando sus ojos;--me acuerdo de que antes no los tenia...

Y mire a otro lado. Pero Maria Elvira se echo a reir:

--Es cierto; Vd. debe saberlo mas que nadie.

¡Ah! ¡que sensacion de inmensa losa derrumbada por fin de sobre mi pecho! Era posible hablar de eso, por fin!

--Eso creo--repuse.--Mas que nadie, no se... Pero si; en el momento a que se refiere, mas que nadie, con seguridad.

Me detuve de nuevo; mi voz comenzaba a bajar demasiado de tono.

¡Ah, si!--se sonrio Maria Elvira. Aparto los ojos, seria ya, alzandolos a las parejas que pasaban a nuestro lado.

Corrio un momento, para ella de perfecto olvido de lo que hablabamos,

supongo, y de sombría angustia para mí. Pero sin bajar los ojos, como si le interesaran siempre los rostros que cruzaban en sucesión de film, agrego de costado:

--Cuando era mi amor, al parecer.

--Perfectamente bien dicho--le dije--su amor _al parecer_.

Ella me miró entonces, devolviéndome la sonrisa.

--No...

Y se calló.

--?No... que? Concluya.

--?Para que? Es una zoncera.

--No importa; concluya.

Ella se echó a reír:

--?Para que? En fin...?no supondrá que no era _al parecer_?

--Es un insulto gratuito--le respondí.--Yo fui el primero en constatar la exactitud de la cosa, cuando yo era su amor... _al parecer_.

--¡Y dale!...--murmuro.--Pero a mi vez el demonio de la locura me arrastró tras aquel ¡y dale! burlón, a una pregunta que nunca debiera haber hecho.

--Oígame, María Elvira--me incliné:--?Vd. no recuerda nada, no es cierto, nada de aquella ridícula historia?

Me miró muy seria, con altivez, si se quiere, pero al mismo tiempo con atención, como cuando nos disponemos a oír cosas que a pesar de todo no nos disgustan.

--?Que historia?--dijo.

--La otra, cuando yo vivía a su lado...--le hice notar con suficiente claridad.

--Nada... absolutamente nada.

--Veamos; mireme un instante...

--No, ni aunque lo mire...--me lancé en una carcajada.

--No, no es eso... Usted me ha mirado demasiado antes para que yo no sepa... Quería decirle esto: ¿No se acuerda Vd. de haberme dicho algo... dos o tres palabras nada mas... la última noche que tuvo fiebre?

Maria Elvira contrajo las cejas un largo instante, y las levanto luego, mas altas que lo natural. Me miro atentamente, sacudiendo la cabeza:

--No, no recuerdo...

--¡Ah!--me calle.

Paso un rato. Vi de reojo que me miraba aun.

--¿Que--murmuro.

--¿Que... que?--repeti.

--¿Que le dije?

--Tampoco me acuerdo ya...

--Si, se acuerda... ¿Que le dije?

--No se, le aseguro...

--Si, sabe... ¿Que le dije?

--¡Veamos!--me eche de nuevo sobre la mesa.--Si Vd. no recuerda absolutamente nada, puesto que todo era una alucinación de fiebre, ¿que puede importarle lo que me haya o no dicho en su delirio?

El golpe era serio. Pero Maria Elvira no penso en contestarlo, contentandose con mirarme un instante mas y apartar la vista con una corta sacudida de hombros.

--Vamos--me dijo bruscamente.--Quiero bailar este vals.

--Es justo--me levante.--El sueño de vals que bailabamos no tiene nada de divertido.

No me respondio. Mientras avanzabamos al salon, parecia buscar con los ojos a alguno de sus habituales companeros de vals.

--¿Que sueño de vals desagradable para Vd.?--me dijo de pronto, sin dejar de recorrer el salon con la vista.

--Un vals de delirio... no tiene nada que ver con esto--me encogi a mi vez de hombros.

Crei que no hablaríamos mas esa noche. Pero aunque Maria Elvira no dijo una palabra, tampoco parecio hallar al companero ideal que buscaba. De modo que deteniendose, me dijo con una sonrisa forzada--la ineludible forzada sonrisa que campeo sobre toda aquella historia:

--Si quiere, entonces, baile este vals con su amor...

--... _al parecer_. No agrego una palabra mas--repuse, pasando la mano por su cintura.

* * * * *

Un mes mas transcurrido. ¡Pensar que la madre, Angelica y Luis Maria estan para mi ahora llenos de poetico misterio! La madre es, desde luego, la persona a quien Maria Elvira tutea y besa mas intimamente. Su hermana la ha visto desvestirse. Luis Maria, por su parte, se permite pasarle la mano por la barbilla cuando entra y ella esta sentada de espaldas. Tres personas bien felices, como se ve, e incapaces de apreciar la dicha en que se ven envueltos.

En cuanto a mi, me paso la vida llevando cigarros a la boca como quien quema margaritas: ¿me quiere? ¿no me quiere?

Despues del baile en lo de Pena, he estado con ella muchas veces--en su casa, desde luego, todos los miercoles.

Conserva su mismo circulo de amigos, sostiene a todos con su risa, y flirtea admirablemente cuantas veces se lo proponen. Pero siempre halla modo de no perderme de vista. Esto cuando esta con los otros. Pero cuando esta conmigo, entonces no aparta los ojos de ellos.

¿Es esto razonable? No, no lo es. Y por eso tengo desde hace un mes una buena laringitis, a fuerza de ahumarme la garganta.

Anoche, sin embargo, he tenido un momento de tregua. Era miercoles. Ayestarin conversaba conmigo, y una breve mirada de Maria Elvira, lanzada hacia nosotros por sobre los hombros del cuadruple flirt que la rodeaba, puso su esplendida figura en nuestra conversacion. Hablamos de ella, y fugazmente, de la vieja historia. Un rato despues se detenía ante nosotros.

--¿De que hablan?

--De muchas cosas; de Vd. en primer termino--respondio el medico.

--Ah, ya me parecia...--Y recogiendo hacia ella un silloncito romano, se sento cruzada de piernas, el busto tendido adelante, con la cara sostenida en la mano.

--Sigan; ya escucho.

--Contaba a Duran--dijo Ayestarain,--que casos como el que le ha pasado a Vd. en su enfermedad, son raros, pero hay algunos. Un autor ingles, no recuerdo cual, cita uno. Solamente que es mas feliz que el suyo.

--?Mas feliz? ?Y por que?

--Porque en aquel no hay fiebre, y ambos se aman en suenos. En cambio, en este caso, Vd. era unicamente quien amaba...

?Dije ya que la actitud de Ayestarain me habia parecido siempre un tanto tortuosa respecto a mi? Si no lo dije, tuve en aquel momento un fulminante deseo de hacerselo sentir, no solamente con la mirada. Algo, no obstante, de ese anhelo debio percibir en mis ojos, porque se levanto riendo:

--Los dejo para que hagan las paces.

--iMaldito bicho!--murmure, ya tranquilo cuando se alejo.

--?Por que? ?Que le ha hecho?

--Digame, Maria Elvira--exclame--?le ha hecho el amor a Vd. alguna vez?

--?Quien, Ayestarain?

--Si, el.

Me miro titubeando al principio. Luego, plenamente en los ojos, seria:

--Si--me contesto.

--iAh, ya me lo esperaba!... Por lo menos ese tiene suerte...--murmure, ya amargado del todo.

--?Por que?--me pregunto.

Sin responderle, me encogi violentamente de hombros y mire a otro lado. Ella siguio mi vista. Paso un momento.

--?Por que?--insistio, con esa obstinacion pesada y distraida de las

mujeres, cuando comienzan a hallarse perfectamente a gusto con un hombre. Estaba ahora, y estuvo durante los breves momentos que siguieron, de pie, con la rodilla sobre el silloncito. Mordia un papel--jamás supe de donde pudo salir--y me miraba, subiendo y bajando imperceptiblemente las cejas.

--¿Por qué?--repuse al fin.--Porque él ha tenido por lo menos la suerte de no servir de muñeco ridículo al lado de una cama, y puede hablar seriamente, sin ver subir y bajar las cejas como si no se entendiera lo que digo...¿comprende ahora?

Maria Elvira me miró unos instantes pensativa, y luego movió negativamente la cabeza, con su papel en los labios.

--¿Es cierto o no?--insistí, pero ya con el corazón a loco escape.

Ella volvió a sacudir la cabeza:

--No, no es cierto...

--¡Maria Elvira!--llamo Angelica de lejos.

Todos saben que la voz de los hermanos suele ser de lo más inoportuna. Pero jamás una voz fraternal ha caído en un diluvio de hielo y pez fría tan fuera de propósito como aquella vez.

Maria Elvira tiró el papel y bajo la rodilla.

--Me voy--me dijo riendo, con la risa que ya le conocía cuando afrontaba un flirt.

--¡Un solo momento!--le dije.

--¡Ni uno más!--me respondió alejándose ya y negando con la mano.

¿Que me quedaba por hacer? Nada, a no ser tragar el papelito húmedo, hundir la boca en el hueco que había dejado su rodilla, y estrellar el sillón contra la pared. Y estrellarme en seguida yo mismo contra un espejo, por imbecil. La inmensa rabia de mí mismo me hacía sufrir, sobre todo. ¡Intuiciones viriles! ¡Sicologías de hombre corrido! Y la primera coqueta cuya rodilla está marcada allí, se burla de todo eso con una frescura sin par!

* * * * *

No puedo más. La quiero como un loco, y no sé, lo que es más amargo aun, si ella me quiere realmente o no. Además, sueño, sueño demasiado, y cosas por el estilo: Ibamos del brazo por un salón, ella toda de

blanco, y yo como un bulto negro a su lado. No habia mas que personas de edad en el salon, y todas sentadas, mirandonos pasar. Era, sin embargo, un salon de baile. Y decian de nosotros: _La meningitis y Su Sombra_. Me desperte, y volvi a sonar: el tal salon de baile estaba frecuentado por los muertos diarios de una epidemia. El traje blanco de Maria Elvira era un sudario, y yo era la misma sombra de antes, pero tenia ahora por cabeza un termometro. Eramos siempre _La meningitis y Su Sombra_.

?Que puedo hacer con suenos de esta naturaleza? No puedo mas. Me voy a Europa, a Norte America, a cualquier parte, donde pueda olvidarla.

?A que quedarme? ?A recomenzar la historia de siempre, quemandome solo, como un payaso, o a desencontrarnos cada vez que nos sentimos juntos? ¡Ah, no! Concluyamos con esto. No se el bien que le podra hacer a mis planos esta ausencia sentimental (iy si, sentimental!, aunque no quiera); pero quedarme seria ridiculo, y estúpido, y no hay para que divertir mas a las Maria Elvira.

* * * * *

Podria escribir aqui cosas pasablemente distintas de las que acabo de anotar, pero prefiero contar simplemente lo que paso el ultimo dia que vi a Maria Elvira.

Por bravata, o desafio a mi mismo, o quien sabe por que mortuoria esperanza de suicida, fui la tarde anterior de mi salida a despedirme de los Funes. Ya hacia diez dias que tenia mis pasajes en el bolsillo, por donde se vera cuanto desconfiaba de mi mismo.

Maria Elvira estaba indispuesta--asunto de garganta o jaqueca--pero visible. Pase un momento a la antesala a saludarla. La halle hojeando musicas, desganada. Al verme se sorprendio un poco, aunque tuvo tiempo de echar una rapida ojeada al espejo. Tenia el rostro abatido, los labios palidos, y los ojos oscuros de ojeras. Pero era ella siempre, mas hermosa aun para mi, porque la perdia.

Le dije sencillamente que me iba, y que le deseaba mucha felicidad.

Al principio no me comprendio.

--?Se va? ?Y adonde?

--A Norte America... Acabo de decirselo.

--¡Ah!--murmuro, marcando bien claramente la contraccion de los labios. Pero en seguida me miro, inquieta.

--?Esta enfermo?

--iPst!... no precisamente... No estoy bien.

--iAh!--murmuro de nuevo. Y miro hacia afuera a traves de los vidrios, abriendo bien los ojos, como cuando uno pierde el pensamiento.

Por lo demas, llovía en la calle, y la antesala no estaba clara.

Se volvio a mi.

--?Por que se va?--me pregunto.

--iHum!--me sonrei--Seria muy largo, infinitamente largo de contar... En fin, me voy.

Maria Elvira fijo aun los ojos en mi, y su expresion, preocupada y atenta, se torno sombría.

Concluyamos, me dije. Y adelanteme:

--Bueno, Maria Elvira...

Me tendio lentamente la mano, una mano fria y humeda, de jaqueca.

--Antes de irse--me dijo--?no me quiere decir por que se va?

Su voz habia bajado un tono. El corazon me latio locamente, pero como en un relampago, la vi ante mi, como aquella noche, alejandose riendo y negando con la mano: "no, ya estoy satisfecha"... iAh, no, yo tambien! iCon aquello tenia bastante!

--Me voy--le dije bien claro--porque estoy hasta aqui, de dolor, ridiculez y vergueenza de mi mismo! ?Esta contenta ahora?

Tenia aun la mano en la mia. La retiro, se volvio lentamente, quito la musica del atril para colocarla sobre el piano, todo con pausa y mesura, y me miro de nuevo con esforzada y dolorosa sonrisa:

--?Y si yo... le pidiera que no se fuera?...

--iPero por Dios bendito!--exclame--iNo se da cuenta de que me esta matando con estas cosas! iEstoy harto de sufrir y echarme en cara mi infelicidad! ?Que ganamos, que gana Vd. con estas cosas? iNo, basta ya! ?Sabe Vd.--agregue adelantandome--lo que Vd. me dijo aquella ultima noche de su enfermedad? ?Quiere que se lo diga? ?Quiere?

Quedo inmovil, toda ojos.

--Si, digame...

--iBueno! Vd. me dijo, y maldita sea la noche en que lo oi, Vd. me dijo bien claro esto: y--cuan--do--no tenga--mas--de--li--rio, me que--rras toda--vi--a? Vd. tenia delirio aun, ya lo se... ?Pero que quiere que haga yo ahora? ?Quedarme aqui, a su lado, desangrandome vivo con su modo de ser, porque la quiero como un idiota!... Esto es bien claro tambien, eh? ¡Ah! le aseguro que no es vida la que llevo! ¡No, no es vida!

Habia apoyado la frente en los vidrios, deshecho, sintiendo que despues de lo que habia dicho, mi amor, mi alma, mi vida, se derrumbaban para siempre jamas.

Pero era menester concluir y me volvi: ella estaba a mi lado, y en sus ojos--como en un relampago, de felicidad esta vez--vi en sus ojos resplandecer, marearse, sollozar, la luz de humeda dicha que creia muerta ya.

--iMaria Elvira!--exclame, grite, creo.--iMi amor querido! iMi alma adorada!

Y ella, en silenciosas lagrimas de tormento concluido, vencida, entregada, dichosa, habia hallado por fin sobre mi pecho, postura comoda a su cabeza.

* * * * *

Y nada mas. ?Habra cosa mas sencilla que todo esto? Yo he sufrido, es bien posible, llorado, aullado de dolor, y debo creerlo porque asi lo he escrito. ¡Pero que endiabladamente lejos esta todo eso! Y tanto mas lejos porque--y aqui esta lo mas gracioso de esta nuestra historia--ella esta aqui, a mi lado, leyendo con la cabeza sobre la lapicera, lo que escribo. Ha protestado, bien se ve, ante no pocas observaciones mias; pero en honor del arte literario en que nos hemos engolfado con tanta frescura, se resigna como buena esposa. Por lo demas, ella cree conmigo que la impresion general de la narracion, reconstruida por etapas, es un reflejo bastante acertado de lo que paso, sentimos y sufrimos. Lo cual, para obra de un ingeniero, no esta del todo mal.

En este momento Maria Elvira me interrumpe para decirme que la ultima linea escrita no es verdad: Mi narracion no solo no esta del todo mal, sino que esta bien, muy bien. Y como argumento irrefutable, me echa los brazos al cuello y me mira, no se si a mucho mas de cinco centimetros.

--?Es verdad?--murmura--o arrulla, mejor dicho.

--?Se puede poner arrulla?--le pregunto.

--¡Si, y esto, y esto! Y me da un beso.

?Que mas puedo anadir?

FIN